BIBLIOTECA

DE

'EL CHILENO"

Las Prisiones de Juan Fernandez

POR

L. E. Brieba

OFICINAS DE «EL CHILENO»

Santiago — Valparaiso

BANDERA 602 a 642 — CONDELL 28 a 36

BIBLIOTECA DE "EL CHILENO"

LAS PRISIONES

de Juan Fernandez

NOVELA HISTÓRICA

De los tiempos de la reconquista e independencia de Chile

POR L. E. BRIEBA

(1815-1817)

OFICINAS DE "EL CHILENO"

SANTIAGO	VALPARAISO
Bandera N.os 602 a 642	Condell N.os 28 a 36

1905

+XXXXXXXXXXXXXXXXXX+

CAPITULO I

UN MARINERO IMPROVISADO

La rada de Quintero era mui poco frecuentada en aquel tiempo, tanto por no poder fondear en ella sino buques de mui poco calado, cuanto porque el comercio con los habitantes de la costa se reducia tan solo a los productos de la pesca.

Eso sí que ésta era abundante i delicada, i con razon se la prefería a la de los demas puertos vecinos; lo cual motivaba una gran afluencia de pescadores que formaban en la costa una pequeña poblacion compuesta de chozas de miserable apariencia.

Fuera de estos habitantes, solo se veia en el puerto a uno que otro campesino que venía del interior a hacer sus provisiones de pescado seco, o a vender leña i aguardiente a los pescadores.

I fuera de las cabañas de éstos, no habia otras habitaciones que las de una hacienda inmediata, las cuales sirvieron de morada algunos años mas tarde a un almirante de nuestra marina, el intrépido Lord Cochrane.

Por los dias en que comenzamos nuestra historia, i a una hora bastante avanzada de una noche oscurísima pero serena, un buque de pequeño porte entró en la bahia i echó anclas a un tiro de fusil de la costa.

La hora i la oscuridad eran mas que suficientes motivos para que los pescadores no se apercibieran de semejante aparicion.

Indudablemente entraba esto en los cálculos de los tripulantes del buque, porque no se veia una sola luz en la arboladura, i apenas el ancla tocó fondo, echaron un bote que se dirijió a la playa deslizándose con el mayor silencio sobre las olas, sin que los remos azotaran el agua al henderla, ni la ajitaran al batirla.

El bote era tripulado por cuatro remeros, e iban a proa dos hombres que hablaban a media voz, aunque con cierta animacion.

No tardaron en tocar la playa por un punto distante del paraje en que se levantaban las cabañas de los pescadores, las cuales vistas de lejos i en la obscuridad, hacian el efecto de un grupo de peñascos a la orilla del mar.

Era el momento en que la marea subia,

i el bote pudo atracar a una lengua de arena, a la cual saltaron a pié enjuto los dos hombres de proa.

I mientras los marineros trataban de afe-rrar el bote en el arrecife, aquellos se in-ternaron algunos pasos en la playa, hasta ponerse al abrigo de los embates de las olas, que iban hinchándose visiblemente.

No obstante lo oscuro de la noche, podia distinguirse que nuestros dos hombres lle-vaban capas i una gorritas de forma mi-litar.

—Por fin, Ricardo, dijo uno de ellos, ¿no aun en el desamparo de estas playas te de-cides a seguirme?

—Es resolucion irrevocable, como ya te lo he dicho mi querido Freire. Siento mu-cho no ser de la partida; pero yo te previ-ne en Buenos Aires que mi único objeto al acompañarte a espedicionar a Juan Fer-nandez, para tratar de salvar a los prisio-neros chilenos.

—Es cierto, pero ya he visto que no por culpa mia...

—Nada tienes que decirme en cuanto a eso estoi convencido de que tú has hecho cuan-to has podido. El que no haya sido posible desembarcar en la isla, no es culpa tuya; ni habria yo exijido llevar mas adelante el empeño, cuando hemos tenido en contra no solo a los hombres sino tambien a los elementos.

—Yo habia querido hacer otra tentativa;

pero tú mismo, Ricardo te has negado a ello.

—Sí, porque he visto que aunque hubiéra mar bonancible, nada habríamos vanzado: la guarnicion está sobre aviso. El único recurso que se puede tocar es un golpe de mano, i para eso no necesito mas que dos hombres.

—¡Locura! ¡locura!

—Bien conozco que la empresa es arriesgada, pero tambien lo es la de ustedes. Ir al Callao a desafiar la cólera de los españoles, a empeñar un temerario combate, solo por cojer algunas miserables presas de guerra, no para mí menos espuesto ni mas importante que el tratar de salvar algunos de esos infelices prisioneros que sufren mil privaciones i las crueldades de sus tiranos carceleros.

—Oye, Ricardo: tu sabes que yo tengo que obedecer las órdenes del almirante Blowa, i que sin eso, preferiría atacar la isla de Juan Fernandez; pero ya que nada puedo hacer en favor de tus aspiraciones, que son tambien las mias, sigamos la escuadrilla algun tiempo mas: vamos al Callao, i si al cabo de un mes el almirante no está dispuesto a volver sobre Juan Fernandez, yo te prometo obtener que el capitan Buchrad consienta en separarse de la escuadra para dar un asalto a la isla con el bergantin *Alcon*.

Ricardo movió la cabeza negativamente.

—Es inútil, dijo; prefiero morir, a renunciar a mi propósito. Yo le juré a Teresa consagrarle mi vida, i hace ya un año que sufre con su padre el mas cruel destierro, i cree sin duda que yo, olvidando mis juramentos, nada hago por arrancarla a su desgraciada situacion. No quiero correr los riesgos de la espedicion al Callao, porque eso seria esponer mi vida en beneficio de otros intereses que los de mi patria i de mi amada.

—Pelear contra los españoles es pelear en favor de Chile, observó Freire.

—¡Quién sabe! pero mas lo es tratar de salvar a nuestros compatriotas.

—Pero vamos a ver: ¿cuáles son tus proyectos? ese dinero que con tantos sacrificios has economizado durante nuestra permanencia en Buenos Aires i que creo no asciende a mas de trescientos pesos, ¿cómo lo emplearás para el logro de tus intentos?

—Eso es cuenta mía, dijo Ricardo sonriéndose; si yo te manifestara mis planes, te reirias de mí. Pero sabe que yo pienso ir solo a Juan Fernandez i hacer lo que no han podido las tropas del bergantin *Alcon*. Es decir: desembarcar i salvar algunos prisioneros.

—Hum! hizo Freire en tono de duda.

—¿Te acuerdas que en el sitio de Rancagua hubo un oficial que salió del pueblo durante la noche para ir a pedir socorro al

jeneral Carrera, que se hallaba en los graneros de la Compañía?

—Me han contado algo de eso: creo que disfrazado de mujer...

—Así fué. ¿Qué le habrias dicho tú al que se atrevia a ofrecerse para tal empresa?

—Pero aquello era la salvacion de todo un ejército, sin embargo de que tambien podia calificarse de locura: yo desprecio el peligro en los combates, pero no me arrojo a él deliberadamente.

—¿Tú te habrias opuesto entónces a aquel oficial hiciera lo que hizo?

—Es probable; por lo menos no lo habria autorizado yo.

—I ya sabes que desempeñó puntualmente su comision. Pues bien, yo fuí el que hice esa locura, no obstante los consejos del brigadier O'Higgins, i no creo que entónces hubiera menos peligro que ahora.

—Diantres! Ya comprendo por qué el jeneral no me quiso decir quien habia sido el temerario... sí, en efecto, él no queria que lo supiera tu familia.

—Así es, fué cosa convenida el guardar toda reserva.

—Pero el que entónces te salvaras no disminuye en nada la temeridad de la empresa que ahora proyectas.

—Yo no recuerdo aquel lance para probar la practibilidad de éste; sino para que sepas que es inútil tratar de hacerme desistir.

—Pues bien, no te haré mas objeciones. Pero, dime, si logras salir bien con tu empresa o pierdes la esperanza de realizarla, ¿qué haras en seguida? ¿cuándo nos veremos? Tú sabes que si yo vuelvo a Mendoza necesito llevar noticias tuyas. Allí está tu madre i tus hermanos, que tanto me han recomendado velar sobre tí. Está O'Higgins i Manuel Rodriguez, que no me perdonarian nunca el haberte desamparado en una costa solitaria, para esponerte a mil peligros. Tú no puedes ir a Santiago, porque eres conocido como insurjente, i te espondrias a que San Bruno te reconociera; San Bruno, que no podrá perdonarte jamas tu fuga de la cárcel i las circunstancias que la acompañaron...

—No prosigas en tus reflexiones, interrumpió Ricardo, tomándole una mano a Freire; sé que te preocupas de mí mas que yo mismo; lo cual me hace mui agradecido: sé la responsabilidad que te afecta, lo cual me obligará a ser cauto; mas bien en pago de tu amistad que por temor a perder la vida. Si cuando tú vuelvas de la espedicion al norte puedes acercarte a esta costa, encontrarás noticias mias, pues yo no me alejaré de ella sin dejar a álguien el encargo de suministrártela. Por otra parte, yo cuidaré de escribir a Mendoza cada vez que haya oportunidad; i avisaré que no es culpa tuya el que yo me haya quedado por acá.

—Está bien; a Dios dijo Freire abrazando a Ricardo; por última vez te recomiendo prudencia.

—No me olvidaré; gracias, contestó el jóven correspondiendo al abrazo de su amigo.

I ambos se acercaron al bote: el uno para embarcarse i el otro para tomar un pequeño bulto que le alargó uno de los marineros.

El mar habia cesado de crecer i las olas iban retirándose gradualmente de la ribera.

Ricardo permaneció parado en el arrecife, mirando como el bote se alejaba i se perdia en la bruma que comenzaba a levantarse en la superficie del mar.

—¡Que cada cual siga su destino! dijo al fin arrojando un suspiro en que pareció querer absorver la húmeda brisa de la playa para refrescar su corazon.

I como arrancándose violentamente a los tristes pensamientos que asaltaban su imajinacion, ganó con rapidez la parte seca de la playa i tomó en direccion contraria al lugar ocupado por los pescadores.

Anduvo así, sin disminuir la velocidad de su marcha, por espacio de un cuarto de hora, e internándose por entre unos peñascos, se detuvo en un lugar abrigado contra el viento.

Allí poniendo sobre una roca el lío que llevaba bajo el brazo, sacó una linterna.

Era nuestro jóven un apuesto oficial, de hermosa presencia: tendria veintiun años,

a juzgar por lo terso de cútis i por el bigote rubio que bordaba graciosamente su labio superior. Dos delgadas trencillas de oro que corrian al rededor de su gorra, demostraba que debia tener el grado de teniente en el ejército.

Colocó el jóven la linterna de modo que proyectara sus rayos sobre la roca en que habia desenvuelto el lío, el cual se componia de varias piezas de ropa de tela ordinaria; se quitó en seguida la capa i luego su uniforme de dragones de la patria, que consistia en una chaquetilla ajustada al cuerpo i pantalon bombacho metido de la rodilla a bajo en botas de campaña con vueltas lacres.

En vez de espada, llevaba daga, i en el cinto, un par de cachorros cuyas culatas plateadas resaltaban a la luz de la linterna.

Cuando se hubo quitado el uniforme, se cambió la ropa interior por la ordinaria que traia, la cual era un traje completo de marinero, i formó un nuevo lío con la otra, envolviéndola en la capa i metiendo dentro las armas i un bolsillo con dinero.

La transformacion fué completa cuando en vez de la gorra de teniente se caló hasta las orejas un gorro de marinero.

Quitada la finura de las facciones i el color de la cútis, poco tostada con los aires del mar, nuestro jóven habria pasado por un verdadero grumete, aun para los marinos mas perspicaces.

Una vez envuelta la ropa como ya lo hemos dicho, tomó la linterna i siguió andando por entre los peñascos i alumbrando alrededor de él hasta encontrar una roca bastante inclinada sobre su base para que un hombre pudiera guarecerse bajo ella de las inclemencias del tiempo.

Allí, en el ángulo mas oscuro del engaste de la roca, puso el lío de manera que ocupara un reducido espacio, i lo cubrió con guijarros i arena seca hasra dejarlo completamente invisible.

Despues apagó la linterna i la ocultó a tientas empleando el mismo medio.

Tomó en seguida el sendero por donde habia venido, i mirando las estrellas, se dijo mientras andaba:

—Serán las tres de la mañana, i los pescadores no tardarán mucho en comenzar sus faenas.

Poco despues se halló en el arrecife en que se habia desembarcado.

Desde allí dominaba toda la bahía.

Aun era de noche, pero la oscuridad comenzaba a disminuir: distinguíanse ya los contornos de las cabañas de los pescadores i la cinta plateada que las olas formaban al romperse en la playa.

No tardaron en aparecer algunas luces en las cabañas, i algo despues, cuando el brillo de las estrellas palidecia ante la dudosa claridad de la alborada, Ricardo pudo ver que dos o tres hombres se acercaban a la playa.

—Este es el momento, se dijo.

I desprendiéndose del arrecife, se sumerjió en las aguas.

Habria una media cuadra hasta el punto en que se hallaban los pescadores.

Ricardo nadó en línea recta hácia ellos, despues de haberse internado en el mar.

Era un hábil nadador.

Sus brazos hendian las aguas sin precipitacion, i su cabeza dominaba las olas con la serenidad de un buzo.

A mas de veinte varas de la playa lanzó un grito i comenzó a ajitarse violentamente; dejábase sumerjir bajo las olas, i luego reaparecia como tratando de respirar con ansia i manoteando desesperadamente: de vez en cuando repetia sus gritos pidiendo ausilio.

Al mismo tiempo, i cada vez que levantaba la cabeza, fijaba su atencion en los hombres, que eran dos i se ocupaban en echar al agua una canoa.

Habia visto como éstos, al primer grito, miraron con interés hácia el punto en que él nadaba; i a los pocos instantes, convencidos sin duda, de lo que el grito les habia hecho sospechar, se apresuraron a echar la canoa i saltando a ella con prestezas, remaron para salirle al encuentro.

El jóven hizo entonces como un esfuerzo sobre sí mismo, i dió algunas brazadas hácia la canoa.

A dos varas de ella, como si perdiera el aliento, se dejó sumir en el agua.

Sintió entonces una mano que lo tomaba de una pierna, i luego otra que agarrándolo de la cintura lo izó hasta la embarcacion.

El jóven se finjió completamente desfallecido.

—Caramba! dijo uno de los pescadores, si no andamos tan lijero, el diablo se lo habia llevado!

—No tiene agua en el estómago, dijo el otro, cuya cascada voz indicaba una edad algo avanzada.

—Aun no principiaba a ahogarse; pero el frio del agua... i que habrá nadado mucho...

—¿Pero de dónde habrá salido este muchacho? preguntó el que parecia viejo.

—¿No ve usted, padre, que es marinero?... I mire usted: allá se vé un punto blanco; ese debe ser el buque.

—Así es: pero ese buque no ha naufragado; ni ha habido tormenta.

—¿Será un desertor?

—Puede ser: ¿no te acuerdas de aquel inglés que se nos apareció aquí el año pasado...?

—I éste parece inglés tambien.

—Sí; el pelo rubio i el color tan blanco...

Ricardo exhaló un suspiro.

La canoa tocaba ya en la playa.

—Está volviendo en sí, dijo el viejo. Corre, Andres, a la casa a traer un poco de aguardiente. Eso le hará bien, i no está demas el hacer una obra de caridad.

Abrió Ricardo los ojos con finjida pesadez, hizo otro suspiro, miró a su alrededor con cierta admiracion, i al fin detuvo la vista en el viejo.

El otro habia saltado de la canoa i corría por la playa.

—¡Buena la escapada que usted ha hecho! le dijo el viejo a Ricardo.

—¡Dios mío! dijo éste, creí morirme!

—Gracias a que hemos andado lijero. Pero no ha alcanzado usted a tragar mucha agua.

—Es que me he entumido, i he nadado tanto! tengo los brazos tiesos.

—¿I cómo ha sido eso? ¿De dónde viene usted?

Ricardo se sentó en la canoa, i dijo:

—Soi marinero de la *Consecuencia*.

I luego mirando al horizonte, agregó:

—Aquella fragata que apenas se alcanza a divisar. Venimos de España...

—Aquí está el aguardiente, dijo Andres llegando con un odre de cabrito casi enteramente vacío, pero que aun contenia una buena racion de aquel licor.

—¿Es usted español? le preguntó el viejo a Ricardo con cierto aire de cuidado, i sin hacer alto en la llegada de su hijo.

—Soi aleman dijo Ricardo, pero me he criado en las costas de España.

—Tome usted un poco de aguardiente; eso le hará a usted volver las fuerzas, repuso el viejo. Aquí tiene usted un calabacito.

Ricardo hizo ademan de alargar un brazo, i como si le faltaran fuerzas.

—No puedo dijo.

I volviéndose a Andrés, agregó:

—Hágame usted el favor de ponerme un trago.

El hijo del viejo tomó el calabacito i estrujó el odre en él.

Ricardo finjió hacer un poderoso esfuerzo para llevarse el licor a los labios.

Bebió menos de lo que aparentó, i dijo saboreándose:

—Buen aguardiente hai por estos mundos.

—Este no es de los mejores, se apresuró a decir el viejo: ya probará usted el verdadero aguardiente de Aconcagua.

Andrés recibió el calabacito de manos de Ricardo se lo alargó al viejo, que tambien saboreó un trago, i en seguida dijo:

—¿Conque usted viene de España?

—Sí, pues, i como decia, me contraté en Cádiz para venir a Chile. La fragata *Consecuencia* salió con destino a Guayaquil, pero debia recalar en Valparaiso, i yo puse la condicion de que me habian de dejar allí.

Ayer estuvimos a la altura del puerto, i acabábamos de poner proa a la costa, cuando la fragata norteamericana *Indus* se nos puso al habla i nos avisó que una escuadrilla de insurjentes chilenos i arjentinos andaba haciendo el corso por estos mares, i era probable que hubieran entrado en la bahia de Valparaiso. El capitan determinó entónces derrotar al norte para hacer vía al Callao. Esto me contrariaba, pero nadie hacia caso de mis reclamos. Anoche veníamos navegando de bolina a causa del viento i cuando orzamos hácia la costa, me dejé caer al agua.

—Bien hecho, dijo Andres.

—¿I la paga? preguntó el viejo.

—Me la habian dado anticipada en Cádiz: parte le dejé a mi madre, i la otra la empleé en ropa i en otros menesteres que han quedado en el buque; pero anoche, para no perderlo todo, me puse la ropa mas buena, e hice un envoltorio con la demas i me lo até a la espalda. No sé qué habrá sido de él, porque cuando me ví apurado no hice caso de nada.

—Vé, Andres, a buscar una manta a la casa, para que este jóven se quite esa ropa mojada i la ponga a secar. No te demores, que ya es hora de ir a recojer la red.

—Tengo una camisa i unos calzones limpios contestó Andres echando a correr en direccion a las cabañas.

Era éste un muchacho de unos dieciocho años, bien formado i de fisonomía agradable.

El viejo revelaba en su semblante la misma buena índole que el hijo, aunque parecia mas reservado i algo precavido.

Ricardo estaba satisfecho de su encuentro con estas jentes.

CAPITULO II

DE MARINERO A PESCADOR

El dia habia aparecido entretanto, i otros pescadores comenzaban a acudir a la playa a echar al agua sus canoas.

Uno de ellos, que tuvo que acercarse bastante a la en que estaba Ricardo, se fijó en él i miró interrogativamente al viejo, el cual ocupado en algunos aprestos, no lo notó.

—Buenos dias, tio Muni, dijo el pescador.

El nombre del viejo era Bonifacio, pero todos por costumbre lo llamaban así.

—Buenos dias, Manuel; contestó volviéndose al pescador.

—¿Qué tenemos de nuevo? preguntó éste indicando a Ricardo con una mirada significativa.

—Nada; un aprendiz de pescador, que me envia de La Ligua un hermano mio

—Con traje de marinero i tan mojado? interrogó Manuel sonriéndose con aire de incredulidad.

El viejo miró a Ricardo, como indicándole que a él le tocaba contestar a esa observacion.

—Este es un traje que tenia mi padre desde que se vino de España, dijo éste.

—I el hijo, añadió el viejo; lo ha estrenado hoi con un buen baño.

—Comienzo mal mi aprendizaje, dijo Ricardo; yo creia que estos barquichuelos no eran tan fáciles de darse vuelta.

Andres volvió provisto de las piezas de ropa de que habia hablado, e interrumpió aquella plática con gran satisfaccion de Ricardo, que temia nuevas observaciones del pescador.

—Vamos andando, dijo el viejo.

I apenas Andrés ocupó un asiento en la canoa, dió él una vigorosa remada apoyando la punta del remo en una roca inmediata.

Andrés se proveyó de otro remo, i a una con su padre, comenzaron a batir el agua empeñosamente, mientras Ricardo se ocupaba en cambiar su traje de marinero por el que aquel le habia traido.

Cuando ya estuvo vestido, preguntó:

—¿En qué puedo ser útil? ¿No hai otro remo?...

—Hoi debe usted descansar, dijo el viejo. La tarea que se ha llevado esta mañana

na no es de las mas suaves; tendrá usted para todo el dia, i quien sabe...

—Bah! repuso Ricardo, el aguardiente me ha confortado, i he podido mover los brazos para cambiar de ropa sin hacer grandes esfuerzos. Ya ustedes verán: a lo menos podré ayudarles a recojer las redes.

—¿Usted conoce el oficio?

—Nosotros los marineros entendemos un poco de todos los oficios de mar.

—Pero allá en esos paises tan lejanos, las cosas se harán de otro modo mui distinto, dijo Andrés.

—Puede ser, yo no he visto nada por acá.

—Por allá si que usted habrá visto todo! En España!

I le brillaron los ojos con manifiesta envidia.

—¿Dicen que es mui poderosa la España? preguntó el viejo.

Ricardo estiró el labio inferior comó con displicencia.

—Así, así, dijo. Ha sido poderosa; pero la Francia i la Inglaterra son mui superiores en poder i mucho mas adelantadas.

—Eso mismo creia yo, contestó el viejo con satisfaccion.

—¿Ha visto usted a Su Majestad el rei don Fernando? preguntó Andrés.

Ricardo reflexionó que mientras mas el corriente se finjiera de las cosas de Espa-

ña, mas interés despertaria su conversacion i mas fácil le seria ganarse la confianza de aquellas sencillas jentes.

—Lo he visto una sola vez, contestó con aplomo; en marzo del año pasado, el dia que volvió a entrar en Madrid de vuelta de su prision en Francia.

—¿Entonces ha estado preso? preguntó con admiracion el muchacho.

El viejo se apresuró a decir:

—Mala memoria! ¿ya no te acuerdas de lo que nos contaba el marinero inglés? Esa guerra de los españoles con los franceses, en que él habia peleado, era porque Napoleón tenia preso al rei don Fernando.

—Aquí, en Chile, preguntó Ricardo, ¿quieren mucho al rei de España?

Andrès iba a contestar; pero el viejo le hizo un jesto que lo dejó callado, i al punto dijo:

—Atencion! ya estamos encima de la red. Alto!

Andres levantó el remo para que la barca virara i se pusiera de costado siguiendo la línea que marcaban en el agua las boyas de la red.

Ricardo habia alcanzado a percibir el jesto, i comprendió que se desconfiaba de él.

—Tenemos buena cosecha, dijo el viejo.

—¿En que lo conoce usted? preguntó Ricardo.

—En que las boyas están mui perdidas.

—¿Así se colocan las redes en España? preguntó Andres.

—Sí; con la diferencia de que las boyas son de corcho i no de calabazas.

—¡Vamos arriba! gritó el viejo, tomar la boya!

El muchacho cojió la calabaza que sostenia la punta de la red, i el viejo remó siguiendo la direccion de las otras.

Por un momento cesaron de hablar i solo se ocuparon en plegar i levantar la red, terciando Ricardo en esta operacion.

La red salia cargada de peces de regular tamaño, i el viejo no cabia en si de júbilo.

—Pocos dias como estos, decia; el forastero nos ha traido la buena suerte.

Cuando la red estuvo en la canoa, Andrés preguntó:

—¿Hai de estos pescados en España?

—Pero aquí veo de varia clases.

—Sí, esta es una pescada.

—En España se llama merluza, dijo Ricardo.

—¿I este otro?

—No lo conozco.

—Este lo llamamos farel aquí; es un pescado que no se come.

Ricardo no hallaba como llevar la conversacion al punto que le interesaba. El queria conocer la manera como apreciaban aquellas jentes las cuestiones políticas que

ajitaban al pais, para calcular el partido que podia sacar.

Creia haber notado en el viejo pocas simpatías por la España; i aquel jesto cuando se trató de saber el partido que tenia en Chile el rei Fernando corroboraba sus sospechas, pues un realista habria manifestado su opinion sin temor alguno.

—¿I què hacen ustedes con la pesca? preguntó mientras el viejo i Andrés remaban hacia la playa.

—La vendemos a los campesinos que vienen del interior, o la secamos para venderla en invierno. Algunos dias, cuando hai lanchones en el puerto i corre buen viento, no faltan compradores que la llevan a Valparaiso i sacan gran provecho.

—¿Suelen venir lanchones a este puerto?

—Casi siempre, i buques tambien, pero esto solo sucede cuando viene tropa de guarnicion.

—¿I ahora no hai tropa? preguntó Ricardo disimulando la alarma que esta noticia le causaba.

—Ahora? para qué? dijo el viejo; todo está tranquilo, i por donde menos podrian venir los patristas seria por mar.

—¿Los patriotas? ¿quienes son los patriotas?

—Los que no quieren que esto sea gobernado por españoles.

—Entónces sucede aquí lo mismo que en España: los españoles hicieron mucho

para no ser gobernados por los franceses. ¿I hai muchos patriotas en Chile?

—Muchísimos, respondió el viejo con indiferencia

—Habrá algunos motivos para que los chilenos estèn descontentos con los gobernantes españoles.

El viejo tardó un rato en contestar.

—Yo no me meto en esas cosas, dijo al fin. Ellos saben su cuento, i a mí nada me va ni me viene.

Ricardo se mordió el labio con nuestras de impaciencia.

La canoa habia hecho la mitad de la distancia que la separaba de la costa: tenia el viento en contra i la carga de la red la hacia perderse mucho en el agua.

—Deme usted su remo, le dijo Ricardo al viejo; yo creo que me vendrá bien un poco de ajitacion.

—La marejada no nos deja avanzar mucho, contestó aquel cediéndole el puesto al jóven i entregándole el remo.

Púsose éste a la obra i se espidió con la habilidad de un consumado barquero.

Al cabo de un rato de silencio, dijo sin dejar de trabajar:

—No hai islas en estas costas.

—Islotes pequeños, contestó Andres.

—Hablo de islas grandes, con poblacion, como los que se ven en el Mediterráneo.

—Tambien hai islas grandes, dijo el viejo, pero están mui distantes de la costa,

como a cien leguas: hablo de las de Juan Fernandez, que son dos.

—¿Tienen habitantes?

—Ahora los hai en una de ellas.

—¿Serán indios?

—Nó; españoles: hai una tropa de guarnicion i muchos patriotas prisioneros.

—Es decir que los españoles viven libremente en la isla.

—¿Ha estado usted allá?

—Hice un viaje hará unos tres meses en un lanchon que trasportó a los soldados que estaban aquí de guarnicion. Llevé víveres i aguardiente, i traje langostas, que se pescan allá en mucha abundancia i son bastante grandes.

—Entónces deja producto un viaje allá.

—Ahora nó: esa vez me permitió el gobernador comerciar con los presos, porque estaban escasos de víveres a causa de haberse retardado en su viaje la corbeta *Sebastiana*, que es la que hace el servicio entre la isla i tierra firme.

—¿Quién es el gobernador?

—Un capitan del batallon de Concepcion, don Anselmo Carabantes. El hace su negocio vendiéndoles a los presos lo que piden fuera de su racion, por eso no consiente que nadie entre en comercio con ellos.

—Buena maula debe ser el tal gobernador, dijo Ricardo avanzando esta frase un tanto atrevida, para tantear el efecto que haria en su interlocutor.

—Cada uno para sí, i Dios para todos, respondió el viejo con una sonrisa que nada significaba.

—Pero cuando se trata de unos pobres presos, abandonados en una isla, sin recurso alguno... Por ahí se calcula que no tendrá mucha piedad el gobernador con sus prisioneros.

—¿Pero qué quiere usted? él es español, i los otros insurjentes?

—Así llaman los españoles a los patriotas.

—No les va mui bien entónces a los tales insurjentes, observó Ricardo.

—Los que están en la isla son mas dignos de lástima, dijo Andres.

Ricardo miró de reojo al viejo i lo vió fruncir el ceño, como disgustado de que su hijo cometiera la imprudencia de espresarse así.

—Vamos! pensó. Es mui difícil cojer a este astuto viejo: pero ya tantearemos al muchacho.

La barca estaba ya mui cerca de la orilla, a unas veinte brazas.

—¿Por qué tenia usted tantos deseos de venir a Chile? le preguntó el viejo a Ricardo.

—Ya éste habia previsto tal pregunta, i respondió al instante:

—Porque aquí debe hallarse un pariente mio, Edgardo Hoeffer, que se vino el año

pasado en la fragata *Candelaria*, i debe estar en Valparaiso.

—Es decir que usted permanecerá poco entre nosotros, i aprovechará la primera oportunidad para irse a ese puerto.

—Eso pienso; pero el caso es que necesitaré ganarme algun dinero para pagar el pasaje i no desembarcarme allá a brazos cruzados.

—Aquí no falta que hacer: se alojará usted en mi casa i nos ayudará a pescar i a beneficiar la pesca, tengo otra canoa i dos redes. Segun sea el trabajo será el jornal: éste lo ajustaremos cuando ya se pueda ver claro en el negocio: dentro de unos tres o cuatro dias.

—Me parece mui bien, dijo Ricardo.

—La mentira de esta mañana ha estado buena i será conveniente sostenerla: aquí la jente es desconfiada con los forasteros, i en los tiempos que corren es mui peligroso el llegar a un puerto del modo que usted lo ha hecho.

—Trabajaremos juntos, dijo Andres, i conversaremos de todo lo que usted ha visto: esta tarde podemos ir a la Punta. ¿No vé usted? aquella que está allá afuera, en la boca de la bahía. Allá se sacan mariscos i se pescan con anzuelo unas corvinas de mas de una vara de largo.

Ricardo acojió esta proposicion con secreta alegría, pensando sacar partido de la intimidad que haria con el mancebo.

Llegaron a la playa; saltaron los tres a tierra con el agua a la rodilla, i tiraron la barca arrastrándola en la arena hasta dejarla en seco.

El sol se levantaba sobre las cumbres de los Andes.

Andres i Ricardo se pusieron a sacar los peces de la red i a tirarlos en la arena.

El viejo separaba las diferentes especies, arrojando los que no servian, i acomodaba los otros en cestos de mimbres preparados al efecto.

Concluida esta faena i tomando entre todos los cestos i la red, se dirijieron a las cabañas.

CAPITULO III

LA PESCÁ DE CORVINAS

Ricardo fué presentado a la familia del pescador, la cual ocupaba la habitacion mas inmediata a la playa, i se componia de la mujer de aquél, una jóven de catorce años i un chico de ocho a diez.

La mujer era una vieja algo huraña, cuyo aspecto no dejaba que dudar acerca de su raza: era indíjena de sangre pura.

La hija tenia mas bien las facciones del marido, algo toscas, pero en conjunto mas agradables.

La llegada de Ricardo debió causarle buen efecto: con un afan, que a éste le pareció inusitado, puso algun arreglo en la habitacion i preparó lo necesario para el servicio de la comida; pobre comida compuesta de pescado cocido, erizos asados i

algunos caracoles; todo ello rociado con largos tragos de aguardiente.

La vieja comió en un rincon, aparte del grupo que formaban los demas.

El chico se familiarizó pronto con Ricardo, i no queria comer sino lo que èste le daba de su propia racion; i así, fué preciso que Jenoveva, pues este era el nombre de la jóven, se empeñara en hacer aceptar al jóven un puñado de caracoles i dos erizos a mas de los que le habian tocado en parte.

Al concluir de comer, o mas bien al cabo de una hora de descanso; el viejo se levantó diciendo:

—Vamos al trabajo.

Ricardo habia renunciado por de pronto a sondear las ideas de aquél, i con tal objeto, aguardábase para cuando estuviera a solas con Andrés.

El trabajo del dia se hizo al costado de la cabaña, en la parte de la sombra.

El viejo enseñó a Ricardo a quitar las escamas al pescado, abrirlo i sacarle las espinas, para ponerlo al sol.

Jenoveva remendaba las redes a pocos pasos de ellos, i terciaba en las conversaciones que se suscitaban.

Algunos pescadores vecinos acudieron atraidos por la curiosidad de saber quién era el nuevo compañero.

El viejo satisfizo sus preguntas como en la mañana, i todo se pasó sin novedad.

A eso de las cinco de la tarde, Andrés dijo:

—Ya será hora de pescar mariscos; ¿quiere usted padre dejarnos ir?

—Vayan, pues; yo concluiré lo que hai que hacer i calafatearé la otra canoa.

Andrés preparó una canasta, algunas cuerdas, anzuelos i otros menesteres.

—Oye, Andrés, le dijo el viejo cuando éste iba ya a partir con Ricardo.

Acercóse el mancebo i escuchó en silencio algunas frases que le dijo su padre al oido.

En seguida marchó con Ricardo, no sin que éste notase en él cierto aire de indiferencia, que revelaba el poco aprecio con que habia recibido las recomendaciones o advertencias del viejo.

—Siempre anda con escrúpulos mi padre, refunfuñó entre dientes.

Encamináronse a una pequeña península que cierra la bahia por el sureste.

Habia unas doce cuadras de distancia.

Cuando iban ya por la mitad del camino, Ricardo se paró de súbito i preguntó señalando la embocadura de la bahía:

—¿Qué es aquello?

—Es un lanchon que viene entrando, contestó Andrés.

—¿Vendrá de Valparaiso?

—Talvez; i si es así, mañana vamos a tener buena venta: ojalá que ahora pesquemos algunas corvinas i encontremos erizos;

aunque la mejor hora para los erizos es la mañana... ¿Hai corvinas en España?

—Sí, pero mui chicas; como de dos piés de largo.

—Bah! aquí pescamos algunas de dos varas.

—Langostas hai muchas en España, i bastante grandes, como de dos piés.

—Aquí no hai sino en las islas de Juan Fernandez; he visto de varios tamaños: hai unas así como dice usted con púas en el carapacho, i otras mas chicas i sin púas.

—Esos son langostinos, dijo Ricardo; me gustan mucho mas que las langostas. Para mí no hai marisco mejor que ese; soi capaz de hacer cualquier sacrificio por proporcionármelo.

—Aquí es mui difícil conseguirlo; i ahora que hai presos en Juan Fernandez, no deben traer ni a Valparaiso.

—¿Usted ha estado en esas islas?

—Sí, pero hace mas de un año. No habia presidio en ese tiempo; lo suprimieron los patriotas, i solo habia tres hombres que habian sido soldados de la guarnicion que tenian allí los españoles.

Entonces sí que pescaba uno en la isla lo que queria, porque aunque esos hombres, que eran españoles, se habian hecho dueños de ella; en yendo con un español como me sucedió a mí, no habia nada que temer.

—Parece que los españoles aborrecen mucho a los chilenos.

—No los pueden ver... A mi padre no le gusta que yo hable de estas cosas, porque dice que es peligroso.

—Debe ser peligroso, pues, dijo Ricardo, porque si oyera un español... A bien, que aquí no hai cuidado.

—Es lo mismo que yo digo. Pero él no tiene confianza en nadie.

—Nosotros tampoco hemos hablado nada que sea malo: el contar lo que sucede no es un delito.

—Sin embargo, él no quiere que se hable ni una palabra: en vez pasada, porque le contè yo a Pepe, el hijo de un pescador que vive allá cerca de las Ventanas... ¿No sabe usted cuales son las Ventanas? Allá, al norte de la bahia, esos dos marcos grandes que se divisan, formados por los peñascos...

—Sí, ya lo veo: es curioso eso. ¿I qué fué lo que usted le contó a ese jóven Pepe?

—Algunas cosas que mi padre nos habia referido de lo que sucedia en Juan Fernandez. Pero lo que yo le dije a Pepe no era de peligro. Si le hubiera contado otras cosas que èl nos dijo... Pero nada; todo fué hablar de lo que le habia pasado con una niña que hai entre los presos.

Ricardo se estremeció, i apenas pudo

ahogar en la garganta una esclamacion de sorpresa

—Hai una niña presa! dijo al fin, en un tono natural de admiracion

—Es una niña que está acompañando a su padre. Pero ya hemos llegado. Este es el punto mejor para tirar el anzuelo. De tres veces se acierta una. Tiremos los dos con un anzuelo cada uno; i apostemos un cuartillo al que acierte mas en seis tiros.

—Pero yo no tengo plata, dijo Ricardo.

—¡Qué importa eso, despues tendrá, i arreglaremos cuentas.

—Convenido.

—Aquí tiene usted su anzuelo, dijo Andres sacando uno de la canasta i dándoselo a Ricardo con un rollo de cuerda i un trozo de carne cruda de pescado, para que sirviera de cebo.

—Tiraremos i recojeremos a un mismo tiempo observó Andres.

—Mui bien.

I ambos a un tiempo lanzaron los anzuelos, los cuales, describiendo un semicírculo por el aire, fueron a sumerjirse en el agua a mas de treinta varas de distancia.

Esperaron un rato mirando como la cuerda se iba perdiendo a medida que el anzuelo ganaba fondo.

—Recojamos, dijo Andres. Tiro perdido.

Sacaron los anzuelos i volvieron a tirar.

En esta vez, apenas se habian sumerjido las cuerdas cuando Ricardo sintió un violen-

to tiron que estuvo a punto de quitarle la suya de las manos.

—Diablo! ahí picó! dijo Andres al ver ponerse tensa la cuerda de Ricardo.

Recojió éste con toda prontitud i sacó colgando una corvina, cuyo peso i violentas sacudidas le dieron harto trabajo para llevarla a paraje seguro.

Continuaron tirando los anzuelos, i al cabo de seis tiros, la suerte habia favorecido a Ricardo con tres presas, mientras que Andres habia hecho una de poca importancia.

—Está usted con toda la suerte, dijo éste, i si así seguimos... ¡Hombre! esclamó de repente interrumpiéndose. Mire usted: vienen militares en el lanchon!

En efecto, la embarcacion que al principio habia llamado la atencion de Ricardo, cuando aun estaba fuera de la bahia, se hallaba ya bastante cerca de la costa para que se pudieran distinguir los colores vivos de los trajes de los navegantes.

—A qué vendrán esos militares? preguntó Ricardo, sin demostrar la inquietud i contrariedad que esto le causaba.

—Vendrán de guarnicion; puede ser que las cosas se hayan empeorado. Esto nos conviene, porque nos compran algona pesca mal la pagan; pero peor sale cuando se vende seca. Si son talaveras, mas bien que se los lleve el diablo, porque no pagan nunca, meten camorras; les pegan a todos,

enamoran a las mujeres o se las llevan por fuerza i hacen mil barbaridades.

—¡Qué buenos son! dijo Ricardo irónicamente. Lo pasado estuvieron aquí unos —El de esos condenados, i fueron la ruina del puerto. Casi todos los pescadores se fueron al Papudo, a Viña del Mar i a otros puntos.

- ¡Dios quiera que no sean ellos!

—Creo que no son; porque les veo el uniforme mui colorado... No, no son: éstos tienen gorra blanca. ¿No ve usted? ¡Vaya! podemos estar tranquilos. Sigamos nuestro trabajo.

Volvieron a tirar el anzuelo, i al mismo tiempo Ricardo preguntó:

—¿En donde se alojan esos soldados?

—Ellos traen tienda de campaña. La levantan donde quieren; pero casi siempre un poco mas allá de las casas de nosotros.

Ricardo esperó algunos instantes, i sin dejar de atender a la pesca, dijo:

—Al fin no me acabó de contar usted eso de la jóven presa...

—De ninguna manera. ¿Con qué objeto habia de ir yo a contar lo que hablamos? dijo Ricardo con un tono que no dejaba lugar a duda.

—¿Cuántos tiros van?

—Cuatro; i tengo dos corvinas en esta suerte.

—Yo tambien tengo dos. Bueno es que

nos canda la pesca, porque ahora va a correr la vente, i mi padre se pondrá mui contento. Apurémonos.

—¡Caramba! acerté otra vez! esclamó Ricardo, i éste debe ser un animal mui grande.

Así era: la corvina pescada sobrepujaba excesivamente en tamaño a las demas.

—Vaya! dijo Andres, es zoncera apostar con usted; casi no yerra tiro.

—Ahora vamos a echar los anzuelos dijo Ricardo, en nombre de la preciosa niña de Juan Fernandez.

—Eso es! a ver a quien proteje!

Volvieron a lanzar los anzuelos, i en los dos picaron las corvinas.

—Viva! viva! esclamó Andres. La señorita de la isla está por los dos.

—Pobre jóven, dijo Ricardo con tristeza. Sabe Dios cuánto estará sufriendo allá.

—I debe sufrir de dos modos.

—¿Por qué de dos modos?

—Porque ademas del rigor con que tratan a los presos... Pero no vaya usted a olvidase de mi encargo de no hablar palabra!...

—¡Pierda usted cuidado! yo le prometo... ¿Cómo habia de querer que su padre se disgustara con usted? Todo quedará entre los dos.

—Bueno. Tiremos. Me ha ganado usted dos suertes. Arriba!

—Ya está. Me decia usted que la niña tenia que sufrir ademas...

—Sí; por lo que cuenta mi padre, es seguro que está enamorada.

—¡Enamorada!

—Ojo al anzuelo! El mio pescó.

—El mio no trae nada. ¿Enamorada de algun preso, decia usted?

—No tal; si son casi todos viejos. Pero usted se asusta como si le fuera algo en la parada. Seria precioso que se fuera usted a enamorar de ella solo con la noticia de que es bonita.

Ricardo hizo un esfuerzo para sonreirse.

—Confieso, dijo, que me ha interesado la pobre niña; dice usted que es tan linda i tan desgraciada.

—Si oyera usted hablar a mi padre! él asegura que no puede haber cara mas encantadora. Dice que parece un ángel o una princesa. ¿Son las princesas mui lindas?

—Algunas: otras hai feas. ¿Pero de quien está enamorada la niña de la isla?

—De un jóven que nunca ha querido nombrar mi padre. En fin, de uno que quedó preso en la cárcel de Santiago cuando ella tuvo que irse a Juan Fernandez.

—Un relámpago de alegría brilló en los ojos de Ricardo, pero como hemos dicho, la conversacion se sostenia trabajando, i Andres no podia leer en el semblante de su compañero la impresion que le causaban sus palabras.

—¿Cómo han sabido ustedes eso? se apresuró a preguntar Ricardo, al mismo tiempo que lanz ba el anzuelo.

—Es porque ella... ¿Cuánto tiros van?

—No los he contado; pero no importa. Me decía usted que ella...

—Ah! sí, le entregó a mi padre una carta para ese jóven.

—¡Una carta! exclamó Ricardo.

I fué tal su estupor, que se le escapó la cuerda de las manos, cuando un pez acababa de morder el cebo.

Andrés vió a tiempo lo que sucedia: vió arrastrarse la cuerda por el suelo para ir a perderse en el agua, i de un salto alcanzó a poner un pie sobre ella.

Recobrándose Ricardo al punto, la cojió nuevamente diciendo:

—¡Qué torpe soi! me tomó de improviso el tiron.

And es solfó una carcajada.

—No ha sido el tiron, dijo, sino la historia de la carta. ¡Vaya! vaya! pues sale cierto que usted se ha enamorado de esa señorita... ¡Buena cosa! esto era lo que faltaba! ja, ja, je, ja! ¡Qué mas fuera si la viese!

—Realmente, yo no sé lo que me pasa, tanto ha hablado usted de la hermosura de ella... Pero nó, mi susto no ha provenido de eso... En fin, ¿qué ha hecho de la carta el padre de usted?

—La tiene guardada. Ha ido a Santiago, i no ha podido averiguar el paradero de ese jóven.

—¿Tiene interés él en servir a la niña?

—Así parece... Pero trabajemos... Vaya! Perdemos mucho el tiempo conversando. Despues hablaremos. Pesquemos algunas corvinas mas, i luego nos entretendremos en cojer erizos i cangrejos.

Mal que le pesase, Ricardo tuvo que sujetarse a esta determinacion.

Erale preciso guardar las apariencias.

CAPITULO IV

FRANQUEZA DE NIÑO
I DESCONFIANZA DE VIEJO

La pesca se concluyó como a las oraciones, i entonces tomando el cesto cada uno de un asa, emprendieron la vuelta a la cabaña.

Ricardo se apresuró a entablar conversacion, tomando las cosas en el punto en que habian quedado.

—I tiene esperanzas su padre de usted, dijo, de encontrar al jóven a quien debe entregar esa carta?

—El dice que volverá a hacer algunas indagaciones, pero que no se espondrá a que los españoles descubran que él ha recibido tal comision.

—¿Cómo fué que la niña pudo darle esa carta?

—Dice que en los dias que él estuvo en la isla obtuvo permiso del gobernador para

ir a vender algunas cosas a los presos, los cuales siempre estaban vijilados por los soldados de la guarnicion; pero a esa señorita la dejaban en libertad de ir a pasear por la playa cuando ella queria, i en una ocasion se encontraron los dos solos.

Entónces se le acercó ella sonriéndose, dice mi padre, de un modo tan triste, que no pudo menos de preguntarle:

—¿Mucho sufre usted aquí señorita?

—¡Ah! dijo ella rodándosele las lágrimas. No son mis propios sufrimientos los que mas me preocupan; son los de mi padre! Mi pobre padre que no podrá resistir un mes mas! Todo se junta: las lluvias, la humedad de esos *ranchos* en que vivimos, que casi todas las noches se innundan; la escasez i mala calidad del alimento, i sobre todo el que ahora obliguen a los presos políticos a tomar parte en los trabajos forzados junto con los presidiarios que han llegado hace poco... Ah! es imposible que mi padre pueda soportar tantos rigores!

I la pobre niña rompió en sollozos de una manera capaz de partir el corazon.

Dice mi padre que no pudo tampoco él contener sus lágrimas.

—¿Usted es de Santiago? le preguntó al fin la señorita.

—Soi de Quintero, le contestó él.

—¿I no va usted nunca a Santiago?

—Suelo ir algunas veces.

La jóven estuvo pensando un largo ra-

to, como si no se atreviera a decir lo que queria: pero al cabo se resolvió.

—¿Querria usted, le dijo a mi padre, encargarse de llevar una carta a un amigo mio?

—Lo que usted quiera, señorita; i ojalá pudiera servirla en algo de mas provecho.

—Pero yo no quiero que usted vaya a esponerse a sufrir algo por mí: el amigo de que le hablo es patriota...

—No es necesario que usted me lo diga, señorita; yo trataré de cumplir su encargo del mejor modo que pueda.

Está bien; le agradezco a usted mucho su buena disposicion. Aquí tiene usted la carta.

I la niña la sacó del seno, despues de mirar a todos lados, temerosa de que alguien la espiara.

—Tome usted, le dijo; el nombre de la persona a quién se dirije va en el sobre.

—¿En qué parte de Santiago debo buscar a esa persona?

—Cuando yo me vine, quedó en la cárcel; pero es mui probable que ya esté en libertad; pues si no fuera así, lo habrian mandado a esta isla, como lo hacen con todos los reos políticos.

Iba mi padre a tomar otros datos respecto de él, cuando se acercó un soldado, i no les fué posible seguir hablando.

Apenas tuvo tiempo para ocultar la carta, i decirle:

—Confíe usted, señorita, en que yo haré cuanto esté de mi parte.

Al dia siguiente, salió mi padre de la isla para Valparaiso, i despues pasó a Santiago; pero en una ni otra parte le fué posible obtener noticias. Hubo uno que le dijo que ese jóven habia sido teniente de dragones i que habia muerto en el sitio de Rancagua. Pero no es creible esto desde que la señorita asegura que lo ha dejado en la cárcel de Santiago. Mi padre se vino cuando perdió toda esperanza de encontrarlo, habiendo gastado como cien pesos en el viaje. Pero dice que no siente tanto el gasto como el no haber obtenido ningun resultado. ¡Quien sabe si ese jóven habria podido hacer algo en beneficio de la niña!

Cuando Andrés acabó de hablar, Ricardo se quedó pensativo, buscando en sus adentros el medio de ganarse la voluntad del viejo.

—Da pena esta historia ¿no es verdad? dijo Andrés al cabo de un rato.

—Verdaderamente, me ha conmovido, contestó Ricardo; i daria no se qué por leer esa carta.

—¿Usted sabe leer?

—Entiendo un poco.

—¡Caramba! si mi padre no fuera tan desconfiado, yo le diria que lo dejara a usted leernos la carta.

—¿Entónces está abierta?

—No; está pegada con pan; pero como

ya no se ha de encontrar a ese teniente... En fin, despues, cuando ya mi padre lo conozca mejor a usted, yo haré que se deje de escrúpulos. El tiene mui guardada la carta, i nunca he podido pillarla a mano: aunque de nada me habria servido, pues yo no se leer.

Ricardo volvió a entregarse a sus mudas reflexiones i siguieron avanzando hácia las cabañas.

Cuando ya faltaban pocos pasos, se detuvo súbitamente, i le dijo a Andrés:

—Si yo quisiera hacer algo en favor de los prisioneros de la isla, ¿lo llevaria a mal su padre?

—¿I què podria hacer usted? dijo riéndose el mancebo.

—Es una suposicion.

—Mi padre es mui partidario de los patriotas; pero...

—¿Pero qué?

—Teme mucho a los españoles.

Está bien, dijo Ricardo como hablando consigo mismo; me basta saber que es partidario de los patriotas.

Andrés se alarmó al oir esta frase.

—Por Dios! dijo; i tanto que me habia encargado él..... Mi e usted no vaya a ser cosa que hable una palabra de lo que yo he dicho. Mi padre me mataria si supiera.

—Pierda usted cuidado: por mi boca no ha de saber nada. Pero sí, yo voi a hablar

ahora mismo con él para comunicarle una idea que me ha ocurrido.

—Pero usted va a darle a entender que sabe lo de esa niña.

—Yo me compondré de modo que no tenga usted nada que temer.

Tranquilizado Andrés, siguieron su camino.

El viejo se hallaba a la puerta de la cabaña, i no hizo mas verlos i salirles al encuentro.

La abundante pesca que estos llevaban, le causó un gran regocijo.

—¡El dia ha sido completo! esclamó. Han llegado soldados i piden mariscos i pescado fresco. Vé tú, Andrés, a venderles; están cerca; ponte el cesto a la cabeza. Ya sabes los precios.

Andrés hizo lo que su padre le decia, i el viejo invitó a Ricardo a entrar a la cabaña.

—Se han tardado ustedes bastante, le dijo, pero no importa: cuando el mar está bueno es preciso aprovecharlo. Ya están listas las dos canoas para salir a tender las redes. Comeremos mientras vuelve Andrés; i él llevará su racion a la canoa.

—¿A qué han venido estos soldados? preguntó Ricardo.

—Ha salido cierto lo que usted nos dijo esta mañana de que anda por estos mares una escuadrilla de insurjentes; i el gobierno

manda guardar la costa, por que teme un desembarque.

El viejo i Ricardo se pusieron a cenar servidos por Jenoveva, mientras la vieja i el niño dormian en la única cama que habia en el cuarto.

—¿Qué tal ha estado la pesca? pseguntó Jenoveva.

Ricardo se hallaba preocupado i no puso atencion.

—Mui buena, dijo el viejo; como yo no la esperaba.

La jóven miró a hurtadillas a Ricardo, i como lo viera tan pensativo, le dijo:

—Usted está triste. ¿Le ha disgustado el oficio de pescador?

—Nada de esto, dijo Ricardo, volviendo de su abstraccion. Estaba pensando en que a ninguno de ustedes se le ha ocurrido preguntarme cual es mi nombre.

—Yo lo habia pensado, pero no me he atrevido dijo Jenoveva.

—Yo no habia querido, esperando que usted lo dijera, repuso el viejo, bien podia usted tener algun motivo para ocultarlo.

I al decir esto fijó la vista en el jóven como para sorprender alguna intencion oculta.

—Algunos vecinos me han preguntado por su nombre, añadió el viejo, i como es natural que un tío sepa como se llama su sobrino, yo he dicho que usted es Pedro Contreras, como mi hermano.

—Seré Pedro mientras esté con usted, dijo el jóven; mi verdadero nombre es Ricardo Monterreal.

El viejo dió un salto en su asiento:

—¡Ricardo Monterreal!! exclamó bajando la voz como si temiera ser oido. Entónces usted es... Pero nó; yo estoi loco: usted me ha dicho que es hijo de aleman, i viene de España. ¿En qué estaria yo pensando?

—¿Conoce usted algun otro Ricardo Monterreal?

—¿Es decir... no lo conozco... pero he oido ese nombre varias veces, i me he admirado ahora... En fin, esto no tiene nada que ver con usted.

Reflexionó un instante el jóven, buscando el medio de vencer la reserva del viejo.

—Es estraño, dijo éste. Yo creí que usted me habló de un tio o pariente que tenia en Valparaiso.

—Voi a esplicarle a usted eso, interrumpió Ricardo; pero a usted solo.

—Véte afuera, Jenoveva, dijo el viejo.

La joven salió de mala gana dirijiéndole a Ricardo una mirada de reconvencion que le hizo sonreir.

—El viejo se levantó tambien, fué a la puerta; vió que la jóven se habia sentado a unos cinco pasos de ella, i volvió a colocarse junto a Ricardo.

—Hable usted en voz baja, le dijo.

Entónces el jóven se inclinó hácia él, i principió por decirle:

—Soi chileno: vengo de Buenos Aires i no de España. Estuve preso en la cárcel de Santiago hasta el 6 de Febrero de este año, i logré fugarme.

El viejo se quedó mirándolo con ojos alelados.

—Soi teniente de dragones del ejército patriota, agregó Ricardo.

El viejo permanecia en silencio, mirándole de hito en hito, como si no pudiera comprender lo que oia.

—¡Patriota! murmuró al fin... Pero... ¿Con què objeto viene usted aquí?

—A tratar de hacer algo por los prisioneros de Juan Fernández.

Meditó el viejo algunos instantes sin apartar la vista de Ricardo.

Su desconfianza parecia haberse aumentado con las revelaciones de éste.

—¿Porquè se dirije usted a mí le preguntó, para comunicarme sus intentos?

—Porque me ha parecido un hombre de bien, incapaz de hacer mal a un chileno.

—Yo no he dicho ni hecho nada que pueda hacerle a usted creer.

—Sin embargo yo estoi seguro de usted. Si usted no lo está de mí, la guarnicion está un paso desúnicemo usted.

—A mí no me gusta hacerle mal a nadie; si usted fuera español, i la guarnicion patriota, me conduciria lo mismo que ahora.

Ya le he dicho a usted que yo no me meto en esas cosas.

—Usted duda siempre de mí, dijo Ricardo. Tiene razon: mis palabras pueden ser tan falsas como las de esta mañana. Pero ¿quiere usted una prueba de que soi el mismo que digo?

—Me gustaria convencerme, no porque tenga interés en ello, sino para estar seguro de que mas adelante no me saldrá usted con otra cosa.

En esto volvió Andrés con el dinero del pescado vendido a los soldados. Entró tambien Jenoveva i presentó a Andrés su parte de cena, i fué a sentarse cerca de Ricardo, mirándolo tristemente como ofendida de la reserva que guardaba con ella.

El viejo habia vaciado la bolsa encima de un cajon que, puesto de boca abajo, hacia las veces de mesa; i contrajo su atencion a contar el dinero.

Los ojos de Ricardo se encontraron con los de Jenoveva, la cual revistió al punto su semblante de un aire de seriedad mezclada de tristeza, que significaba a las claras lo que pasaba en su ánimo.

—¡No hai duda! pensó Ricardo, las atenciones que hoi me ha manifestado esta pobre niña significa algo... I ahora se ofende por que no hecho alto en ellas, i he llevado mi indiferencia hasta hacer que su padre la aleje de aquí.

—Dos pesos dos reales, dijo el viejo

recojiendo el dinero i volviendo a colocarlo en la bolsa. ¡Está bueno! Con tres dias como éste le acabamos de pagar la carretada de leña al mayordomo de la hacienda. Vamos a tender las redes. Acuéstate, Jenoveva, i atranca la puerta; golpearémos cuando volvamos.

Dicho esto, salieron de la cabaña.

Ricardo al salir, le dió las buenas noches a Jenoveva con una afabilidad que la hizo recobrar su buen humor.

—Padre! dijo levantándose ¿Quiere que vaya con ustedes?

—Es mui tarde ahora. Mañana será dijo el viejo.

I se encaminaron a la playa.

CAPITULO V

LA CARTA

Durante el viaje de ida i vuelta, i mientras se tendieron las redes, no se habló una palabra sobre los asuntos que interesaban a Ricardo.

El viejo habia tomado una canoa para él solo, dejando la otra al jóven i a su hijo; pero se mantuvo constantemente cerca de ellos, sin hablar palabra i como entregado a graves reflexiones.

Así pues, Ricardo que tambien tenia motivos para estar preocupado, se limitó a satisfacer lo mas lacónicamente posible las preguntas con que frecuentemente lo asediaba Andres acerca de las costumbres del viejo mundo.

Cuando estuvieron de vuelta en la playa i hubieron sacado las canoas del agua, el viejo le dijo a Andres:

—Véte a acostar: nosotros iremos pronto.

Miró éste a uno i otro con cierta estrañeza, i tomó el camino de la cabaña.

El viejo aguardó un rato, hasta, que su hijo se hubo alejado un buen trecho, i entónces se volvió a Ricardo.

—Tengo curiosidad, le dijo, de saber qué pruebas son esas de que usted me ha hablado para convcerme de...

—¿De que soi patriota? preguntó Ricardo.

—Nó; eso poco me importa: lo que yo quiero es estar seguro de que usted no ha inventado una nueva fábula.

El viejo estaba siempre sobre sí: por nada abandonaba su reserva, manteniéndose a cubierto de cualquier trama que Ricardo hubiera fraguado.

—Pues bien, dijo éste; para darle a usted las pruebas que le he ofrecido, es preciso que me acompañe algunas cuadras mas allá de la Punta, en esta direccion.

I señaló hácia la parte en que la noche anterior habia escondido su uniforme.

—¿Para qué? ¿con qué objeto? preguntó el viejo aumentándose su desconfianza.

—Anoche me desembarqué por ese lado, i dejé escondido entre los peñascos mi uniforme de teniente de dragones.

—¿Luego es cierto que usted se ha vestido por mar?

—He hecho el viaje en un bergantin de los que forman la escuadrilla de los insurjentes.

—¿I por qué no han ido éstos a salvar a los prisioneros?

—Por que van tras unos buques mercantes que vienen de España con un valioso cargamento. Yo no he querido seguirlos, pues tengo mas interes en esta otra empresa... Usted comprenderá: entre los detenidos se halla una jóven que es... mi prometida.

El viejo parecia indeciso.

—Toquemos por otro lado, pensó Ricardo. Este hombre es avaro lo he visto contento ante la perspectiva de un negocio lucractivo.

I agregó en voz alta:

—Anoche he dejado junto con mi uniforme, algunos papeles que le probaran a usted que no miento.

—¿I quién me asegura que son suyas esas prendas? dijo el viejo sin interrogar directamente a Ricardo, sino como una reflexion que hacia para sí.

—Tengo tambien ahí, agregó el jóven sin hacer caso de esa observacion, algun dinero con que he pensado proporcionarme los medios de llevar a cabo mi empresa.

—¿Trae usted dinero i lo ha abandonado en la playa? preguntó a Ricardo el pescador.

—No hai cuidado: está en paraje seguro.

—Pero si lo ha dejado usted en la Punta, no podríamos ir ahora sin despertar sus

sospechas del soldado que debe estar ahí de centinela.

—Está como cinco cuadras mas allá de la Punta, siguiendo la orilla del mar.

—Entónces podríamos ir derecho: evitaríamos una gran vuelta, i nadie nos veria. Pero... ¿cree usted que aun estará el dinero en su lugar? Los pescadores andan todo el dia por la playa i...

—No es la misma playa donde yo he guardado eso. He escojido un buen escondrijo. Si usted teme molestarse en vano, yo iré solo i traeré todo a su habitacion.

Esta última propuesta la hizo Ricardo a fin de disipar las dudas del viejo.

I en efecto, la alarma que le habia causado a éste la pretencion de llevarlo aun punto lejano, desapareció enteramente.

Iremos los dos, dijo; no es conveniente traer a casa ese uniforme.

I se pusieron en marcha, guiando el viejo por un sendero casi recto, que iba de una playa a otra cortando la punta.

Mientras andaban, el viejo dijo.

—Esa niña de que usted me ha hablado ¿que aspecto tiene?

Ricardo se alegró de esta pregunta, que anunciaba una buena disposicion en el ánimo del viejo i que le permitia dar una prueba de la verdad de sus asertos.

Así pues, con un tono en que no se veia obligado a finjir mas bien a reprimir

el entusiasmo de una verdadera pasion dijo:

—Es una preciosa criatura de quince a dieciseis años; de un cútis mas albo que las espumas que forman las olas con aquella roca; de ojos azules, de un azul mas puro que el de este cielo.

I Ricardo señaló hácia arriba.

—Si usted la ha visto, siguió diciendo con mas calor, es imposible que hayan dejado de llamarle la atencion sus largas pestañas rubias, cuya sombra da a sus ojos una espresion dulce i embriagadora. Su pelo es tambien rubio pero de un rubio brillante, deslumbrador: trenzado, casi llega a la orla del vestido; desmelenado, es un abrigo encantador que cubre la espalda de belleza...

Ricardo olvidaba que sus palabras se dirijian a un hombre rústico.

—Es la misma; interrumpió el viejo. Se conoce que usted la adora...

— ¿Cómo? pondero acaso?

—No digo eso: usted habla la verdad; pero el tono en que dice esas cosas...

—Tiene usted razon: la adoro, la amo con idolatría: prueba de ello es el lugar i las circunstancias en que me encuentro; lo que hago i lo que pienso hacer.

—De manera, pues, dijo el viejo sonriendo, que el amor a esa señorita, mas bien que el deseo de salvar a los prisioneros, es lo que lo trae a usted aquí.

—Lo uno no impide lo otro, contestó el jóven... Confieso que mi mayor anhelo es el bien de mi amada; pero mi proyecto es tratar de salvar a cuantos prisioneros pueda.

—¿I de qué manera cree usted conseguir eso?

—Lo veremos cuando usted esté seguro de mí. Ya estamos cerca de los peñascos... Son aquellos.

—Pocos momentos despues, llegaban al pié de la roca en que Ricardo habia hecho su depósito.

—¿Trae usted avíos de encender? preguntó este al mismo tiempo que sacaba la linterna de entre las piedras.

El viejo hizo fuego con un pedernal i encendió una pajuela.

Ricardo acercó la linterna, le dió luz i dirijió sus rayos al piè de la roca.

—Aquí está todo, dijo señalando el monton de piedras i arena que habia formado la noche ántes.¿ Quiere usted tenerme la linterna?

El viejo la tomó, i Ricardo se puso a apartar las piedras.

No tardóen descubrir el envoltorio hecho en su capa, i en seguida estendiéndolo, mostró al viejo las piezas de su uniforme, los dos cachorros i el bolsillo con dinero.

—Aquí hai, dijo levantando este último, trescientos cincuenta i cinco pesos.

El viejo tomó el bolsillo, tanteó lo que pesaba, i volvió a dejarlo, diciendo:

—Si es plata, no alcanza a haber la mitad.

—Hai tambien oro, repuso el jóven vaciando el bolsillo en la capa.

El pescador contempló un instante el dinero; i luego su vista se posó en el uniforme.

—Usted temia hace poco que estas cosas no me pertenecieran; dijo Ricardo; pero va a ver que la ropa me viene perfectamente.

I comenzó a vestirse con lijereza.

El viejo observaba en silencio, i Ricardo lo veia fijar su atencion a cada pieza que se ponia, convenciéndose de que las botas se ajustaban exactamente a su pie; la gorra a su cabeza i así lo demas.

Vestido ya, el jóven miró de frente al pescador ostentando su hermosa figura con tal aire de nobleza en el semblante, que no habria podido decirse que el uniforme le daba importancia, sino que su graciosa apostura favorecia al uniforme.

—¿Quiere usted aun mas pruebas? dijo. Aquí hai papeles...

—No sé leer, interrumpió el pescador: nada me costaria buscar alguno que supiese; pero lo encuentro a usted digno de la jóven que me ha confiado la carta.

—¿Qué carta? preguntó Ricardo fingien-

do admiracion, i gozo a la vez de haber vencido la reserva del pescador.

Entónces refirió éste lo que ya habia sabido el jóven por boca de Andres, sin omitir aquello de que habia gastado como cien pesos en su viaje a Santiago, i concluyó por decirle:

—Guarde usted, señor, su uniforme, i volvamos a la cabaña: allá le daré la carta.

Ricardo volvió a ponerse el traje de pescador i envolvió nuevamente su uniforme en la capa, dejando afuera el bolsillo.

—Tome usted, le dijo al viejo; de ese dinero sacará los cien pesos que ha gastado en buscarme, i el resto me lo guardará usted para cuando sea necesario.

Dió aquel algunas escusas, sin poder disimular su alegría, i al fin aceptó ofreciendo a Ricardo sus servicios para cuanto quisiera ocuparlo.

Toda la desconfianza del viejo se cambió en obsequiosidad.

De regreso a la cabaña, despues de haber guardado el uniforme i apagado la linterna para llevarla consigo, le manifestó el pescador a Ricardo la confusion en que se hallaba para proporcionarle una cama apropósito, pues solo tenia una en que dormia él, su mujer i el chico. Jenoveva se acostaba en una hamaca de cotí pendiente de la viga de la cabaña, i Andres afue a, bajo un cobertizo, envolviéndose en la vela de un

barco que habia naufragado en la costa el año anterior.

—Compré esa vela en poca plata, dijo el viejo, i como era bastante grande la dividí en dos porciones: una es la que tiene Andres, i conservo la otra para hacer velas chicas para lanchas.

—Pues esa me basta, dijo Ricardo. Yo le haré compañía a Andres en su cobertizo: en este tiempo de calores, vale mas dormir al aire libre.

El viejo se tranquilizó, i cuando hubieron llegado a la habitacion; sacó de entre la totora del techo la carta que motivaba toda la ambicion de Ricardo.

Algo ajada i mugrienta se hallaba; pero el cierro se conservaba intacto i no por eso perdia de mérito para el joven, quien a pesar de todo la hubiera cubierto de besos a no contenerlo la presencia del pescador.

Dióle éste ademas la linterna con luz, i lo condujo al cobertizo llevándole la vela en que debia acostarse.

Andres dormia profundamente.

El viejo iba a tender la vela en el punto mas abrigado; pero Ricardo, impaciente por quedar solo, le dijo:

—Déjeme usted, yo me arreglaré.

Diéronse las buenas noches, i en cuanto aquel se retiró, el jóven sentándose en el suelo i poniendo la linterna a su lado, abrió àvidamente la carta i contrajo todos sus sentidos al leerla.

Decía así;

«Ricardo, amigo inolvidable:

Esta es la undécima carta que te escribo, sin haber podido conseguir un mensajero para mis anteriores. Quiera Dios que esta llegue a tus manos.

El que no te hayan traido a Juan Fernandez me hace presumir tu libertad, i aunque lloro tu ausencia, me consuela la idea de que te halles libre de los sufrimientos que nos agobian, a mí, a los mios i a tantos otros prisioneros.

Si me engaño, si no eres feliz, si aun estás en prision, si aun eres fiel a tus promesas, sírvate de consuelo el saber que solo mitiga mi dolor el recuerdo de los dias que pasamos en la cárcel. ¡Felices dias! Fuéraseme dado el cambiar por ellos todas mis esperanzas de libertad...

Juzgo que, libre i feliz, vivirás quizás olvidado de desgracias ajenas, pero ni aun así me pesa el confiarte mis ilusiones: sé que eres noble i jeneroso, i aun cuando otro amor ¡doloroso me es decirlo! haya invadido tu pecho, tendrás quizás para mi desgracia una lágrima de compasion!

¡Suerte infeliz! Ni aun me es dado saber el interés que mis sufrimientos inspiran a aquel cuyo recuerdo es mi única delicia! ¡Si a lo menos supiera que vivo enteramente olvidada, la ambicion de la libertad cesaria de atormentarme!

Muchas han sido, Ricardo, las crueldades que he tenido que soportar i soporto; muchas las lágrimas que he derramado; i en medio de mis mayores tormentos... ¿te confesaré la verdad?... Pues bien, la única esperanza que me halaga es la de poder referirte mis desventuras.

No lo sé, pero me parece que te veo escucharme con los ojos arrasados de lágrimas, con tu pecho palpitante de emocion, i oigo tu voz cariñosa de otro tiempo hablarme aquel lenguaje embriagador que solo de tus labios he oido i que ningun hombre debe poseer como tú.

Sí, yo gozaré con tus consuelos, i te contaré todo: te diré cual fué mi desesperacion cuando aquella noche que salí de la cárcel persuadida de que iba a recobrar la libertad, ví que todo habia sido un engaño de aquel infame capitan San Bruno, i que se obligaba a mi padre i a mis hermanos i por consiguiente a mí, a seguir hasta Valparaiso en compañía de muchos otros reos políticos.

Te diré que ante el dolor de verme separada de tí, cuando esperaba verte al dia siguiente libre como yo, no tenian valor ninguno las penalidades de aquel insoportable viaje hecho en dos dias con un sol abrasador, en malísimos caballos ensillados con miserables monturas sin estribos ni pellones, i sirviendo de mofa a los talaveras que nos escoltaban.

¿Ni qué valieron tampoco para mí, anonadada con tu ausencia, las angustias que soportamos en la corbeta *Sebastiana*, cuando nos pusieron bárbaramente encerrados en el fondo de aquella embarcacion, en número de cuarenta i dos prisioneros, i en tan reducido espacio, que no podiamos acostarnos?

¡Ai! solo un momento dejé de pensar en tí! i fué cuando caí desvanecida por la falta de aire i por el calor que nos consumía! (1).

Para mí no importaron nada las inhumanidades que sufrimos en aquellos terribles ocho dias de navegacion; lo que me importaba, lo que hacia mi mayor martirio, era sentirme alejar de Chile, de Santiago, i de tí!

¡Ah! i qué lucha sostuve en mi corazon

---

(1) En un memorial dirijidoal virrei Abascal por los prisioneros de Juan Fernández, en Diciembre de 1814, se encuentran estas palabras: «Sin poder acomodar la mayor parte de los cuerpos i menos las camas, con prohibicion de movernos aun para las necesidades mas urjentes, cubiertos de inmundicias, vómitos, fetidez, i sobre todo impedida la respiracion que se nos suministraba a ratos artificialmente por medio de una manguera, consumidos de ardiente calor, pasamos así varios dias al ancla».

Las referencias que en esta carta se hacen a los sufrimientos de los prisioneros de Juan Fernández, lejos de exajerarlos, omiten detalles desgarradores.

cuando a nuestra llegada supe que la corbeta *Sebastiana* volvia por mas prisioneros. ¡Cómo deseaba el que tú vinieras entre ellos! i ¡cómo amargaba mi corazon la idea de las crueldades que tendrías que soportar!

Si a lo ménos hubiéramos sufrido juntos! ¡Pero tú solo! sin tener ni siquiera mis miradas que habrian sabido darte valor!

¡I sin embargo, yo, tu amada, abrigaba la crueldad de desear que vinieras!

Pero ¿no es verdad que habrias sido dichoso sufriendo conmigo?

¡Ah, si estuvieras a mi lado, con cuánto valor sobrellevaria mis sufrimientos!

Pero nó... ¡si! moriría de dolor viéndote en la desgarradora situacion en que nos hallamos!... Tú no sabes!!!...

Las incesantes lluvias que penetran los débiles techos de nuestros ranchos miserables; los espantosos huracanes que conmueven la isla llenándonos de pavor; las mangas de piedras i arena que los cerros desprenden sobre nosotros; las inundaciones que convierten nuestros cuartos en inmundo lodazales; la terrible plaga de avispas i mil otro insectos que nos mortifican con su crueles picaduras; la inmensidad de ratas que nos disputan nuestro alimento, el vivir confundidos con famosos criminales i mujeres perdidas; el ver a mi padre i a mis hermanos agobiados con los trabajos forzosos i reducidos a una miserable ra-

cion, hambrientos, enfermos, transidos de frío!!!..... ¡Ah! todo esto me concluye, me aniquila; i acabaría con mi vida, si el ánimo de mi alma o mas bien el alma que me anima no fuera la esperanza de volverte a ver!

¡Volverte a ver!... ¡Ai! esa seria demasiada felicidad!... Saber de tí solamente!

Trata de escribirme, Ricardo! Aunque ya no me ames, sepa yo que has recibido esta carta; que te lastimas de mis desgracias; pues no quiero la compasion de nadie, sino la tuya! ¡sólo la tuya!

Mi única súplica es èsta: ¡escríbeme!

Ni me atrevo a implorar otra cosa.

Dios quiera que vivas feliz.

Tu adorada de otro tiempo.

TERESA.»

Ricardo se vió obligado a interrumpir varias veces la lectura de esta carta a causa de las lágrimas que empañaban sus ojos.

Cuando concluyó, puso la cara entre las manos i lloró en silencio amargamente.

Las horas pasaron; la luz se consumió en la linterna i Ricardo permaneció inmóvil, hasta que la voz del viejo pescador, que despertaba a su hijo para ir a recojer las redes, lo sacó de su postracion.

CAPITULO VI

EL LANCHON

El viejo habria querido ir a las redes sin Ricardo, pero éste insistió en seguir observando puntualmente su papel de pescador.

Hízole compañía a Andres, como en la noche pasada, i escusó cuanto pudo sus conversaciones.

De vuelta a tierra, llamó al viejo aparte i le dijo:

—Necesito hablar con usted a solas.

—Lo esperaba, dijo éste; i ya tengo prevenido como hemos de hacer para no dar sospechas. Almorzaremos, i en seguida Andres beneficiará el pescado miéntras nosotros vamos a la Punta a pescar corvinas. Pero abandone usted ese aire de tristeza que da que pensar. Ya calculaba que la carta contendria noticias de todos los horrores de que yo mismo fuí testigo. Mas, nada se remedia con echarse a muerte. Di-

simule usted, i ya veremos algun medio de hacer algo.

—¿Encuentra usted posible el...?

—Todo es posible. No hablemos mas.

Las palabras del viejo animaron a Ricardo lo bastante para poder asistir al almuerzo con aparente tranquilidad.

Jenoveva estuvo mas obsequiosa que el dia anterior, i Ricardo mas atento con ella.

El chico volvió a sus caprichos de comer lo que le diera Ricardo, no obstante haber intervenido el viejo, pero de modo que no traslucieran las consideraciones que tenia ahora por su huésped.

La mujer del pescador, huraña como siempre, se mantuvo apartada.

Concluido el almuerzo, se hizo todo como el viejo le habia prevenido a Ricardo, i salieron los dos en direccion a la punta.

Tres horas despues estaban de vuelta.

El semblante de Ricardo aparecia naturalmente tranquilo, casi alegre, i a su llegada a la cabaña acarició al hijo del pescador i sonrió a Jenoveva con una afabilidad que la transportó de gozo.

Aquel mismo dia entró al puerto un lanchon cargado de mercaderías.

A su vista, el pescador le dió una mirada significativa a Ricardo, el cual contestó con otra que revelaba un infinito placer.

Aquella tarde fué aquel a conferenciar con el patron del lanchon, i a su vuelta le hizo una seña afirmativa a Ricardo.

En la noche a la hora de la cena, dijo el viejo:

—Pasado mañana salgo para Valparaiso.

La familia debia estar acostumbrada a tales novedades, porque nadie se sorprendió con tan repentina determinacion.

—¿Cuántos dias tardará usted por allá? preguntó Jenoveva.

—No lo sé; quince o veinte dias, un mes a lo mas.

I volviéndose a Ricardo, agregó:

—Si usted quiere que hagamos el viaje juntos...

—Pero yo no tengo con qué pagar el pasaje.

—No hai que pagar: es un negocio mio, i usted podria aguardarme.

—Mejor es que se quede para ayudar a Andres, dijo Jenoveva.

—Nos va bien cuando pescamos juntos, observó éste.

—Me importa mas que vaya conmigo, repuso el viejo; pero si él quiere...

Jenoveva i Andres se volvieron a mirar a Ricardo, consultando con interes su parecer.

—Este meditó un instante con muestras de indecision, i al fin dijo:

—Bueno es que yo vaya. Trataré allá de encontrar a mi pariente, i volveré tranquilo.

En consecuencia de esta resolucion, el dia siguiente se pasó en los preparativos

necesarios para el viaje: compra de víveres i otras dilijencias misteriosas del viejo, cuyo objeto solo Ricardo parecia adivinar.

Jenoveva estaba a cada momento mas triste, i aprovechaba todas las oportunidades posibles para manifestar a Ricardo el sentimiento que le causaba su partida.

En uno de los momentos que quedaron solos, le preguntó en voz baja:

—¿Es cierto que piensa usted volver?

El jóven se sonrió, i dijo:

—No puedo asegurar mi vuelta. ¿Querría usted que volviese?

Jenoveva lo miró como admirada de que tuviera necesidad de hacerle aquella pregunta.

—Está disgustado usted aquí, dijo con aire de despecho.

—Por el contrario, contestó Ricardo, siento tener que irme.

—¡Pues entónces, quédese usted! dijo la jóven en tono suplicante.

—No puedo, es imposible; pero procuraré volver.

—¿Asegura usted que vuelve?

—Tampoco puedo asegurarlo.

Jenoveva miró a todos lados, para cerciorarse de que nadie los veia, i de improviso, como poseída de un arranque de rabia, se acercó a Ricardo, le tomó una mano i se la mordió hasta hacerlo lanzar un sordo grito de dolor.

—Para que se acuerde usted de mí, le dijo, i no vuelva mas a esta casa.

I huyó despechada i con los ojos llorosos, a esconderse en la cabaña.

Ricardo la vió alejarse en medio del mayor asombro.

—¡Pobre muchacha! esclamó al fin sonriéndose i examinando las huellas que los dientes de Jenoveva habian impreso en su mano.

El resto del dia se pasó sin novedad.

En la noche, el viejo aseguró que todo estaria listo para el dia siguiente en la tarde.

Jenoveva afectaba no mirar a Ricardo; pero éste la sorprendió varias veces con la vista fija en él.

Andres le preguntó al jóven si se iba con determinacion de quedarse en Valparaiso.

—Nada de eso, contestó él; me gusta la vida de pescador i trataré de volver a toda costa.

Jenoveva no dió muestras de que le causaran efecto alguno estas palabras.

Al cabo de pocos momentos, ella fué la primera en decir:

—Ya es la hora de acostarse.

Con lo cual se separaron, yéndose Ricardo con Andrés al cobertizo.

Al dia siguiente mui de mañana el viejo despachó a Andres con la canoa, i se quedó con Ricardo.

—El lanchon estará provisto de todo lo necesario a las cuatro de la tarde, le dijo. Iremos seis como ya hemos acordado i llevaremos víveres para mas de veinte personas calculando quince dias de navegacion.

—¿Se ha encontrado algun bote?

—El patron del lanchon se ha proporcionado una chalupa.

—¿I en cuanto a armas?

—Tenemos puñales.

—Bueno: las armas de fuego no sirven para un golpe de mano.

—Pero será bueno que usted lleve sus cachorros.

—Mis cachorros, mi daga i el traje de marinero, que me servirá despues. Por ahora conservaré este traje de pescador. En caso de un encuentro con buques españoles, seremos pescadores que conducimos a Valparaiso nuestra pesca, i que hemos sido arrastrados por una tempestad.

—Me parece bien.

—Lo que yo temo es que la guarnicion del puerto estrañe el vernos partir con tantos víveres i con esa chalupa.

—Los víveres consisten en *charqui*, pescado seco, harina de trigo tostado i quesos de leche de cabra. Todas estas cosas acostumbran llevar a Valparaiso los pescadores que van a comerciar. En cuanto al pan i víveres frescos, lo que va es para pocos dias. Llevamos una chalupa porque el pa-

tron la ha comprado para revenderla en Valparaiso.

—Entonces hai seguridad de que no nos molestarán a la partida.

—Algunas reflexiones le ha hecho al patron el jefe de la guardia, sobre lo peligroso que es el viaje a causa de la escuadrilla de insurjentes que cruza los mares, pero él ha contestado que no tiene temor ninguno, puesto que nada avanzarian con tomarse un lanchon viejo que solo les serviria de estorbo.

—¿Le parece a usted que el patron nos conducirá con felicidad a la isla?

—Oh! no lo dude usted: es hombre que ha ido cincuenta veces allá. Si usted quiere, iremos al lanchon para darle a usted a conocer desde luego a esas jentes.

—Nó; será mejor dejar eso para despues que nos embarquemos. Por ahora, conviene ir por los cachorros i la daga.

—Sí; llevaremos un cesto i anzuelo, como que vamos a la pesca.

En estas i otras diligencias avanzó el dia, i llegó el momento de embarcarse.

Ricardo se despidió de la mujer del pescador, i buscó con la vista a Jenoveva.

El viejo notó al mismo tiempo la ausencia de su hija.

—¿Dónde está Jenoveva? preguntó.

—Hace una hora que fué a la casa de su hermana, dijo la mujer. Ya debia estar de vuelta.

—Vaya! se habrá entretenido por allá: díle que cuide mucho al niño, que le t aerè bastantes cosas de Valparaiso. Vamos, Andres, ayúdanos a llevar el equipaje al lanchon.

Ricardo siguió al viejo, admirándose en sus adentros de la ausencia de Jenoveva en el momento de la despedida, pues él no dudaba que esto era intencional.

Andrés los acompañó hasta la embarcacion, i allí se despidió de ellos recomendándole a Ricardo que no se quedara en Valparaiso.

Ya los otros cuatro hombres de que habia hablado el viejo se habian instalado en el lanchon.

Ricardo los tanteó de una ojeada, i quedó satisfecho de su aspecto: eran todos hombres bien formados i parecian jente de arrojo.

El de mas edad, que era el patron, no pasaba de cuarenta años.

El pescador se sentó junto a Ricardo i le dijo por lo bajo:

—¿Qué tal? eh?

—Por lo que se ve, no andan mal, respondió el jóven.

El patron daba entretanto las órdenes para hacerse al mar.

Cada uno tomó un remo, incluso Ricardo, i principiaron a bogar; así debian salir de la bahia, hasta el punto en que las velas hicieran inútiles los remos.

El bote de que habia hablado el viejo, iba a remolque del lanchon.

Ni el patron ni los hombres parecian haberse preocupado en lo mas mínimo de Ricardo.

Solo cuando ya estuvieron bastante afuera del puerto, cuando las velas hincharon lo bastante i abandonados los remos, se terminó la maniobra ordenada por el patron, entónces se levantó el pescador de su asiento i dijo:

—Amigos: hasta aquí no mas llega mi autoridad: ahora el que manda es este caballero, a quien todos debemos obedecer.

I señaló a Ricardo.

—Yo he tratado con ustedes, continuó, como si el negocio fuera cosa mia; pues así habia convenido con el señor. Ya ustedes saben de qué se trata; i por lo que hace a mí, seré tan obediente a las órdenes de mi jefe, como ustedes deben serlo.

El patron iba a contestar por todos, despues de haber saludado a Ricardo, cuando vieron moverse los cestos i sacos de víveres hacinados a popa, i salir de entre ellos a Jenoveva.

En medio del asombro que causó a todos semejante aparicion, solo se oyó la voz de Ricardo que esclamó con la mas viva sorpresa:

—¡Jenoveva aquí!

I volvió sus ojos admirados al pescador,

para ver el efecto que aquel estraño suceso hacia en él.

—¿Qué viene a ser esto? le preguntó el viejo a su hija con aspereza.

Se sonrió esta graciosamente, mostrando dos hileras de dientes b'ancos i parejos, que le hicieron recordar a Ricardo la mordedura de su mano.

—Usted me habia prometido; le dijo al pescador, llevarme a Valparaiso en el primer viaje que hiciera. Como lo ví olvidarse de su promesa, nada me pareció mejor que venir a recordársela.

—¿Pero sabes tú que vamos a Valparaiso?

—Usted lo dijo en casa.

El viejo miró a Ricardo sin saber que resolucion tomar.

Este se encojió de hombros, como diciendo:

—Que le haremos: ya no tiene remedio.

—Ustedes no llevan quien les haga la comida, agregó Jenoveva.

El viejo meditó un instante, i al fin le dijo a Ricardo en voz baja:

—Mal ninguno hai en esto: ella nos puede servir de a'go.

—Si ese caballero, que es el jefe, repuso la jóven mirando a Ricardo fijamente con la misma sonrisa que habia hablado a su padre, se opone a que yo vaya, me tiro al momento al agua; bien alcanzo a nadar hasta la costa.

—¿Por qué me habria yo de oponer, le

contestó Ricardo, a no ser por el temor de que usted tenga que arrepentirse de ir en nuestra compañía? Nosotros vamos a correr riesgos, a esponer nuestra vida quizás...

—¡Bueno! eso me gusta; yo cuidaré de los enfermos i heridos. Los hombres no entienden tan bien como nosotras de esas cosas.

Todos aprobaron la resolucion de la jóven; i Ricardo, aunque en su interior no encontraba enteramente de su agrado la compañía de Jenoveva, juzgó que lo mas acertado era manifestarse complaciente, ya que no era posible tomar otra determinacion.

CAPITULO VII

LA ISLA DE JUAN FERNANDEZ

El viaje de los tripulantes del lanchon no ofreció nada que merezca notarse, i en la tarde del décimo dia avistaron la isla de Juan Fernandez.

El patron, obedeciendo las ordenes de Ricardo, se manejó de modo que la embarcacion no siguiera aproximándose a tierra hasta que la oscuridad les permitiera hacerlo sin ser vistos desde la isla.

Así, pues, solo cuando ya era de noche comenzaron a acercarse, i a unas dos millas de la costa arriaron velas i siguieron a fuerzas de remos.

—¿Ve usted aquella nubecilla? le preguntó el pescador al patron, señalando un punto del horizonte.

Miró éste en la direccion indicada, i dijo:

—Si hubiéramos tardado seis horas mas...

—Antes de seis horas tendremos la tempestad encima: yo conozco estos mares.

—¿Hácia qué lado está la poblacion? preguntó Ricardo.

—Por el lado opuesto, contestó el patron. En este lado hai dos baterias, distantes tres leguas una de otra. Yo voi calculando entrar en un ancon rodeado de grandes peñascos, que se halla entre las dos baterias.

—Allá se ve una luz, dijo Jenoveva.

Todos miraron al punto que ésta indicó.

—Esa es la bateria de la izquierda, dijo el patron: alguna fogata que han hecho los soldados. Estamos cerca del ancon. Viremos a babor.

Los remeros de estribor cesaron de bogar, i la embarcacion viró.

Pocos minutos despues, se hallaron a diez brazas de tierra.

A nueva órden del patron, siguieron costeando.

Serian las nueve de la noche cuando fondearon en el ancon.

Era verdad lo que le habia dicho el patron a Ricardo: las enormes rocas que rodeaban la pequeña ensenada podian ocultar perfectamente una embarcacion de mayores dimensiones que la que ellos tripulaban.

Ni del mar, ni de la isla podian ser vistos, a no ser que se hiciera una prolija esploracion de la costa; lo que no era de esperar sino en circunstancias dadas, cuando hubiera habido antecedentes para presumir

una sorpresa o un intento de desembarque de jente enemiga.

Ricardo llamó aparte al patron i al pescador, i sentándose con ellos a la popa, conferenciaron largo rato en voz baja.

De resultas de esta conferencia, el patron dió órden de tirar del cabo a la chalupa para hacerla atracar al lanchon.

Entretanto, Ricardo cambió su traje de pescador por el de marinero que ya le conocemos.

En seguida saltó a la chalupa junto con dos de los hombres; recibieron algunas provisiones que les pasaron del lanchon, cojieron dos remos, i se aprestaron a partir.

—Si hai algun buque en el puerto, nos volvemos, dijo Ricardo.

—I si nó, ya sabe usted como nos hemos de ver.

—Mucha prudencia en estas escursiones.

—Descuide usted en mí.

Ricardo se sentó al timon, i dió la órden de remar.

Alejáronse de la costa poco mas de dos cuadras i comenzaron a dar vuelta a la isla.

El mar se habia ido ajitando cada vez mas, i las nubes que al principio se distinguian apenas en el horizonte, se habian convertido en densos nubarrones que entoldaban todo el occidente.

La chalupa se balanceaba sobre las olas

de un modo que habria causado serias alarmas a jente menos resuelta.

—Se nos viene encima la tempestad, dijo Ricardo.

—Con tal que nos deje llegar a tierra, dijo uno de los hombres.

—¿Ya saben ustedes lo que deben decir a las jentes de la isla, en caso de que los interroguen?

—Sí, señor: el pàtron nos ha venido instruyendo por todo el camino.

La cha'upa siguió avanzando por espacio de tres horas, i al volver una punta que ocultaba la bah'a, una gran claridad hirió repentinamente la vista de los tripulantes.

—Diablo! dijo uno de los hombres, ¿qué es eso?

—¡Incendio en tierra! esclamó Ricardo.

Veíase en efecto grandes torbellinos de humo i llamas elevarse detras de los últimos peñascos de la punta que doblaban.

No tardó en aparecer a sus ojos toda la bahía, i entónces pudieron ver una gran estension de edificio presa de las llamas.

La viva luz del incendio permitia distinguir una multitud de jente que vagaba desde el punto incendiado hasta cerca de la playa, en medio de la mayor ajitacion.

El viento avivaba las llamas, i gruesos pero escasos goterones comenzaban a desprenderse de las nubes.

A medida que el bote se iba acercando al puerto con gran dificultad a causa de las

recias marejadas que lo hacian casi zozobrar, Ricardo fué viendo que la mayor parte de las jentes de la isla trabajaba en salvar algunos objetos del incendio.

Los edificios en que el fuego habia prendido eran de totora i ardian con estraordinario vigor.

La confusion era indescriptible, i a los gritos i amenazas de los soldados que escitaban a los presos a trabajar, se juntaban los lamentos de muchos de éstos, que casi desnudos, o dominados por el terror, o enfermos quizás, se refujiaban cerca de la playa, lanzando clamores de desesperacion.

El bote se hallaba mui inmediato a tierra cuando vino a notarse su presencia.

—¡Quién vive! gritó un centinela levantando su fusil.

—Náufragos, gritó Ricardo ajitando su gorro de marinero.

—¡Náufragos! repitieron muchas voces desde la playa.

—Cabo de guardia! gritó el centinela.

Algunos soldados principiaron a agruparse en la playa.

Los de la chalupa se esforzaban por ganar un punto aparente para encallar en la arena resistiendo a los embates de las olas que tendian a estrellarlos en las rocas.

Visto esto por los soldados, se apresuraron a echarles un calabrote; i la chalupa fué sacada a remolque sin novedad alguna.

El gobernador habia sido avisado desde

que el centinela habia dado el primer grito, i llegó a tiempo que Ricardo saltaba a tierra.

—Me dicen que estedes son náufragos, le preguntó al jóven examinándolo de piés a cabeza i sin dignarse contestar al saludo que éste le hizo en cuanto notó sus insignias de capitan.

—Soi marinero de la fragata española *Consecuencia*, dijo Ricardo con la mas pura i acentuada pronunciacion de Castilla la Vieja. Hemos encallado en la isla de *Mas afuera*, i nos ha tocado en suerte a los tres el venir a demandar auxilio a esta colonia.

—¿Esa fragata viene de España? preguntó el gobernador, suavizando el tono al ver que trataba con un compatriota.

—Sí, capitan; en viaje al Callao, con escala en Valparaiso: pero habiéndonos puesto al habla en Magallanes con la fragata norte-americana *Indus*, supimos que andaban corsarios en la costa, i solo hemos tocado en Talcahuano para tomar cuatro hombres en reemplazo de cuatro marineros enfermos. Los dos que me acompañan son de ese puerto.

El gobernador dió una lijera mirada a los compañeros de Ricardo.

—¿Trae víveres esa fragata? le preguntó en seguida al jóven con un interés que éste notó al punto.

—Lo preciso para el viaje, dijo sin desmentir un ápice su acento peninsular. El cargamento es de lencería de seda i algodon, paños, porcelanas i plata cincelada. Viene a bordo el señor brigadier don Juan Manuel Mendiburu, nombrado gobernador de Guayaquil por la real Majestad de nuestro mui amado rei i señor don Fernando, a quien Dios guarde.

—Desgraciadamente, dijo el goberdador, no hai aquí buque alguno. Hace un mes que esperamos a la corbeta *Sebastiana*, que debia habernos traido víveres. Es probable que arribe de un momento a otro i entónces podria ir en auxilio de los náufragos.

Todo esto pasaba a la luz del incendio i mientras la mayor parte de la jente trabajaba en salvar algo de las llamas; pues lo que era apagar habria sido empresa mas que ardua, enteramente inútil.

La lluvia tupia entretanto, i muchos de los presos casi desnudos, como los habia sorprendido el incendio a hora tan avanzada de la noche, encubiertos con mantas de las camas i sin hallar como guarecerse de la tempestad que amenazaba desencadenarse, acudian al gobernador con la desesperacion pintada en sus semblantes, pero sin atreverse a formular una queja.

De este modo, mientras Ricardo sostenia el interrogatorio del gobernador, se habia ido formando un círculo de jentes al re-

dedor de ellos, entre la cual notó el jóven rostros venerables de ancianos sexajenarios que no le eran desconocidos, pues casi todos eran vecinos ilustres de la capital, o quienes él habia visto en otro tiempo viviendo en la opulencia i acostumbrados al lujo i a las comodidades de sus confortables casas.

El gobernador ni aun tuvo a bien favorecer con una mirada de compasion a aquellos infelices, que ocurrían a él como a su único amparo en medio de tantas tribulaciones.

Ricardo lanzó una rápida ojeada a todos los que lo rodeaban.

Mantenia un aspecto sereno ante aquel espectáculo enternecedor, a pesar de que temblaba de emocion al pensar que entre aquellos desgraciados no tardaria en encontrar un ser tan querido a su corazon que no habria trepidado en sacrificar su vida por ahorrarle las angustias que presenciaba.

De súbito un clamor inmenso produjo un tumultuoso cambio en aquella escena.

—¡La pólvora! la pólvora! gritaron cincuenta voces.

I entónces la confusion fué espantosa: mientras unos huían aterrorizados hasta la orilla del mar, otros corrian hasta el bosque, a ocultarse entre las breñas de los cerros.

El gobernador corrió con la mayor parte de los soldados al punto del peligro.

Las llamas habian saltado al edificio en que se guardaba la pólvora.

Todo el ardor de los soldados se contrajo entónces a tratar de conjurar el inmenso peligro de la terrible esplosion que amenazaba.

Era verdaderamente un cuadro horrible el que presentaba aquella parte de la isla: el viento se habia hecho impetuoso i conducia las llamas de choza en choza, de manera que la poblacion se veia arder por todas partes; aquel golfo de llamas, el crujido de las maderas, el bramido de las olas, los alaridos desesperados de las jentes, el fragor de la tempestad que ya se anunciaba con espantosos truenos i vívidos relámpagos, formaban un contraste aterrador que sobrecojió a Ricardo de espanto, de horror i de conmiseracion.

Habia quedado solo en el punto en que habia saltado a tierra. Los dos hombres que habian venido con él se mantenian a cierta distancia observándolo todo i esperando sus órdenes.

El jóven, dominando su estupor, se acercó a ellos i les dijo rápidamente:

—Magnífica oportunidad para que ustedes traten de atravesar el bosque hasta el ancón. Yo diré que han huido por temor a la esplosion de la pólvora. Vuelvan ma-

ñana, diciendo que se estraviaron en el bosque; i noten bien el camino que hemos de necesitar.

Los hombres huyeron, como muchos otros; hácia el interior de la isla.

Ricardo comenzó a vagar de un punto a otro buscando a Teresa entre la jente que se refujiaba en la orilla del mar.

Los soldados i algunos presidarios acarreaban barriles de pólvora alejándolos un gran trecho de las llamas.

Entre unos peñascos oyó Ricardo algunas voces femeninas: corrió allá i vió tres mujeres de desvergonzado aspecto, casi desnudas i que celebraban la catástrofe con palabras cínicas i repugnantes ademanes.

A la vista del jóven aumentaron su algazara.

Ricardo apartó la vista con disgusto, i pasó sin hacer caso de algunas frases inmundas que le dirijieron.

Siguió corriendo de un punto a otro; i pasando revista a cada mujer, a cada grupo de jente que veia.

Un soldado notó sus afanes i le preguntó:

—¿A quién anda usted buscando?

A los dos hombres que han venido conmigo, contestó él al punto.

El soldado se encojió de hombros como diciendo:

—Qué sé yo!

Ricardo divisó a ese tiempo una camilla que llevaban dos hombres hácia una casa de tejas separada de la poblacion.

Una mujer caminaba al lado de la camilla i sostenia los cobertores para que el viento no los volara.

El agua arreciaba, i los conductores de la camilla apretaban el paso.

Sin embargo; Ricardo podia salirles al encuentro, con solo andar veinte pasos.

Mas, como el soldado estaba mirándolo, no le pareció ir derecho hácia aquellos, i se desvió en otra direccion, pero de modo que pudiera irseles acercando poco a poco.

La luz del incendio era vivísima, i Ricardo habria podido distinguir las facciones de aquella mujer, si hubiera venido de frente i menos encubierta para resguardarse de la lluvia.

Sin embargo, todo le parecia presajiar que era Teresa, i la emocion lo ahogaba.

Súbitamente un fáljido rayo rasgó las nubes i en vertijinosos zigzags se precipitó sobre la misma casa adonde conducian la camilla.

La mujer lanzó un grito de espanto que, aunque agudo, hirió melodiosamente los oidos de Ricardo.

Aquella voz fresca, arjentina, que mas que un grito, producia una nota musical, era la voz de Teresa.

Aun no se recobraba del susto que había causado el rayo, cuando una impetuosa ráfaga de viento le arrebató el abrigo de la cabeza.

A sus voces, los conductores de la camilla se detuvieron, i corrió ella al encuentro de Ricardo, quién habiéndose precipitado a cojer el abrigo, se adelantaba a ofrecérselo.

CAPITULO VIII

LOS PRISIONEROS

El hábil fotógrafo combina los efectos de la luz, formando contrastes armoniosos con rayos de intensa sombra para realzar la belleza del semblante que reproduce.

Pero nada mas puro, nada mas poético, nada mas arrobador que el semblante de Teresa bañado por los rojizos resplandores del incendio, en el fondo obscurísimo de una noche lóbrega i tempestuosa.

La luz desdeña los objetos opacos, así como gusta de ponderar la nitidez de los que tienen brillo, jugueteando i reflejándose en ellos.

La hermosura tiene su brillo particular, i la luz se recrea tambien escudriñando sus mas insignificantes detalles.

De aquí es que Teresa, pálida, con sus cabellos rubios, sueltos i flotando al im-

pulso del viento de la tempestad, cabellos brillantes como el oro, que desplegados al rededor de la frente, formaban una aureola verdaderamente luminosa; con su cutis albísimo, con sus ojos de aquel azul que Ricardo solo encontraba comparable en su pureza al azul del cielo; presentada así en medio de aquel cuadro de desolacion que formaban el fuego i la tempestad, parecia un ánjel que hubiera descendido a poner fin a tantos horrores.

Ricardo casi se asombró de que todos no vinieran a buscar su amparo, de que el fuego no se extinguiera a su presencia, de que la lluvia no cesara, de que la tormenta, en fin, no huyera desconcertada a ocultar sus furores en los confines mas apartados de la tierra.

Mudos, inmóviles, Ricardo i Teresa, el uno frente al otro, alargando aquel la mano en que tenia el abrigo de la jóven, i ella a punto de tomarlo, se quedaron estáticos de emocion i de asombro.

La figura de Ricardo no desmerecia en nada con su traje de marinero, i el gorro frijio, puesto al soslayo, le caia con gracia a un lado de la cabeza, dejando en descubierto su pelo naturalmente rizado i casi tan blondo como el de Teresa.

Ella estuvo a punto de caer desvanecida; pero Ricardo, mas dueño de sí mismo, dominó sus impresiones al sentir que los que

conducian la camilla, detenidos a diez pasos de distancia gritaron:

—Pronto, pronto, Teresa!

Ricardo le oprimió con fuerza una mano a la jóven.

—¡Animo, ánjel mio! le dijo con voz amorosa.

I al mismo tiempo que le ayudaba a envolverse en su abrigo, como le estrañara la familiaridad con que los de la camilla hablaban a su amada.

—¿Quienes son? le preguntó en voz baja.

—Mi padre enfermo, i mis hermanos, contestó ella maquinalmente.

Lanzando en seguida una dulce mirada al rostro del jóven i le dijo:

—Ven conmigo!

I corrió a su puesto.

Esas dos palabras habian sido pronunciadas con tal ternura, con tanto sentimiento, que Ricardo siguió tras ella sin darse cuenta de lo que hacia, i reflexionar si era o no comprometerse el paso que daba.

La habia seguido aun cuando hubiera oido la voz del gobernador de la isla prohibiéndoselo.

Se colocó Ricardo junto a la camilla, en el lado opuesto al que ocupaba Teresa, es decir, frente a ella, i ayudó a sostener la ropa i a conducir el enfermo.

Los hermanos de la jóven miraron con estrañeza a Ricardo.

—Es un amigo, les dijo ésta; mi compa-

ñero de cárcel, de quien ustedes me han oido hablar tantas veces.

Los jóvenes se saludaron con la cabeza, sin dejar de andar.

—¿Cómo ha venido usted aquí? preguntó uno de los hermanos de Teresa.

—Acabo de llegar fingiéndome marinero de un buque español, i diciendo que hemos naufragado en la isla de Mas-Afuera. Se trata de salvar a ustedes i a algunos reos políticos. Despues hablaremos; tengo un lanchon escondido por ahí, en que pueden caber unas treinta personas... ¿Está mui enfermo este señor?

—Bastante, respondió el mismo que habia hablado ya; pero se mejora. Creo que podrá soportar una navegacion.

Teresa guardaba silencio deleitándose en contemplar a su amante.

—¡Cuánto sufren ustedes aquí! dijo Ricardo dirijiéndose a ella para hacerla hablar, ansioso de oir su voz i de contemplar la espresion de su hechicero rostro.

Alzó ella los ojos al cielo con aire dolorido, i terminando en una triste sonrisa dirijida particularmente a Ricardo, dijo:

—¡Mucho hemos sufrido!

El tono i la espresion daban a aquella frase un valor inmenso.

Hemos sufrido, era decir: hoi no sufro.

Una elejía i un idilio en tres palabras.

El corazon de Ricardo se estremeció de gozo de amor i de piedad.

En aquel instante llegaban a la casa, i se refujiaron bajo el techo de un corredor que ocupaba todo su frente.

Ya era tiempo: la lluvia se desprendió a torentes; los truenos estremecieron la isla como si fueran a desprenderla de su base, i los relámpagos cruzaron en todas direcciones como los fuegos de una pieza de artificio.

El incendio declinaba ante la lluvia: tanta era la copiosidad de ésta.

Los soldados habian salvado la pólvora i comenzaban a llegar al mismo edificio en cuyo corredor estaba Ricardo, Teresa con su familia i muchos otro presos.

Aquel era el cuartel de la guarnicion.

Los soldados llegaban i entraban a la casa sin preocuparse de los prisioneros.

Ricardo creyó reconocer en uno de aquellos al centinela que le habia dado el «quien vive» al arribar a la isla.

Detúvolo al pasar, preguntándole con el acento castellano que tan bien fingía.

—Hombre! con dos mil demonios! ¿qué se ha hecho el gobernador?

—Está en su casa: ¿cómo quiere usted que ande por aquí, con este endiablado aguacero?

El soldado pasó, i Ricardo volvió al lado de Teresa, diciéndole:

—Parece que tendremos que hacer frente a la tempestad toda la noche.

—¿Esperaba usted que alguien nos aten-

diera? que se ocuparan en darnos asilo? dijo un hermano de Teresa.

—Aquí no hai que esperar compasion de nadie, agregó ésta. Ya estamos acostumbrados a estas cosas.

I luego, en voz baja, le dijo a Ricardo

—Pero ahora, ni el frio, ni la tempestad me hacen temblar.

Por toda contestacion Ricardo se estrechó contra ella, exhalando como un soplo a su oido estas palabras:

—¡Alma mia! deliro por tí!

Ocupáronse en seguida en colocar la camilla del enfermo de la manera mas conveniente para resguardarlo un tanto del viento, i todos cuatro, los tres jóvenes i Teresa, se instalaron junto a ella, sentándose en el suelo i abrigándose lo mejor que pudieron con un solo cobertor, que apenas alcanzaba a cubrirlos.

Del mismo modo que ellos, se agrupaban en distintas parte del corredor los demas presos.

Serian ya las tres de la mañana.

Ricardo aprovechó las horas que restaban de noche en confiar sus proyectos a Teresa i sus hermanos, i en tomar informes de cuanto convenia a la realizacion de ellos.

Supo que todas las tardes se daba libertad a los reos políticos para que pudieran pasear por la isla, pero que pocas veces podian aprovecharse de aquella concesion

por los rigores del clima; que al rededor de la isla habia ocho baterías con centinelas encargados de disparar un cañonazo a la menor novedad que notaran; que solo habia algunos senderos escarpados para pasar de una bateria a otra, i que el bosque era impenetrable, siendo mui dudoso el que pudiera encontrarse por donde atravesarlo para llegar al lado opuesto de la isla; i en fin, que durante la noche, fuera de los centinelas que vijilaban en las baterías, i de uno que se paseaba delante del cuartel, todos los soldados dormian confiados en que los presos no tenian medio alguno de fugarse, desde que no habia embarcacion que pudiera trasportarlos.

Ademas, le contaron a Ricardo que algunos presos, a fin de librarse de los trabajos forzados; solian ocultarse en el bosque cuando podian llevar víveres para algunos dias, i que nadie los iba a buscar, seguros de que el hambre los obligaria a volver. A éstos se les castigaba a su vuelta con privacion de alimento o con recargo de trabajo.

Así pasó la noche en interesantes pláticas, sin que escasearan frases cuyo doble sentido solo podian comprender Ricardo i Teresa con aquella perspicacia propia de los enamorados, que saben aprovechar el mas leve signo, la mas débil sílaba para comprender un discurso entero.

Vino el dia, pero la tormenta se sostuvo.

Gruesas mangas de agua se descargaban intermitentemente, inundando el suelo como las aguas de un rio que se desbordara.

El viento silbaba estrellándose contra los cerros; i los inmensos árboles seculares que formaban el bosque, doblaban sus copas i sacudian sus ramas como irritados titanes que amenazaran al cielo con sus brazos.

Los presos que habian pasado la noche por entre las breñas, comenzaban a distinguirse en distintos puntos, guarecidos ora bajo un árbol, ora al pie de una roca inclinada.

El incendio se habia estinguido completamente.

Ricardo se paró a la orilla del corredor a mirar los estragos que habia hecho el fuego.

Solo una tercera parte de las chozas se habia salvado; todo lo demas estaba convertido en escombros.

A las nueve del dia tocaron una campana en el cuartel, i algunos soldados salieron a dar el almuerzo a los presos.

Consistia éste en un cocido de *charqui* hecho en un fondo bastante grande, el cual fué colocado a la puerta del cuartel.

Los presos comenzaron a acudir de todas partes a pesar de la lluvia; iban a las

chozas i volvian provistos de tazas de lata i cucharas.

Muchos de ellos habian perdido esos utensilios en el incendio, i los soldados se reian de sus quejas.

Unos cuantos de aquellos respetables ancianos se resolvieron a ir por segunda vez a sus chozas, arrostrando el agua, el viento i el lodo, a remover los escombros para buscar en qué recibir sus raciones.

Ricardo iba a detenerlos ofreciéndoles ir él, cuando Teresa, que conoció sus intenciones.

—¡Cuidado! le dijo; cualquiera de los soldados que lo vea a usted manifestar el mas leve rasgo de compasion descubre que no es español.

Uno de los hermanos de la jóven venia ya de vuelta de la choza que habitaban, la cual no habia sufrido mucho en el incendio.

Traia cuatro tazas de igual tamaño.

Cada preso se acercaba al fondo, i un soldado le medía su parte en un cucharon.

La taza quedaba casi llena de caldo, en el cual sobrenadaban algunos pedazos de *charquí*.

Otro soldado le daba al preso una galleta de media libra.

Un sarjento presidia la distribucion.

Ricardo contemplaba dolorosamente aquella escena.

Los hermanos de Teresa se acercaron llevando cada uno dos tazas:

—Para mi padre, dijo uno de ellos despues de haber recibido su parte.

—¡Nunca viene su padre! contestó el soldado con aspereza; ya va pareciendo poltroneria mas bien que enfermedad.

I le echó de mal modo la cucharada en la taza.

El jóven se retiró sin decir una palabra.

Tocóle su turno al otro, el cual pidió para su hermana.

—¿Por qué no viene ella? preguntó el sarjento.

—Porque está indispuesta a causa de la mala noche.

—Miente usted: yo la he visto hace poco, parada en el corredor. Que venga ella.

Las mejillas del jóven se colorearon de impaciencia, i volvió al lado de Teresa.

—No han querido darme tu racion, porque no vas tu misma, le dijo.

—No iré, contestó ella; prefiero pasarme con unas pocas cucharadas del caldo de mi padre, que no lo toma todo, a soportar las palabras tan indecentes que me dicen esos hombres.

Ricardo oia, veia i callaba.

Cada acta de esos, cada detalle, era un dardo de fuego que penetraba su corazon.

Los presos que no tenian tazas, se vieron obligados a esperar que otros les prestaran, i fueron conminados con privarlos de la racion si a la tarde no presentaban la que habian perdido.

Ricardo fué llamado en seguida por el sarjento: se le dió una taza i una cuchara nueva, i racion mas abundante de otro caldo mejor preparado para la guarnicion.

—¿Qué se han hecho sus compañeros? le preguntó el sarjento en un tono mui distinto del que empleaba con los presos.

—¡Son unos cobardes! dijo Ricardo. El temor del incendio de la pólvora los hizo huir anoche hacia el bosque, i no he vuelto a saber de ellos. ¡Que se los lleve una pipa de diablos!

Avanzó el dia; i la lluvia fué calmando hasta cesar completamente a eso de las doce.

Solo una gran ventolina seguia ajitando las olas.

Los presos aprovecharon aquella bonanza, unos para ir a visitar sus chozas i recojer en las incendiadas lo que no habian podido salvar en la noche, otros para traer a lugar seguro las camas i demas efectos que habian quedado tirados a la intemperie cerca de la playa.

El gobernador dió órdenes para que se distribuyeran convenientemente las chozas que quedaban en pie, entre todos los pri-

sioneros, calculando que quedaran de a ocho o de a diez en cada una.

A Ricardo, no habiendo podido instalársele en el cuartel por falta de habitaciones, pues los capellanes i sus servidumbres habian tenido que pasarse a él a causa de haber alcanzado el incendio a sus casas, se le señaló una choza pequeña para que la habitara con sus dos compañeros, cuya vuelta del bosque se presumia próxima.

El jóven se alegró de esta circunstancia que le permitia estar con mas libertad entre los presos.

Solo una cosa vino a contristarlo grandemente i con mas razon a la familia de Teresa: cúpole a ésta el tener que albergar en su choza a dos presidiarios.

Delante de esos hombres no podia haber confidencia de ningun jénero porque ya era sabido que a trueque de un aumento de racion o de cualquier otra gracia, se constituian en delatores de los reos políticos.

Ricardo no podria visitar aquella choza sin esponerse a graves sospechas.

Tampoco era prudente demostrar mucha intimidad con Teresa i sus hermanos en donde pudieran ser vistos de los soldados.

Sus relaciones debian ser, pues, bien disimuladas, i tomar grandes precauciones

para ponerse de acuerdo en la realizacion de los proyectos de fuga.

Entre Ricardo i Teresa, las manifestaciones de su amor debian reducirse a espresivas i dolorosas miradas, a medias palabras pronunciadas a la lijera i a furtivos apretones de manos.

Eso era todo; pero era un mundo en comparacion de la ausencia.

CAPITULO IX

MAS PENALIDADES

Se pasó el dia, vino la noche, i los emisarios de Ricardo no volvieron.

Solo al amanecer del dia siguiente, Ricardo los vió aparecer a lo lejos i venir hacia la poblacion.

Apresuróse a salirles al encuentro, i les preguntó al punto:

—¿Qué ha sucedido? por qué tanto re-

el

ñales por todo el camino; pero siempre nos será preciso recorrerlo otras dos veces: es mui fácil estraviarse, porque hai varios otros senderos sin salida o que van a parar a distintos puntos.

—¿Ha quedado bien espedito el camino? ¿será fácil trasportar un enfermo en una camilla?

—Los compañeros han quedado trabajando en abrir los pasos difíciles.

—Perfectamente: ahora es preciso que ustedes se manifiesten hambrientos, como que han pasado desde antenoche sin probar bocado.

—No es mucho tampoco lo que hemos comido: el tío Muni traia pocas provisiones, por que no contaba con nosotros.

Mientras se acercaba a las chozas, sonó la hora del almuerzo.

Ricardo los condujo al cuartel con presteza.

—Y

un árbol bastante tupido, perdimos el c a-
min o i...

—Pero el hambre los hizo dar con él ¿no es así? concluyó riéndose el sarjento.

—¡Jaramba! ya creíamos morirnos de hambre!

—¡Bueno! para que otra vez sean menos *gallinas*.

I volviéndose a un soldado, agregó:

—A ver! traigan dos tazas i dos cucharas.

La distribución del almuerzo se hizo como el dia anterior.

Todos se presentaron provistos de sus tazas, algunas de las cuales habian sido encontradas en bastante mal estado.

Teresa no vino, i quedó sin parte.

Despues del almuerzo, se hizo trabajar a todos los presos en reparar los estragos del incendio: lo cual era obra de algun tiempo.

Solo a aquellos que por enfermedad o por su estremada vejez no podian prestar ningun servicio, se les permitia quedarse en sus chozas.

El trabajo duraba hasta las cinco de la tarde, hora de la comida.

Esta no se diferenciaba absolutamente del almuerzo.

El tiempo no se habia compuesto del todo; permanecia el cielo encapotado, i el mar en ajitacion, pero no llovia.

Ricardo i sus dos hombres tenian todo

el dia libre para ir a donde mejor les pareciera.

Afectaban hallarse mejor en el cuartel alternando con los soldados.

El jóven gozaba de cierta consideracion entre ellos, por su calidad de peninsular.

Así pasaron algunos dias, i Ricardo de vez en cuando salia solo o con sus hombres a pasear por la playa, a visitar las baterias o a andar por el bosque.

Ya se comprenderá el objeto de estas escursiones.

Las lluvias volvieron i se hicieron de tal manera frecuentes que fué preciso renunciar a ellas.

Sin embargo, Ricardo estaba satisfecho: el sendero habia quedado espedito i ya se habia comunicado con el pescador i el patron, quedando determinado todo lo necesario para la fuga de los presos.

Solo el dia no se habia fijado, porque eso dependia de la bondad del tiempo i de otras circunstancias; pero los del lanchon debian estar prevenidos a todo evento.

Entretanto los víveres escasearon de tal modo en la isla, que fué preciso reducir a una mínima parte las raciones de los presos. La galleta se habia acabado, i solo quedaba un resto de charqui húmedo i corrompido.

Ricardo se propuso traer ocultamente algunos víveres del lanchon para suministrarlos a la familia de Teresa.

Con tal fin, aprovechando algunos ratos

de buen tiempo, iba al bosque i se internaba por el sendero, que ya le era conocido, para ver si encontraba al pescador o al patron.

No se atrevia a atravesar él mismo la isla, porque una ausencia prolongada podia llamar la atencion de los guardianes.

Sucedió, al fin, que una tarde, en vez del patron i del pescador, se encontró con Jenoveva.

Grande fué su asombro, i al punto se le ocurrió que alguna novedad debia motivar la venida de aquella jóven.

Pero ni aun tuvo tiempo de interrogarla.

Apenas se acercaron, le echó ella los brazos al cuello diciéndole:

—¡Al fin lo veo a usted! Eran tantos mis deseos de verlo que me he venido a escondidas de mi padre... Vaya! ¿no me abraza usted? le disgusta que haya venido?

I dejando caer los brazos, se hizo un paso atras, con el rostro demudado.

Ya hemos dicho, Ricardo durante el viaje de Quintero a la isla, se habia propuesto tratar cariñosamente a Jenoveva.

Esta habia visto siempre en él un simple marinero, i aunque sabia que era jefe de la espedicion, ignoraba el por qué, i no habia tenido motivos para dejar de considerarlo como igual a ella, i por consiguiente, en la posibilidad de encontrar la correspondencia debida al afecto que él le habia inspirado.

Ahora bien, ella habia interpretado a su

modo la afabilidad de Ricardo, i se creia con suficiente título para resentirse de su frialdad.

Ricardo comprendió todo esto al ver el cambio de espresion que se operaba en el semblante de Jenoveva, i por prudencia, por no contrariarla, por no enemistarse con ella en la circunstancias delicadas en que se encontraba, se apresuró a complacerla.

—Me ha causado usted tal susto... dijo sonriendo: yo no la esperaba... creí que habia sucedido alguna desgracia.

—Absolutamente nada, contestó ella recobrando su buen humor i echándose de nuevo en los brazos de Ricardo.

La oprimió éste ligeramente contra su pecho, al paso que ella, estrechándolo con fuerza i echando atras la cabeza como para mirarlo mejor.

—¡Te quiero mucho! le dijo apasionadamente. Eres mui hermoso.

Ricardo turbado, ofendido, disgustado, presa de mil emociones, se desprendió de Jenoveva con el rostro encendido.

Pero se engañaba: era mas bien un efecto de inocencia, de ignorancia, si se quiere; el proceder de aquella jóven.

I así, ella tambien, roja de rubor, arrepentida quizá de aquel súbito arrebato, se separó de Ricardo diciéndole:

—¡Qué loca soi! ¿no es verdad?

El no halló que decir, i se sonrió.

De pronto, Jenoveva, como asaltada de

una estraña reflexion, tomó un aire rério i dijo:

—¡Ah! usted me cree mala.

—¡Nó! contestó simplemente Ricardo, en en un tono que no negaba de una manera decidida.

—Sí; usted me cree mala, repuso ella al momento. ¡Pero Dios sabe que jamas, con ningun hombre, he hecho semejante cosa! Ahora he sido mala, i por eso me desprecia usted!... Pero ya no lo volveré hacer mas... Verdad que no he visto a ningun hombre como usted!...

Compuso su semblante Ricardo al oir espresarse de este modo a la jóven, comprendiendo que se habia equivocado al juzgarla mal, i que efectivamente ella obraba así mas bien por sencillez que por maldad.

—Todos estos dias, continuó ella, solo he pensado en la manera de poderlo ver a usted; i al fin hoi me decidí... ¿Tenia usted deseo de verme?

—Sí; pero no era posible...

Jenoveva respiró.

—Entonces no me he engañado al creer que usted me quiere, dijo con satisfaccion.

I tomándole una mano agregó:

—Vamos a sentarnos en aquel tronco. Ahí conversaremos... Ai! que bueno fuera que nos viéramos aquí todos los dias.

—Pero no es posible; podrian sorprendernos. No puedo tampoco demorarme aquí;

tengo que volver pronto a la poblacion. Despues nos veremos.

—¿Cuándo?

—Cuando yo pueda ir al lanchon.

—¿Será pronto?

—En pocos dias mas, en cuanto se componga el tiempo. Ahora necesito que usted le diga a su padre que traiga hoi mismo algunos víveres, como unas veinte raciones de charqui, galleta i queso.

—Yo misma los traeré.

—Nó; él sabe donde debe dejarme eso: tenemos un lugar convenido, porque no sé yo a punto fijo cuando podré venir. Dígale usted que deje los víveres donde están las armas. Adios.

I Ricardo le apretó a Jenoveva la mano con que ésta tenia tomada la de él.

—Adios, contestó ella tristemente, retirando su mano i en actitud de esperar un abrazo del jóven.

Pero sea que éste no hiciera alto en ello o que quisiera desentenderse, el hecho es que solo le dirijió una sonrisa i partió apresuradamente.

Jenoveva se quedó parada siguiéndolo con la vista hasta que se perdió en los recodos del sendero.

Suspiró entonces, i dijo con sentimiento:

—¡No me quiere tanto como yo!

I echó a andar hácia la parte opuesta de la isla con paso tardio, como sumida en dolorosas reflexiones.

Ricardo volvió a las chozas, i en cuanto tuvo una oportunidad, le anunció a un hermano de Teresa que para el dia siguiente tendrian víveres frescos.

En efecto, durante la noche i apesar de que llovia con alguna fuerza, Ricardo salió de la choza con uno de sus hombres i se encaminó al bosque.

Desviándose un tanto del sendero que lo atravesaba, i en la concavilidad de un árbol cuya abertura se hallaba disimulada con ramas i malezas, encontró Ricardo los víveres que habia pedido,

Hallábase ademas ahí los dos cachorros i la daga del jóven, i dos machetes de enormes dimensiones.

Tomaron los víveres i se volvieron a la choza.

Desde el dia siguiente, con grandes precauciones para que ni los soldados ni los presos percibieran nada, Ricardo cuidó de suministrarles víveres a la familia de Teresa.

Aquellos reos políticos que vivian en intimidad con ellos i que tambien estaban iniciados en los planes de Ricardo participaban de aquel beneficio.

Por lo que hace a los demas presos, se veian escenas lamentables a causa del hambre: la caza de ratas, que tanto abundaban en la colonia, hacia la delicia de aquellas infelices jentes.

Despues de muchas lluvias, vino al fin

buen tiempo: el sol apareció radiante, i en dos o tres dias se enjutó el cielo; el mar se tranquilizó, i una brisa sostenida del sur-este anunció prolongada bonanza.

Como Teresa gozaba de cierta libertad entre los presos, i Ricardo para no hacerse sospechoso, cuidaba de no entrar en relaciones con ellos, el mejor medio que él encontró de comunicarles sus prevenciones fué servirse de aquella como intermediaria.

A este fin, en un corto instante que pudo hablarla le dijo:

—Vaya usted esta tarde a dar un paseo por el roble rasgado.

Era éste un árbol mui conocido de todos por su corpulencia i por hallarse a la entrada del bosque en el punto mas visible. Un rayo le habia abierto el tronco desde la copa hasta la raíz, i de ahí proveria su nombre.

Teresa fué puntual a la cita.

Ricardo habia salido con anticipacion, a la vista de los soldados i de muchos presos, en una direccion contraria a la que Teresa debia seguir; i abordando el bosque por un punto distante, dió un rodeo que le permitió llegar, sin ser visto, al paraje indicado.

Era la primera vez que los dos jóvenes se encontraban solos i al abrigo de todas miradas indiscretas.

El objeto que ahí los llevaba era de la

mayor importancia, i para nada entraban en él sus aspiraciones amorosas.

Sin embargo, los dos se acercaron temblando i pálidos de emocion.

—¡Cuántas veces Ricardo se habia desvelado pensando en que un instante de soledad le permitiera estrechar a su amada contra su pecho!

Sin embargo, al hallarse en aquella situacion que tanto habia soñado, solo se sintió con aliento para tomarle una mano i desflorarla con sus labios.

Teresa no opuso la menor resist[illegible] pero su mano tembló i el leve con[illegible]encia; los labios de Ricardo la hizo es[illegible]tacto de perceptiblemente. [illegible]remecerse

Quiso hablar, i no e[illegible] ga[illegible]ganta. [illegible]contró voz en su

—¡Te amo ta[illegible]to! le dijo Ricardo, como para escusar su atrevimiento.

I sin dejarle [illegible] la mano, agregó en seguida:

—Sol[illegible] la fu[illegible] te he llamado para hablarte de [illegible]ga.

—Así lo he creido, murmuró Teresa.

—¡Pero solo querria hablarte de mi amor! es la primera vez que te veo a solas despues de tanto tiempo! ¡Oiga yo ahora de tu boca lo que tanto me han dicho tus ojos! Díme que, como yo, tu solo an-

he'as verme, hab'arme, recibir mis caricias, devolvé melas! Dímelo, Teresa mia!

I dejándose llevar de su trasporte, Ricardo estampó nuevos i calorosos besos en las manos de la jóven.

Entonces ella trató de desacerse.

—¡Ricardo! le dijo. Es verdad que te amo; demasiado lo sabes. Pero ahora no me has llamado para oir esto.

I como el joven, sordo a sus palabras, continuaba cada vez con mas ardor cubriéndolo ambas manos de besos.

—Eso es engañarme, dijo procurando afectar un aire serio.

Ricardo se enderezó vivamente.

—¡Perdóname! esclamó abandonando las manos de Teresa. No sé lo que hago! Te juro que solo he venido a recomendarte que prevengas a tus hermanos para esta noche... Sí... ya no sé qué iba a decirte... Dímelo antes que no estás ofendida... Mira, yo solo pienso en tu amor. Todo lo que hago... ¿Habria venido yo a esta isla si tu no estuvieras aquí?

Hablaba alto Ricardo, i su voz se plegaba naturalmente a todos los movimientos de su ánimo: su tono sentido o arrebatado, segun sus emociones pintaba mejor que las palabras el fuego de su pasion.

Un lijero ruido se dejó oir de repente entre las ramas, Teresa lanzó un débil grito de espanto, i Ricardo se volvió con la presteza de un resorte.

Escucharon inmóviles un instante, i no oyeron nada.

—Alguna rata... algun reptil... el viento, dijo Ricardo para tranquilizar a la jóven.

—¿I si fuera alguien?

—¡No! ¿quién podria ser?

I no obstante la seguridad con que Ricardo hablaba se acercó al punto en que se habia sentido el ruido i trató de ver por entre las ramas.

—Nada, dijo, no hai nadie.

I volvió al lado de Teresa.

Sin embargo, ésta temblaba i no podia dejar de lanzar miradas inquietas a uno i otro lado.

—Separémonos pronto, dijo. ¿Qué tenias que decirme?

—Qué esta noche a las once; es decir, como dos horas despues que se hayan recojido los soldados al cuartel, i cuando ya esten dormidos los presidiarios, deben venirse a este punto ustedes i sus amigos. Yo los esperaré aquí. Su padre de usted puede ser trasportado en la camilla; el camino está calculado para poderlo llevar así hasta el lanchon. Mucho silencio, i que a los demas reos que nos han de acompañar no se les dé la noticia hasta el momento de acostarse. Que todos procuren traer sus ropas i abrigos, pues no podemos prever lo que durará nuestro viaje. Para venir aquí es preciso que rodeen por detras de las casas que fueron de los capellanes; así no

habrá peligro de que los divisen del cuartel ni de la casa del gobernador. Esto es todo. ¿Crees aun que te he hecho venir aquí maliciosamente?

La jóven se sonrió.

—No lo he creido un solo momento, le dijo.

—Pero lo has dicho.

—Para contener tus arrebatos. Jamas he dudado de tí. Adios.

—¿Te vas así? Ni aun me dejas tocar tu mano?

Teresa le tendió las dos.

Ricardo dobló una rodilla; tomó las manos de la jóven i ocultó su cara en ellas, besándole las palmas, una en pos de otra.

Ella las retiro en seguida rozándole suavemente las mejillas, i se alejó al punto, como para ocultar a los ojos de Ricardo la emocion que se dibujaba en su rostro.

El jóven se incorporó siguiéndola con la vista, i la divisó caminar apresuradamente llevándose las manos a la boca i besando con pasion la parte que sus labios habian humedecido.

—¡Me ama con delirio! me ama como yo la amo! esclamó trasportado de gozo.

Un nuevo ruido contestó a su esclamacion; pero mas sostenido que el que ántes habia alarmado a Teresa; ruido que se fué alejando con rapidez hacia el interior

del bosque, como el de un animal que huyera sobresaltado.

—¡Qué puede ser! pensó Ricardo. A nadie he visto salir de la poblacion... Solo algun zorro. Dicen que hai zorros en el bosque.

I tomando lentamente el camino por donde habia venido, ganó la orilla del mar.

CAPITULO X

LOS CELOS DE JENOVEVA

Era la hija del pescador la que habia causado entre las ramas aquel ruido a que Ricardo dió una significacion tan inocente.

Jenoveva habia asistido a la entrevista de los dos amantes, conteniendo los impulsos de furor i de celos que la ajitaron desde el primer momento.

Pero no era la prudencia, ni ningun sentimiento jeneroso la que le habia dado fuerza para permanecer inmóvil hasta el fin: era el instinto de la venganza.

Sin reflexionar, sin concertar proyecto alguno, comprendió desde luego que nada avanzaria descubriéndose, i que su mejor partido era escuchar.

Sin embargo, necesitó de toda la fuerza de su voluntad, de un heroismo incalculable, increible en ella, cuando vió a Ricardo men-

digar suplicantemente las mismas caricias que a ella le habia negado.

Retorcíase los brazos de desesperacion i se mordia las manos para ahogar los gritos de rabia que se agolpaban a su garganta.

I cuando Ricardo quedó solo, para poder resistir al violento deseo que le impelía a echarse sobre él, segura de encontrar fuerzas sobradas para ahogarlo en sus brazos corrió al medio del bosque desgarrándose los vestidos en las ramas, mesándose los cabellos i lanzando rujidos de furor.

—¡Ah! era por eso! no es por salvar a los presos! esclamó al fin con ronca voz. Pues no la salvaré!

I mientras hablaba i discurría así, no cesaba de correr, jesticulando como una loca i con el rostro descompuesto i los cabellos desgreñados; hasta que al fin, estenuada, jadeante, convulsa, cayó al pié de un árbol prorrumpiendo en agudos alaridos i lastimeros sollozos.

El dia avanzaba entretanto; pero no tan aprisa como hubiera deseado la impaciencia de Ricardo.

Sentado en una roca a la orilla del mar, lejos de todos para que nadie sorprendiera la menor emocion en su rostro, parecia entregado tranquilamente a la contemplacion del movimiento de las olas.

En realidad, la ajitacion de su espíritu, fluctuando entre el recuerdo de su entrevista con Teresa i el sobresalto que natural-

mente le ocasionaba la proximidad del lance mas difícil de sus proyectos, le hacia necesaria la soledad.

Vino la noche, i los presos, se recojieron a sus chozas.

Ricardo fué el último en hacerlo.

Todo estaba tranquilo, i hasta el mar parecia haberse hecho cómplice de sus proyectos: nunca se le veia en tanta calma.

Ricardo se sentó a la puerta de su choza i esperó.

Sus dos hombres cuchicheaban a poca distancia.

La noche era bastante oscura.

A eso de las nueve, Ricardo, que no cesaba de mirar a la puerta del cuartel, la vió cerrarse, i aun oyó correr los cerrojos de ella.

—Ya es hora, les dijo a los hombres. Vamos.

I salió sijilosamente, seguido de ellos.

La mayor parte de las chozas estaban cerradas i todos los presos parecian dormir.

Dieron un rodeo para dejar a un lado la poblacion, i faldeando un pequeño cerro, no tardaron en hallarse a la entrada del camino practicado por sus compañeros.

—Oigan, les dijo Ricardo sin dejar de andar; ustedes volverán allá con sus puñales, i se colocarán lo mas cerca posible del cuartel. Al menor indicio de que el centinela perciba la fuga de los presos, caen

sobre él, le intiman silencio i lo traen al bosque. Si no hai novedad, permanecen allá hasta que sientan el ruido de una rama que se desprende del roble rasgado.

—¿I si el centinela alcanza a dar la voz de alarma, o si los presos son detenidos por un número mayor de soldados que el que nosotros podemos contener?

—En tal caso no hai mas que correr a darme la noticia, para ponernos en salvo con los presos que puedan seguirnos.

Llegaban entonces al árbol en que estaban guardadas las armas, i Ricardo fué a él; buscó un rato a tientas; sacó los dos puñales, i se los pasó a los hombres, diciéndoles:

—Vuélvanse pronto allá; puede que los presos se anticipen a la hora convenida.

I en cuanto quedó solo, sacó avíos de hacer luz, murmurando:

—Es raro ¿por qué no hallo los cachorros?

Encendió al fin una pajuela, e iluminó la concavidad del árbol.

Solo estaba la daga.

—Nadie mas que el patron o el pescador pueden haberlos sacado, pensó. Pero sería estraño. En caso de peligro no tendria con que hacer la seña convenida.

Meditó algunos instantes, i no encontrando otra cosa que pensar, cojió la daga diciendo:

—Felizmente, parece que no habrá necesidad de disparar los tiros.

Tomó otra vez el camino hacia la colonia, i al salir del bosque, se dirijió al roble rasgado, que estaba a pocos pasos.

Media hora despues comenzaron a llegar los prisioneros en grupos de dos o tres.

Ricardo no estuvo tranquilo hasta que vió allí la camilla del enfermo.

Traíanla entre cuatro, i Teresa venia detras.

Cuando los hermanos de ésta avisaron que estaban todos, Ricardo les dijo:

—Quebremos esta rama: es una seña.

I colgándose de ellas, tiraron entre muchos hasta desprenderla del tronco.

El ruido fué estrepitoso, pero no debia causar estrañeza a los que le oyeron: en un bosque tales accidentes se repiten con frecuencia.

Pocos momentos despues llegaban los hombres de los puñales, avisando que no habia novedad.

Ricardo dió la seña! de la partida.

Uno de aquellos hombres marchó adelante, para enseñar el camino; en seguida Ricardo con Teresa al lado i la camilla en pos; los demas presos seguian detrás.

El otro hombre armado cerraba la marcha.

El camino no era penoso ni aun para los vacilantes pasos de algunos ancianos.

En dos horas habian atravesado el bos-

que i se acercaban ya a la playa por un sendero angosto que solo les permitia seguir de uno en uno.

—Ya estamos casi fuera de peligro, le dijo Ricardo a Teresa; en pocos minutos mas iremos navegando. Voi a adelantarme para prevenir a la jente del lanchon.

—Por aquí, torciendo a la izquierda, le indicó el hombre que abria la marcha; aquellos son los peñascos que rodean la ensenada.

Ricardo llegó a los peñascos i lanzó un grito de admiracion.

El lanchon no estaba ahí.

Inclinóse el jóven al borde de las rocas para ver mejor, con riesgo de irse de cabeza al mar; se encaramó al punto mas elevado, para divisar fuera del rincón.

Nada! la superficie del mar estaba tranquila, enteramente lisa en todo lo que la vista abarcaba.

Los prisioneros llegaron i vieron a Ricardo investigando con afan en distintos puntos de la costa.

—Juan! Santiago! gritó éste llamando a sus dos hombres, quienes ya habian manifestado su admiracion delante de los presos.

—¿Qué se ha hecho el lanchon? les preguntó; como si ellos pudieran estar mas al corriente que él.

Casualmente en la mañana del mismo

dia, uno de ellos habia atravesado el bosque sin consultar la voluntad del jóven.

Creyó que en las circunstancias en que se hallaban no debia hacer misterio de la licencia que se habia tomado, i dijo:

—Señor, yo he venido esta mañana i he estado hablando con el patron. Nada me ha dicho: no habia novedad alguna. Me preguntó cuando partiríamos. Yo le dije que a mi parecer no pasaria de hoi o mañana, i me separé de él recomendándole que estuviera listo.

Ricardo se confundía sin hallar qué discurrir.

—¡Estamos perdidos! les dijo a los presos con acento desgarrador.

Estos no podian convencerse de que se frustraban así todas sus esperanzas.

Empinábanse en las rocas para distinguir a mas larga distancia en el mar, siguiendo la orilla de la isla.

Parecíales que el lanchon habria cambiado de lugar por algun motivo que ellos no podian preveer.

Por fin, despues de grandes vacilaciones, i lamentos desesperados que Ricardo oia con el corazon partido, resolvieron volverse a la colonia.

Algunos opinaban que debian aguardar ahí hasta cerca del amanecer: pues el lanchon podia volver de un momento a otro.

Ricardo dijo que solo algun peligro sério podia motivar la ausencia de la embarca-

cion, i que era mas conveniente volverse para que todo pasara desapercibido, i esperar la otra noche.

Se alejaban ya de la ensenada, cuando vieron salir del bosque un grupo numeroso de soldados con antorchas encendidas.

Una mujer los guiaba.

Ricardo conoció a Jenoveva, i al punto lo comprendió todo.

Vínosele a la imajinacion la idea de los cachorros desaparecidos i el rumor que por dos veces lo habia alarmado durante su entrevista con Teresa; i esclamó:

—Ella! ella ha sido! miserable de mí! Los celos...

I recordando ademas aquel ímpetu de despecho que la hizo morderle una mano el día ántes de su salida de Quinteros.

—Es una furia! murmuró. Maldita sea!

CAPITULO XI

UNA FURIA

No se engañaba Ricardo: habia adivinado en conjunto. Veamos los detalles.

Jenoveva habia permanecido en el bosque hasta que se oscureció.

Levantándose en seguida con una espresion de tranquilidad mas terrible que la de su furor, habia ido al árbol en que estaban las armas, cuyo escondite habia sorprendido espiando a su padre el dia que éste habia traido los víveres; i habia sacado los cachorros de Ricardo.

Acto contínuo habia corrido hasta cerca del ancon i disparado uno en pos de otro.

Ella sabia que aquella era una señal i lo que significaba.

Los tripulantes del lanchon cortaron al punto las amarras i se hicieron al mar a toda fuerza de remo.

Jenoveva atravesó de nuevo el bosque hácia la colina, i se escondió a inmediaciones del roble rajado.

Lo vió todo: desde la venida de Ricardo hasta que, reunidos todos los paisanos, dió la órden de marcha.

En cuanto se alejaron, Jenoveva bajó a la colonia i se encaminó a una casa que habia visto a espaldas del cuartel, la cual por su apariencia i por varias otras circunstancias que ella habia notado, debia ser la habitacion del gobernador.

Por las junturas de las ventanas se distinguia luz en el interior.

Jenoveva golpeó la puerta, i un soldado abrió.

—Quiero hablar al señor gobernador, dijo con entereza.

El soldado se quedó mirándola admirado, pues veia una cara desconocida.

—Pronto! pronto! insistió ella. Vengo a darle un aviso importante.

I como alzara la voz, se abrió una puerta lateral del pasadizo de entrada, i el gobernador en persona preguntó:

—¿Qué es lo que hai? ¿quién es?

El soldado dió paso a Jenoveva, la cual se adelantó sin titubear.

—Quiero hablar con el señor gobernador, dijo.

—Yo soi ¿quién eres tú?

—Mi nombre no significa nada... pero no importa: me llamo Jenoveva Contreras.

—Pero ¿de dónde sales? cómo has venido a esta isla?

Jenoveva miró al soldado que estaba en la puerta del pasadizo.

—Ese hombre... dijo. No quiero que nadie oiga lo que tengo que decir.

El gobernador entró al cuarto de donde habia salido, i le hizo ademan que lo siguiera.

Entró ella; cerró él la puerta, se sentó al lado de una mesa que ocupaba el centro del cuarto i le dijo:

—Veamos, ¿qué tienes que decirme?

—Señor: yo he venido a esta isla en un lanchon, con unos hombres que tratan de salvar a los presos.

El gobernador se incorporó visiblemente alarmado.

—¡Cómo! esclamó. ¿En dónde está ese lanchon? ¿Quienes son esos hombres?

—No hai que asustarse, señor; yo he manejado las cosas de manera que no hai novedad ninguna. Esos hombres son pescadores i marineros, i yo he venido con ellos porque deseo casarme con el que hace de jefe. Pero ahora él se ha arrepentido porque está enamorado de otra mujer. Yo me he resuelto entonces a descubrirlo a su merced todo, con tal que me prometa obligar a ese hombre a que se case conmigo, i poner a mi disposicion a esa mujer, que es una presa que está en relacion con ellos i ha dispuesto a muchos a fugarse.

El gobernador estaba atónito.

—Vamos a ver, dijo, en actitud de salir, ¿en donde está el lanchon i esos hombres?

Jenoveva no se movió.

—¿Me promete su merced lo que le he pedido? preguntó.

—Sepamos primero lo que hai: quiero ver a esos hombres.

—No: prométame su merced primero.

El gobernador hizo un jesto de contrariedad, i la miró con aire amenazador.

—No hablaré mas; mi diré nada, repuso Jenoveva con firmeza.

—Pues bien, haré lo que pides, dijo aquél impaciente.

—¿Su pura verdad, señor?

—Te lo prometo; pero tú i todos quedarán presos en esta isla.

—No quiero otra cosa, señor. Pues sepa su merced que no hai por que apurarse ya. Ni los presos, ni esos hombres podrán salir de la isla. El lanchon se ha ido ya de vacío. Uno de los pescadores sospechó mi proyecto de venir a verme con su merced, i se apresuró a largarse sin esperar a los otros. Yo he sido, pues, la que he evitado la fuga de los presos, que debia haber tenido lugar esta noche. Los hombres son un marinero i dos pescadores que vinieron hace algunas semanas en una chalupa. Yo me quedé con el otro pescador en el lanchon, al otro lado de la isla. Los presos que se deben fugarse acaban de salir de sus

chozas i van atravesando el bosque para ir a embarcarse. La mujer de que se ha enamorado *mi* marinero se llama Teresa.

El gobernador no esperó oir mas.

—Sígueme le dijo.

I salió de la casa precipitadamente en direccion al cuartel.

Allí dió la voz de alarma i dispuso que salieran soldados a rejistrar las chozas con toda actividad.

No tardaron estos en volver certificando que muchas estaban desiertas.

—¿Hácia qué lado se han ido los presos? le preguntó el gobernador a Jenoveva.

—Por el medio del bosque: tenian un camino hecho: yo puedo guiar a los soldados.

—Sarjento Vélez! sígame usted con veinticinco hombres gritó el gobernador. Tráigan antorchas.

En un momento estuvieron preparados i se pusieron en marcha.

Ya sabemos cómo sorprendieron a los presos cuando estos se resolvian a volver a la colonia.

Ricardo se adelantó al encuentro del gobernador.

—Señor, le dijo con tranquilidad i dando una mirada de reojo a Jenoveva, ya usted sabrá que aquí no hai otro culpable que yo. Los prisioneros han sido instigados por mí. El hambre, las mil penalidades que sufrian i la facilidad que yo les ofrecia de salvar-

los, eran mas que suficiente motivo para decidirlos a venir aquí. Castíguemo a mi solo, pues ellos son inocentes.

—No tienes que indicarme lo que yo debo hacer, dijo el gobernador con altanería. Castigaré a quien quiera. Sarjento Vélez! asegúreme a este hombre. ¿Donde están tus cómplices?

—No los tengo. Se han ido en el lanchon.

—¿Los que te acompañaban en la chalupa?

—Esos están aquí, pero no son mis cómplices, ni sabian de que se trataba.

—Allí están, dijo Jenoveva, indicando hácia las rocas.

Aseguren tambien a esos hombres, repuso el gobernador.

Dos soldados se apoderaron de Ricardo tomándolo cada uno de un brazo, i cuatro partieron a tomar a los otros.

A una órden del gobernador, los prisioneros se pusieron en marcha.

Teresa temblaba por la suerte de Ricardo: se habria echado a los piés del gobernador, si la vergüenza de revelar su pasion no la hubiera contenido.

Los soldados custodiaron a los presos, i el gobernador caminó detrás, seguido de Jenoveva, a quien hacia frecuentes preguntas que ella contestaba acomodando las cosas a su sabor.

Otras dos horas se emplearon en la vuel-

ta; i ya serían las tres de la mañana cuando llegaron a la colonia.

Ricardo i sus dos hombres fueron puestos en calabozos separados, en el cuartel, i Jenoveva fué encerrada con Teresa en la choza que habian ocupado aquellos.

No hicieron mas que quedar solas, i Jenoveva le dijo:

—Te voi a despedazar esa cara de santa con que engañas a los hombres; pero no será ahora, porque estamos a oscuras i quiero ver bien los pedazos que te he de sacar.

Teresa no contestó una palabra. Habia oido a Ricardo decir: «esa mujer es una furia», i hablar de celos, cuando Jenoveva llegó a la ensenada guiando al gobernador i sus soldados. Tenia pues, miedo, i no se atrevió a hacer el mas leve movimiento.

Jenoveva buscó a tientas por el cuarto, creyendo hallar una cama.

No habia nada, i se echó en un rincon.

Teresa permaneció parada i apenas tuvo ánimos para afirmarse en la pared.

Figurábasele que al menor ruido que hiciera, Jenoveva se habia de irritar i le saltaria a la cara para cumplir su terrible amenaza.

¿Por qué, de dónde i cómo habia venido esta mujer a mezclarse i desbaratar los proyectos de fuga de Ricardo?

Teresa se afanaba en vano en esplicárselo, i el mismo misterio, la inesperada de-

esparicion del lanchon, i todo lo que habia pasado, le hacian formarse una idea quimérica de aquella mujer, representándosela en su imajinacion con un poder quizas sobrenatural, que junto con el calificativo de *furia* aplicado por Ricardo, le daban las proporciones de un monstruo capaz de obrar las mas atroces maldades i de cumplir al pié de la letra sus amenazas.

El terror de la infeliz joven era un verdadero martirio, ni la tranquilizó el oir la respiracion ajitada de Jenoveva, que denotaba el profundo sueño que se habia apoderado de ella, i solo al amanecer, cuando las tablas mal ajustadas de la puerta dejaron penetrar al cuarto la luz del dia, se atrevió a sentarse en el suelo sin hacer el menor ruido, i pronta a gritar por las mismas aberturas en cuanto viera algun ademan amenazador de Jenoveva.

CAPITULO XII

EL SUPLICIO

A las nueve de la mañana Ricardo fué conducido a la presencia del gobernador.

Este afectaba tratarlo como a un hombre ordinario, a pesar que en los modales distinguidos del jóven, que ya éste no disimulaba, habia conocido que el traje de marinero era un disfraz.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? le preguntó.

—Ricardo Monterreal.

—¿Quién te ha enviado con la comision de hacer evadirse a los presos?

—Nadie.

—¿Qué interes tienes tú en su fuga?

—Soi chileno, dijo sencillamente el jóven.

Sonrióse el gobernador con aire de mofa.

—Ademas de los hombres que han caido presos, ¿quiénes mas te acompañaban?

— Otros tres.

—¿Quiénes eran?

—El padre de esa mujer que nos ha denunciado i otros dos cuyos nombres no recuerdo.

—¿De dónde son esas jentes?

—Yo los he contratado en Valparaiso, i no sé mas acerca de ellos.

—¿Cómo ha sido ese contrato?

—Les dí doscientos cincuenta pesos por hacer el viaje, obligándose ellos a suministrar los víveres i ayudarme en mi empresa.

—¿Quién te dió ese dinero?

—Era mio.

El gobernador meditó un rato, i luego dijo:

—Tá estas enamorado de esa joven Teresa Rosales, i mas bien eso que el patriotismo que finjes es lo que te ha movido a dar este paso.

—Una i otra cosa; no finjo patriotismo, dijo categóricamente el joven.

— Pues bien, el delito que has cometido te hace reo de muerte. Prepárate a morir. Mañana serás fusilado delante de todos los presos.

Ricardo no hizo el mas leve signo de estrañeza; i como comprendiera que la audiencia estaba concluida, saludó sin afectacion i salió acompañado de dos guardias que lo condujeron nuevamente a su calabozo.

El gobernador hizo llamar en seguida a Jenoveva.

Dormía ésta aun en el rincon de la choza en que la dejamos encerrada con Teresa, cuando el mensajero del gobernador abrió la puerta i preguntó por ella.

—Allí está, dijo Teresa, señalándola.

El ruido i la luz despertaron a Jenoveva.

—¿Quién es? preguntó incorporándose i restregándose los ojos con las dos manos. ¡Ah! esclamó al ver al soldado, ¿me llama el señor gobernador?

—Sí: venga usted pronto.

Jenoveva salió señalando los puños a Teresa.

Cuando se halló en presencia del gobernador, hizo éste retirarse al soldado que la acompañaba, i le dijo:

—No me hablaste anoche de que tu padre se hallaba tambien a bordo del lanchon.

—¿Qué habria ganado su merced con eso, puesto que ya se habia largado?

—¿Quién es tu padre?

—Le ruego a su merced que no se ocupe de él, ya que a mí me debe el haber evitado la fuga de tantos presos.

—En cambio de ese servicio te voi a conceder lo que me pedisteis anoche.

—¿Me casaré con el marinero? preguntó Jenoveva alegremente.

—Mañana mismo, dijo el gobernador.

—¿I la novia de él quedara a mi servicio?

—Eso es lo convenido.

I el gobernador se sonrió como felicitándose de tan feliz ocurrencia.

—Pero vamos a ver, agregó, ¿cómo se llama tu padre i donde resid:?

Jenoveva tropidó.

—Te advierto que ya lo sé: pero lo que quiero es probar si me dices la verdad.

—Pues bien, dijo resueltamente la joven, se llama Bonifacio Contreras i vive en Quintero.

¿Cómo entró en relaciones con él este marinero con que vas a casarte.

Jenoveva contó punto por punto cuanto sabia.

El gobernador se manifestó satisfecho; i le hizo entregar la llave de la choza, encargándole la vijilacion de Teresa. Jenoveva quedó así convertida en carcelera de la que ella miraba como su rival.

Se volvió a la chora llena de júbilo, abrió la puerta, entró i cerró por dentro.

Teresa dormia profundamente; pues el sueño la habia vencido desde el momento en que su ánimo se tranquilizó con la salida de Jenoveva.

Al verla tendida en el suelo con tanto reposo, le dió ésta con la punta del pie, diciéndole:

—Vamos, enderézate! Es preciso que se-

pas que ya no puedes hacer nada, ni aun dormir sin mi consentimiento.

Teresa se apresuró a pararse, medio muerta de terror.

—Desde ahora estas a mis órdenes, continuó Jenoveva. Mañana me caso con Ricardo, que está mui arrepentido de haberte finjido amor, i me ha pedido que lo perdone. Habitaremos aquí, i tú nos servirás. ¡Pero cuidado con que yo note la menor provocacion de tu parte! No quiero ahora hacerte nada, por guardarme para castigarte si vuelves a las andadas. ¿Entiendes?

Teresa permaneció muda; era tan estraño lo que oia.

—¡Responde! dijo entónces Jenoveva dándole un violento empellon que la hizo estrellarse en la pared. ¿Entiendes lo que te he dicho?

—Sí, señora, dijo la joven con voz ahogada i conteniendo apenas sus lágrimas.

Habria querido dar gritos, pero la contuvo el temor de exasperar a aquella inhumana criatura.

Mientras esto sucedia en aquella choza, los presos que habian tomado parte en la tentativa de evasion eran víctimas de los mas crueles castigos: encadenados unos con otros, privados de agua i de alimento dia por medio, debian ocuparse, sin mas descanso que el de la noche, en los trabajos de acarreo de materiales para un edificio en construccion.

Aquel dia fué terrible para todos. El gobernador no escuchaba súplicas ni escusas.

A la mañana siguiente, a eso de las nueve, Ricardo fué sacado del calabozo, despues de haberle administrado los ausilios espirituales.

Acompañábalo uno de los capellanes i un piquete de soldados

El joven estaba pálido, pero tranquilo.

Caminaba con paso seguro i escuchaba atentamente las palabras que el sacerdote murmuraba a su lado.

Así atravesaron una plazoleta que se estendia al costado del cuartel.

Todos los presos estaban formados en semicírculo al frente del banco preparado para la ejecucion.

El gobernador, delante de la guardia, presidia el acto vestido de uniforme.

En cuanto Ricardo se halló al frente de los presos, paseó una mirada por ellos, hasta encontrar a Teresa, que con semblante cadavérico i sostenida por Jenoveva, tenia los ojos fijos en él.

Hasta allí el joven habia podido mantenerse dueño de si mismo; pero la vista de su amada, cuyas angustias se leian en sus facciones descompuestas, la presencia de Jenoveva al lado de ella, que le indicó el jénero de suplicio a que se la habia condenado, le hicieron perder toda su fuerza de ánimo, i cayó mas bien que se sentó en el

banco, exhalado un jemido i sin poder apartar sus ojos de Teresa.

El capellan se inclinó a su oido al ver aquella demostracion de abatimiento i pronunció algunas frases de consuelo.

Al mismo tiempo el piquete de tiradores, mandado por un sarjento, se desplegó en fila al frente del banco.

Un presidiario, que hacia las veces de verdugo, se adelantó a vendarle los ojos con un pañuelo.

Ricardo lo hizo apartarse con un ademan, i siguió con la vista fija en Teresa.

Queria que su última mirada fuera para ella.

El sarjento dió las voces de mando.

Los soldados cargaron sus fusiles metódicamente, tiempo por tiempo, como verdaderos autómatas.

—¡Apunten! gritó el sarjento.

I las bocas de cuatro fusiles se dirijieron al pecho de Ricardo.

Un grito de mujer interrumpió el lúgubre silencio que dominaba la escena.

Era Teresa que caia desmayada.

Jenoveva atravesó al mismo tiempo el espacio que la separaba del banco.

Al verla el sarjento, hizo levantar los fusiles.

Jenoveva le dijo al capellan:

—Señor, tengo permiso del señor gobernador para hablar dos palabras a solas con el reo.

El capellan se retiró algunos pasos.

—¿Quieres salvarte? le preguntó la joven a Ricardo, que lleno de asombro la contemplaba desde el momento en que la había visto venir.

El no contestó, pero sus ojos la miraron interrogativamente.

—El gobernador me concede tu vida, dijo ella si tu te resuelves a casarte conmigo

Ricardo hizo un brusco ademan de asombro i de disgusto.

—Ya sabes que yo te quiero tanto, agregó Jenoveva. Yo trataré de consolarte i te haré olvidar ese maldito amor que me ha obligado a denunciarte.

—No quiero oir mas! gritó Ricardo indignado. Sarjento! mande usted tirar.

Jenoveva alargó una mano en actitud de contener un momento mas al sarjento; e inclinándose nuevamente al oido de Ricardo, le dijo:

—Si mueres, Teresa quedará a mi disposicion; i yo vengaré en ella todos mis sufrimientos.

Ricardo hizo un vivo movimiento de alarma.

—¿Es cierto eso? le preguntó.

—Velo aquí, dijo ella sacando un papel de su seno i poniéndolo a la vista del jóven.

Este devoró su contenido.

«Jenoveva Contreras, decia quedará en-

cargada esclusivamente de la vijilancia de Teresa Rosales.

Arselmo Caravante.»

El papel tenia el sello de la gobernacion de Juan Fernandez.

Ricardo miró a todos lados como fuera de sí. Contempló algunos instantes a Teresa, que yacía en el suelo privada de sentido; a Jenoveva, que lo miraba con aire suplicante; al gobernador, que permanecia impasible afectando la mayor indiferencia por lo que ocurria; i al fin, como obedeciendo a su súbito movimiento de espíritu.

—Sea, dijo; estoi a tus órdenes.

Entónces Jenoveva dijo en voz alta:

—El reo se arrepiente de lo que ha hecho, i promete no volver a conspirar contra su majestad el rei de España. Por consiguiente, queda perdonado, porque así me lo habia prometido el señor gobernador.

Las miradas de todos los concurrentes se dirijieron a éste con avidez, i lo vieron hacer una seña de asentimiento.

Los soldados se retiraron i Ricardo fué conducido a la casa del gobernador en compañía de Jenoveva.

CAPITULO XIII

MARIDO I MUJER

—¿Estás en disposicion de casarte con esta jóven? le preguntó el gobernador a Ricardo.

—Fuerza es que consienta en ello, dijo éste con aire resignado.

—Todavía es tiempo de que vuelvas atras: los soldados están listos.

—Ya he dicho que me casaré.

—Pues bien, la ceremonia tendrá lugar ahora mismo. Pero cuidado con que cambiemos de resolucion al tiempo de ir a recibir las bendiciones; porque lo consideraria yo un engaño que me esmeraria en castigar con bastante seguridad!

—Ahorre usted, señor, sus amenazas, mi resolucion está tomada.

La capilla estaba al lado de la casa del gobernador, i Ricardo i Jenoveva pasaron a ella.

El gobernador hizo venir a todos los presos, sin esceptuar a Teresa, que habia vuelto en sí de su desmayo.

Dos presidarios, un hombre i una mujer, hicieron de padrinos; i el capellan, en medio de una jeneral admiracion, bendijo aquel enlace en que todos comprendieron la violencia que se hacia a Ricardo, no obstante haber pronunciado èl tranquilamente los tres *síes* sacramentales.

De la capilla fueron conducidos Ricardo, Jenoveva i Teresa a la choza en que èstas habian pasado la noche anterior.

Allí quedaron encerrados.

—No importa nada la prision, dijo Jenoveva, cuando se está a gusto, con un marido a quien se adora.

I acercándose a Ricardo, hizo ademan de echarle los brazos al cuello.

—¡Basta de comedia! esclamó ésto irguiéndose i rechazándola con violencia. Hasta aquí he podido dominarme; pero no te acerques a mí, porque te aplasto.

—Oigan! dijo Jenoveva fiajiendo la mas inocente admiracion. ¿Con que estos eran tus propósitos al consentir en el matrimonio? Pues voi a contar al señor gobernador lo que sucede. El verá lo que convenga hacer; pues éste es un engaño: debías haberme advertido que pensabas conducirte de este modo. I tú, cara de santa, añadió volviéndose a Teresa, tú que tienes la culpa de esto, te llevarás la peor parte.

Mujer infame! esclamó el jóven. Tú vas a exasperarme; vas a concluir por obligarme a matarte. Mira, óyeme: no me violentes, i viviremos los tres en buena armonía. Tú no debes tener un corazon tan perverso como el que manifiestas. Los celos te han hecho perder la cabeza, e instigada por el gobernador, estás obrando de una manera inícua con lo que, en vez de granjearte mi voluntad, te acarreas mi odio. Abandona ese mal proceder, i yo trataré de complacerte.

Jenoveva soltó una risotada:

—¡Trataré de complacerte! dijo; ¡ja ja ja! trataré... Tienes por fuerza, que complacerme. ¿Me crees tan sonza, que yo fuera a admitirte tus proposiciones? ¿querrías que yo estuviera aquí mui contenta, mui conforme, i presenciando los amores de ustedes? Habia yo de estar en armonía con una muchacha que me ha robado tu corazon? Tú eres el que has perdido la cabeza; atreverse a proponerme semejante disparate!... No, señor! Tú eres mi marido, i esta mujer nuestra sirviente: no sé mas. I si no me dejas hacerte cariño, yo sabré lo que debo hacer. ¡Vamos! dáme un abrazo.

Ricardo rechinó los dientes i le mostró ambos puños cerrados a Jenoveva.

Entonces ésta se fué a la puerta i dió algunos golpes.

—¿Qué hai? preguntó un soldado desde afuera.

—Avísele usted al señor gobernador que ha sucedido lo que él creia.

Oyéronse los pasos del soldado que se alejaba.

—Ahora veremos quien puede mas! dijo Jenoveva con aire amenazador.

Ricardo i Teresa se miraron alarmados.

—¿Qué tienes tú que mirar? le preguntó aquella a la joven. Quítate de ahí sinverguenza; véte a ese rincon!

Teresa obedeció sin replicar; pero como no lo hiciera con prontitud, Jenoveva quiso precipitarse sobre ella.

—¡Atras, miserable! le gritó Ricardo poniéndole una mano en la garganta.

—¿Qué tienes que entrometerte tú? replicó furiosa Jenoveva.

I alargó las dos manos tratando de arañarle la cara.

Pero la repelió él con tal violencia, que la hizo perder el equilibrio i caer de espaldas.

A ese tiempo se abrió la puerta, i apareció el gobernador seguido de cuatro soldados.

—Ola! ola! esclamó. ¡Que tal el novio! pues está bueno! Vaya! será preciso recurrir a otro medio. Esto lleva mal camino, i puede suceder una desgracia.

I dirijiéndose a los soldados, ordenó:

—Claven las argollas.

Jenoveva se levantó con aire triunfante.

Traian los soldados tres fierros de una

media vara de largo, aguzados en una punta i con una argolla en la otra.

Claváronlos en el suelo a golpe de martillo, distancia como dos varas uno de otro, i en sentido triangular.

Solo quedaron las argollas en la superficie del suelo.

—Aten a este hombre, ordenó en seguida el gobernador.

Los soldados se apoderaron de Ricardo; lo tendieron de espaldas en el suelo, i atándole una cuerda de cada mano i otra en los piés, las fijaron en las argollas lo mas tirante posible.

—Ahora será otra cosa, agregó el gobernador.

E hizo seña a los soldados de que se retiraran.

—Si hai otra novedad, hazme dar aviso, le dijo a Jenoveva al salir.

Un soldado cerró i puso llave a la puerta.

Jenoveva tomó entónces de un brazo a Teresa i la llevó hasta colocarla a dos pasos de Ricardo.

—Siéntate aquí, le dijo.

La joven se sentó en el suelo.

—Quiero que presencies todo. Si vuelves la cara, te doi de azotes.

Arrodillóse entónces junto a Ricardo, i sujetándole la cabeza con las dos manos para que no pudiera moverla, se inclinó sobre él en actitud de besarlo.

Ricardo le escupió la cara; i como ella

no hiciera caso de esto, en cuanto pegó sus labios a los de él, abrió la boca para morderla.

—¡Ah! pícaro! que intenciones tienes! dijo Jenoveva; pues, toma!

I le aplicó una fuerte palmada en la mejilla.

El joven se puso rojo de cólera, i Teresa no pudo contener un grito de indignacion.

—Vamos! dame un beso! dijo Jenoveva inclinándose nuevamente sobre Ricardo.

—Miserable! esclamó éste sjitándose vivamente. ¡Pero te juro que me ha de vengar del modo mas atroz que pueda!

I volvió a escupirle la cara.

—¡Esto no se puede tolerar! dijo Jenoveva.

I fué a traer una cuerda que por olvido o intencionalmente habian dejado los soldados cerca de la puerta.

—Si no me prometes dejarte hacer cuanto yo quiera, te azoto.

—Matame! le contestó el joven con resolucion; prefiero esto a tolerar tu repugnante contacto.

Jenoveva meditó un momento.

—Pues no será así, esclamó de pronto. Azotaré a Teresa por cada desprecio que tu me hagas.

I enarboló la cuerda doblada en varios ramales.

La joven inclinó la cabeza resignadamente para recibir el golpe.

—Jenoveva! suplicó Ricardo con voz enternecedora. ¡No hagas eso! mátame ántes! Yo consentiré en todo!

—Ah bribon! esclamó ella. Todavia estas enamorado de esta hipócrita: Prefieres que te mate a verla sufrir! Pues mira!

I descargó la cuerda tres veces consecutivas en las espaldas de Teresa.

El dolor hizo prorrumpir en jemidos a la desgraciada joven.

Ricardo daba feroces sacudidas en el suelo tratando de desprenderse de las cuerdas que lo sujetaban. Pero solo conseguia magullarse los puños sin romperlas.

—A ver ahora! dijo Jenoveva. Ya ves que no me ando con contemplaciones. Si no te dejas besar, vuelvo a hacer lo mismo.

Ricardo rujia de desesperacion.

—¿Qué hai, pues? me prometes no resistirte mas? Habla pronto, que ya voi perdiendo la paciencia.

—Haz lo que quieras, mujer infame! no me opondré a nada! Pero tiembla por tí cuando pueda vengarme!

—No me importan nada esas amenazas, con tal que yo haga ahora mi gusto.

I Jenoveva se recostó al lado de Ricardo i lo besó.

—¿Qué haces tú? ¿por què no miras? le preguntò a Teresa. Levanta la cara, i vé los cariñitos que le hago a mi maridito.

La joven levantó el rostro bañado en

lágrimas, i vió a Ricardo dejarse acariciar con los ojos cerrados i lanzando imprecaciones de furor.

Jenoveva lo abrazaba, se recostaba en su pecho i le cubria la cara de besos: todo mezclado de frases cariñosas i de groseras invectivas a Teresa.

Al fin, un soldado abrió la puerta i entró con una fuente de cocido.

—Hoi estamos de boda, dijo poniendo la fuente en el suelo. Tenemos carne fresca.

—¿Ha llegado algun buque? preguntó Jenoveva.

—Nada de eso. Es que ayer se le murió el caballo al gobernador, i los presos pidieron que se les cocinara. Tienen para tres dias.

—Prefiero esto al charqui podrido que nos dieron ayer.

—¡Què tiene que ver! Todos estamos mui contentos.

—¿I el señor gobernador va a comer tambien carne de caballo?

—El tiene queso i jamones; i ademas ha hecho salir a pescar en la chalupa, i mal que mal, algo han sacado para él. Me voi a comer antes que me dejen sin parte.

—Oiga usted: dígale al señor gobernador que si quiere que yo vaya a pescar esta tarde, le prometo una buena pesca. Yo me he criado en eso, i sé escojer los buenos puntos.

—No creo que hoi se pueda hacer nada: está nublándose a gran prisa; en dos horas tendremos agua.

—Dejémoslo entónces para otro dia.

El soldado salió.

Jenoveva se puso a comer.

—Maridito mio, dijo, yo te voi a dar por mis propias manos.

—No quiero nada, contestó Ricardo.

—¿Te repugna la carne de caballo?

El joven guardó silencio.

—Vamos! siempre esa terquedad! Pero no; es preciso que comas algo. Yo no quiero que te enfermes. Toma.

I le puso en la boca un trozo de carne que sacó de la fuente con los dedos.

—He dicho que no quiero.

—Vaya! comenzamos otra vez con las porfías! Ya sabes el medio que tengo para obligarte!

Ricardo vió temblar a Teresa, i se resolvió a comer. Cuando Jenoveva se sació o hizo comer a Ricardo algunos bocados, le pasó la fuente a Teresa.

—Come tú ahora, le dijo, i no andes con melindres. No será mucho que quieras echarla de señora, negándote a comer mis sobras.

La joven se vió obligada a comer por evitar un mal tratamiento.

Despues de la comida se repitieron las mismas escenas de ántes.

CAPITULO XIV

LA CHALUPA

El dia avanzaba entre tanto, i conforme lo habia previsto el soldado, la lluvia se descargó con gran fuerza poco ántes de anochecer.

No se sentia viento ni ajitacion en el mar, pero el agua caia a torrentes.

—Buen presajio, dijo Jenoveva. Mi madre dice que cuando llueve en la noche de las bodas, el matrimonio ha de ser mui feliz.

Al cabo de un rato agregó.

—Antes que se oscurezca del todo, voi a tomar algunas precauciones. No es conveniente que la cara de santa quede libre en la noche. Podria aprovecharse de mi sueño, desatar a mi maridito i jugarme una ma'a pasada.

Se levantó diciendo esto, i con la cuerda que ántes le habia servido de chicote,

ató de pies i manos a Teresa i la aseguró en uno de los barrotes de la puerta.

En seguida volvió a acostarse.

La noche entró i la lluvia adquirió proporciones terribles.

La totora del techo no era bastante a contenerla i penetraban gruesos goterones que humedecian el suelo de la choza.

De repente un ruido estraño que dominó al de la lluvia, llamó la atencion de Ricardo.

Era un ruido sordo como el de un inmenso derrumbe.

No pasó un minuto i una estrepitosa gritería se dejó oir entre los habitantes de la colonia.

Jenoveva se incorporó asustada. Ricardo i Teresa escucharon inmóviles.

—Alguna terrible desgracia ocurre, dijo él.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, la choza se estremeció a impulsos de un violento choque, i un torrente de agua se precipitó por las aberturas de la puerta.

—Una inundacion! esclamó sintiendo que el agua cubria su cuerpo.

Jenoveva corrió a la puerta i golpeó con todas sus fuerzas.

—Me ahogo! esclamó Ricardo.

Teresa logró enderezarse a pesar de sus ataduras, i trató de acercarse a Ricardo a favor de la oscuridad; pero no pudo dar

un paso; tenia los pies ligados i las manos sujetas por detras.

El agua le llegaba a las rodillas.

Jenoveva sacudia la puerta con desesperados esfuerzos.

—Me ahogo gritó nuevamente Ricardo ajitándose en el agua i esforzándose por levantar la cabeza cuanto mas podia.

Jenoveva corrió a las argollas i desató las cuerdas que sujetaban los brazos del jóven, el cual se paró al punto.

Nada mas a tiempo: un nuevo golpe de agua, mas fuerte que el anterior, los inundó a los tres hasta mas arriba de la cintura.

—Teresa! dijo ¿en dónde estas?

—Aquí, contestó ella, cerca de la puerta.

—¿Qué te importa ella? esclamó Jenoveva. Tú no debes pensar mas que en tu mujer.

I abrazó a Ricardo como para evitar que pudiera acercarse a Teresa.

El agua subia con rapidez.

Ricardo se desprendió de los brazos de Jenoveva; la rechazó violentamente, i se sumerjió en el agua para desatarse los pies.

Contuvo la respiracion cuanto le fué posible mientras deshacia los nudos de la cuerda, i al fin hubo de enderezarse para respirar, sin haber conseguido su intento.

En cuanto sacó la cabeza fuera del agua, oyó la voz de Jenoveva que decia:

—Te voi a ahogar, pícara! ¿En dónde estas?

I ajitaba el agua como si se moviera de un punto a otro.

El joven se sumerjió nuevamente i siguió desatándose con desesperacion.

La situacion era horrible: de un segundo de tardanza pendia la vida de Teresa.

Ricardo hizo un esfuerzo supremo para contener la respiracion hasta conseguir su tarea.

Se propuso ahogarse ántes que desistir.

Su cabeza era un volcan: toda la sangre se le agolpó al cerebro. Las sienes le martillaban.

Ya era el vértigo.

Instintivamente deshizo el último nudo, i volvió a la superficie del agua con las ansias de un ahogado.

Apenas tomó aire, trató de orientarse en la oscuridad.

El agua no le permitia asentar los pies.

No se oia mas ruido que el de los cachorros que penetraban por distintas partes en la choza.

—Teresa! gritó Ricardo!

Solo contestó una risotada de Jenoveva, i luego un vivo movimiento como el de una persona que se ajita desesperadamente en el agua.

El ruido guió a Ricardo.

Fuera de sí, delirante, poseido de un cie-

go furor, avanzó nadando hácia el punto en que habia oido la risa de Jenoveva.

—¿Quién eres? dijo el joven tomando esa cabeza con las dos manos.

—Soi tu mujer, dijo Jenoveva sin moverse.

—¿Dónde está Teresa?

—¡Qué se yó!

Nuevos sacudones agitaron el agua junto a Ricardo, i al punto comprendió él la causa de la inmovilidad de Jenoveva.

Le buscó las manos, i halló que sujetaba a Teresa del cuello manteniéndola debajo del agua.

Todo fué uno: apercibirse de eso i descargar un terrible puñetazo en el rostro de Jenoveva, al mismo tiempo que con la otra mano tomaba de un brazo a Teresa i la levantaba fuera del agua.

Aun era tiempo: Ricardo oyó suspirar a la joven con aquella misma ansia con que él lo habia hecho pocos momentos ántes.

—Abrázate de mí, Teresa mia, no temas; yo te defenderé de este mónstruo.

—Tengo atadas las manos, dijo la joven.

Ricardo nadó tambien, sin hacer ruido, alejándose con Teresa de aquel punto, para desorientar a Jenoveva.

El agua habia subido de tal modo, que bastaba alargar los brazos para tocar el techo en las partes inmediatas a las paredes.

Llegó Ricardo al ángulo mas apartado, i

tomándose de las totoras, trató de abrirse un pasaje.

El techo era delgado i bastante viejo: pero la carga de Teresa le embarazaba.

Le desató entonces las manos i la hizo tomarse de un tijeral; escuchó en seguida un momento para cerciorarse de que Jenoveva no se acercaba, i contrajo todos sus esfuerzos a romper el techo.

En menos de cinco minutos consiguió abrir un boquete como de media vara de diámetro.

Tomó entonces a Teresa i la hizo salir por él, admirándose de que Jenoveva no acudiera a estorbárselo.

Se figuró que la habría aturdido del puñetazo o que el temor de un nuevo golpe la haria mantenerse distante.

En pos de Teresa salió él, i tomándola de la cintura, se encaramó al mojinete de la choza.

La inundacion era terrible; un mar de agua cubria toda la colonia.

Habia cesado de llover, pero la noche estaba lóbrega.

En el cuartel i en la casa del gobernador, que se hallaban a baste altura se distinguian luces i multitud de jente agrupada en los corredores.

El agua se mantenia quieta a inmediaciones de la choza: pero a poca distancia, se la oia correr i precipitarse al mar como un torrente.

Era un espantoso aluvion. (1)

Arboles enormes, chozas enteras, pasaban como una avalanchas arrastrados por la corriente.

—¡Qué habrá sido de mi padre i de mis hermanos! suspiró Teresa

Ricardo contemplaba abismado aquel pavoroso espectáculo, cuando llamo su atencion un ruido particular que sintió a poca distancia.

Era Jenoveva que bregaba por salir de entre la totora, habiendo abierto un estrecho boquete en otro punto del techo.

Viendo que eran inútiles sus esfuerzos, miró a todos lados i alcanzó a distinguir el grupo que formaban Ricardo i Teresa en el mojinete.

---

(1) «Nuevos i no menos horribles males se siguieron a aquel funesto incendio (el de 5 de enero de 1816, de que ya hemos hablado) Sobrevinieron lluvias copiosas que ocasionaron una crece jeneral de los arroyos: convertidos en torrentes, arrastraron con todo aquello que habia dejado en pié el fuego».—Barros Arana.—«Historia Jeneral de la Independencia de Chile».—Tomo 3.°.

«.....arrastrados por los arroyos, los árboles mas corpulentos formaron un atajo en el seno de la mayor de aquellas quebradas, donde contenidas i depositadas las aguas rompieron al fin la gran empalizada, e inundaron con formidable estrépito todo el terreno inferior, donde existe la poblacion».—Egaña.—«Chileno consolado».—Tomo 2.°

—Ricardo! gritó angustiadamente: favorécame; favorece a tu esposa!

En aquel mismo instante la corriente del aluvion se inclinó hacia ese lado, i arrastró el techo en que se guarecian, llevándolo a flote en direccion al mar.

—No te asustes, le dijo Ricardo a Teresa en el momento que nos falte este apoyo, nadaré hasta salir a parajes seguros: el mar está tranquilo i no hai peligro.

—Ricardo! Ricardo! gritaba Jenoveva sintiendo que el techo se sumerjía sin que ella pudiera desprenderse. ¡Sálvame, sácame de aquí! te pido perdon por lo que he hecho! te juro no volverlo a hacer! Tírame de una mano ¿Es posible que me dejes morir así? No seré mas tu esposa, seré tu esclava! Te dejaré libre de mis...

Una ola de agua ahogó su voz i solo se la oyó manotear con el único brazo que tenia libre.

—¡Dios mio! dijo Teresa, yo no puedo ver esto! es horrible! sálvala, Ricardo!

Jenoveva oyó las últimas palabras.

—¡Usted es tan buena, señorita! esclamó, interceda usted por mí! Que Ricardo me saque de aquí solamente, i yo me salvaré a nado. ¡Me ahogo!

El techo volvió a sumerjirse, i Jenoveva se perdió bajo el agua.

—¡Ten piedad de esa pobre mujer, Ricardo mío! suplicó Teresa.

—No puedo ser tan infame como ella! dijo Ricardo.

I se acercó a Jenoveva llevando a Teresa consigo.

Alargó aquella su mano a la que Ricardo tenia libre i la tiró èl con todas sus fuerzas.

Vano empeño. El agujero estaba demasiado estrecho, i el joven se vió obligado a emplear las dos manos, hasta conseguir sacar de aquella trampa a la que poco antes estaba constituida en verdugo de Teresa.

—Ahora, véte de aquí, le dijo Ricardo, echándola al agua. Puesto que sabes nadar, sálvate como puedas.

Apenas acababa de hacer esto, vió una chalupa que se acercaba conducida por dos remeros.

—Aquí, aquí! gritó no dudando que vendrian en su busca.

—¿Quién es usted? preguntaron de la chalupa.

— Soi Ricardo, soi el marinero.

—Es mi marido, dijo Jenoveva, abordando la embarcacion.

—¿Tú eres Jenoveva, la hija del pescador?

—La misma.

—Pues toma! dijo el que preguntaba.

I enarbolando un remo, se lo descargó en la cabeza.

Abrió ella los brazos como desatentada, i se dejó llevar por la corriente.

Ricardo habia conocido ya a sus hombres, i tomando a Teresa de la cintura, se echó de costado al agua i nadó las pocas brazas que lo separaban de la chalupa.

Ayudáronle aquellos a subir a la joven, i despues montó él.

La embarcacion siguió arrastrada por la corriente.

—¿Qué ha sido de mi padre i de mis hermanos? preguntó Teresa.

—Yo no sé, dijo uno de los hombres; pero creo que todos los presos se han salvado.

—¿No es un caballero enfermo el padre de usted? preguntó el otro hombre.

—Sí, ¿lo ha visto usted?

—He visto una camilla que llevaban entre dos jóvenes al cuartel.

—Eran, no hai duda, dijo Teresa con satisfaccion.

—¿A dónde vamos, Santiago? preguntó Ricardo.

—A la isla de Mas Afuera, contestó el interpelado.

—Cómo! ¿catorce leguas en esta cáscara de nuez.

—Pero yo no puedo irme i abandonar a mi familia, esclamó Teresa alarmada.

—Viajes mas largos he hecho en una canoa, i sin tener motivos tan poderosos como éste, dijo el hombre, contestándole a Ricardo i haciendo sonar una gruesa cadena. En cuanto a esta señorita, agregó, pre-

ciso será que se decida a seguirnos, pues nosotros nos hemos fugado así, encadenados uno con otro, aprovechándonos de la confusion i de haber encontrado la chalupa aparejada...

—Pero no hai delito en haber venido a salvarme, repuso Teresa. El gobernador lo tendria a bien.

¿Sabe usted que sus intenciones no eran dejar que ustedes se ahogaran?

—Eso habria sido una crueldad!

—Mayores ha hecho; i el caso es que entre arrastrar nosotros esta cadena o juntarnos con nuestros compañeros, que deben estar esperándonos en la isla de Mas-Afuera, preferimos esto, aun cuando corramos algunos riesgos.

Teresa se volvió a Ricardo como para suplicarle que interpusiera él su autoridad.

Pero, aun cuando sentia el joven contrariarla, i si hubiera dependido de él solo el complacerla, lo habria hecho, no le desagradaba el que hubiera un motivo de escusa.

—Estos hombres, le dijo, se han empeñado en salvarnos, i no es justo que los obliguemos a renunciar a su libertad. Por otra parte, Teresa, ¿qué avanzarias con volver a la isla ¿qué gana tu padre i tus hermanos con que estes allá, encerrada en una choza i a cargo de una mujer cuyo furor seria ahora mas temible que nunca? Por el contrario, tu ausencia alegrará mas

a los tuyos, que el espectáculo de tus sufrimientos. Decídete, Teresa mia. La escuadrilla de patriotas que surca estos mares no tardará en volver del Callao, i Freire, que capitanea la fuerza militar de uno de los buques, me ha prometido buscarme en Quinteros para tentar un ataque a la isla. Si no me encuentra perderemos esta única esperanza de salvar a esos infelices prisioneros, pues ya no seria posible intentar un nuevo golpe de mano, habiéndose frustrado éste, que con tantas probabilidades de éxito habíamos emprendido. Confía en mí, Teresa; te lo ruego! Desiste de volver a la isla, porque nos obligarías a entregarnos a nuestros verdugos.

—Haré lo que tú quieras, respondió Teresa como quien cede a su pesar. ¡Pero Dios mio! sola yo con ustedes...

—¿No me tienes a mí para cuidarte, respetarte i hacerte respetar?

La jóven por toda contestacion, oprimió una mano a Ricardo.

Pero de pronto, ocurriéndosele una nueva idea, esclamó sobresaltada.

—Ah! cómo se va a desesperar mi padre sin saber que ha sido de mí!

—Jenoveva dará la noticia de nuestra fuga, si puede salvarse.

—Sí se salvará, dijo uno de los hombres; nada como un pez, i apenas la desatentó el golpe que le dí.

—I ademas, dijo el otro, nos han visto

desde tierra, cuando en vez de hacernos al mar, doblamos hácia la choza.

Teresa se tranquilizó.

La chalupa habia avanzado entre tanto con gran rapidez, i ya los hombres apresta-ban los remos para hacer uso de ellos a falta de la corriente que hasta allí los habia arrastrado.

—¿Podremos llegar hasta la otra isla? preguntó Ricardo.

—El tiempo se está componiendo i tenemos el viento a favor. Si sigue así toda la noche, haremos el viaje en siete horas.

—Como encontraremos allá el lanchon! dijo Ricardo.

—¿Qué fué lo que el patron i tio Muni le prometieron a usted?

—Que si les hacia la señal de peligro, que era disparar dos tiros, se retirarian a la isla de Mas Afuera i esperarian hasta cuando los víveres se lo permitiesan. Yo no contaba con ser descubierto, i esperaba que en caso de no poder llevarse a efecto la evasion de los presos, podria ir a esa isla en el primer buque que viniera a Juan Fernandez pues el gobernador no habia de dejar sin amparo a los náufragos españoles de que yo le habló.

—Pero si nos hubiera llevado allá un buque español...

—¿Se habria descubierto el engaño? interrumpió Ricardo. Nada de eso: el patron quedó prevenido para decir que el buque

habia podido desencallar en nuestra ausencia, i se habia hecho a la vela.

—Espuestilla era la cosa: fallaba que los españoles hubieran creido esa patraña. A Dios gracias, ahora estamos libre de todo eso.

La chalupa volaba entre tanto sobre las olas, pues los hombres trabajaban sin dejar de remar con todo vigor.

Teresa escuchaba en silencio sentada junto a Ricardo, quien, para abrigarla i a la falta de ropa, la estrechaba contra su cuerpo.

I en efecto, los trajes de ámbos se hallaban empapados i no habia otro medio de contrarrestar el frio.

La noche habia aclarado: las nubes habian enrarecido i algunas brillantes estrellas enviaban sus pálidos fulgores que se reflejaban en las aguas rielando sobre las apacibles olas.

La isla se perdia en lontananza, como un grupo de negras nubes arriadas por el viento.

La distancia entre ella i la chalupa crecia, i Ricardo i Teresa volvian de tiempo en tiempo la cara para medirla con la vista.

El uno esperimentaba un secreto e inesplicable placer al sentirse alejar de aquel antro de horrores; i la otra, sin embargo de que su corazon no estaba exento de igual satisfaccion, lloraba en silencio pen-

sando en su padre i sus hermanos: si le hubiera sido posible, habria vuelto a Juan Fernandez.

Aquel silencio, que duraba algunos minutos, era solo interrumpido por el sonido de la cadena de los remeros, que seguia cadenciosamente los movimientos acompasados que ellos imprimian a los remos.

Al fin ese ruido concluyó por llamar la atencion de Teresa produciendo en su imajinacion otro orden de ideas.

Pensó en que aquel peso no podia menos de mortificar a esos hombres, i les preguntó:

—¿Por qué no se quitan ustedes la cadena?

—Está remachada, dijo uno de ellos; necesitariamos una lima.

CAPITULO XV

LA SEBASTIANA

Mientras tanto, la nueva catástrofe de Juan Fernandez habia venido a colmar de angustias i pesares a los prisioneros.

Escasos de víveres, pues solo estaban reducidos a una pequeña racion de frejoles añejos, sin habitaciones, sin ropa de abrigo, pues casi todo se lo habia llevado el aluvion, quedaban en la mas deplorable miseria.

Como lo habian presumido los remeros de la chalupa, Jenoveva habia ganado la costa llevando la noticia de su fuga, la cual al mismo tiempo que contristó al gobernador, llenó de gozo a los prisioneros, tanto por las simpatías de que gozaban Ricardo i Teresa entre ellos, cuanto porque la libertad del primero les hacia augurar una nueva tentativa en favor de ellos.

El padre i los hermanos de Teresa no se alarmaron con la ausencia de ésta: habian esperimentado la lealtad de Ricardo;

Pasaron dias i meses sin que cambiara la desgraciada situacion de aquellas jentes. «Cada dia se presentaban escenas que oprimian el corazon»... "Tal fué la del 25 de abril, en que los presidiarios clamaron al gobernador que les diese un caballo moribundo que habia, para alimentarse".

«En estos apuros se emprendió formar un lanchon con los fragmentos de otro antiguo i madera de la isla, valiéndose de un viejo calabrote para estopa i de algunas cobijas para velámen».

Hallábanse ocupados de esto, cuando se divisó una vela, e inmediatamente se puso todo empeño en hacerle señas con repetidos disparos de artillería.

El buque se acercó i de ahí a poco echó un bote que vino a tierra con tres oficiales i algunos marineros.

Era «la fragata *Paula* que pasaba cargada de víveres, especialmente de trigo para Chiloé; las tempestades la arrojaron a Coquimbo de donde venia".

Los oficiales dijeron que estaban dispuestos a dejar cuantos víveres quisieran, especialmente de trigo, "porque siendo su navegacion a aquel archipiélago, se les habia avanzado mucho el tiempo, i hallándose el buque bastante maltratado; i los mares i vientos contrarios a su ruta, no podian

conducir tanta carga como llevaban; que ésta era del fisco i no tenia el gobernador que gastar dinero por ella, a mas de que estaban los prisioneros en la precision de ser provistos con abundancia, porque la navegacion se hallaba absolutamente interceptada i gran parte de los buques de la carrera encerrados en Valparaiso por temor de la escuadra en Buenos Aires, mandada por su comandante don Guillermo Brown, quien habia apresado ya mas de ocho buques del Perú, batido su castillo del Callao i tomado el de Guayaquil, i así no debian los de la isla esperar víveres en mucho tiempo.»

La colonia quedó pues, bien provista para todo el invierno; i la fragata *Paula* continuó su viaje al sur.

No obstante los anuncios de los oficiales de ella, algunos dias despues fondeó en Juan Fernandez la corbeta *Sebastiana*.

Traia a su bordo al capitan de talaveras don Anjel del Cid, nombrado gobernador de la colonia por el presidente Marcó; algunos prisioneros, i víveres.

Este cambio de mandatario produjo una verdadera consternacion entre los detenidos, no tanto porque tuvieran estimacion alguna por el gobernador saliente, cuanto porque el recien nombrado pertenecia al rejimiento de talaveras, cuyas crueldades habian esperimentado casi todos ellos.

El capitan Cid fué informado de cuanto

habia ocurrido en la isla i mui particular i minuciosamente de la frustrada tentativa de Ricardo.

Jenoveva fué presentada como acreedora a los agradecimientos de los sostenedores del orden i de la causa real.

No hallándose en la isla en calidad de prisionera, fué autorizada para pasar al continente en la corbeta *Sebastiana*, la cual debia volverse con el gobernador cesante.

Este debia llevar al presidente Marcó los datos de la conspiracion, para perseguir a los culpables siguiendo las indicaciones de Jenoveva.

Por consiguiente, no debia ella ser puesta en libertad hasta que ya se hubieran hecho las pesquisas del caso en el puerto de Quinteros.

Los nombres de Bonifacio Contreras, padre de Jenoveva, Ricardo Monterreal i Teresa Rosales iban consignados en el *auto cabeza de proceso* formado por el gobernador.

Dispuestas así las cosas, la *Sebastiana* hizo rumbo a Valparaiso a fines del mes de mayo.

A los dos dias avistaron un buque por el lado del norte, lo cual produjo una gran confusion a bordo de la corbeta, pues todos iban temerosos de tener un encuentro con los buques de la escuadra insurjente.

La alarma subió de punto cuando se notó que el buque cambiaba de rumbo, cal-

culando una diagonal para salirle de traves a la corbeta.

Felizmente navegaba ésta a vela llena i era mui difícil que los presuntos asaltantes pudieran alcanzar a cortarles el paso.

Los dos buques continuaban acercándose a medida que avanzaban rectamente hácia el punto de interseccion de las líneas que seguian.

Poco despues, cuando ya pudieron distinguirse mejor ambas embarcaciones, no faltó en la corbeta quien asegurara que era la fragata *Consecuencia* la que los perseguia.

Ahora bien, esta fragata era la que Ricardo habia nombrado en Juan Fernandez suponiéndole un naufrajio en la isla de Mas Afuera.

La verdad era que habia sido capturada por los insurjentes, quienes se habian apoderado de su valioso cargamento, i del brigadier Mendiburo nombrado gobernador de Guayaquil por el rei de España.

Tambien tenian noticia de esto los pasajeros de la *Sebastiana*, i al ver la actitud hostil de la fragata, no dudaron que venia tripulada por enemigos.

El capitan mandó forzar de vela, i avanzaron a todo trapo, haciendo un lijero desvío al sureste.

Un cuarto de hora despues, ya era un hecho que la fragata quedaba atras i ni aun a tiro de cañon de la *Sebastiana*.

En algunos disparos que hicieron los insurjentes las balas se perdieron en el agua a mas de media cuadra de la corbeta.

No obstante, la persecucion continuó todo el dia i parte de la noche, i como la distancia aumentaba cada vez mas entre los dos buques, la fragata cambió de rumbo, i pronto se perdió en las brumas del mar.

La *Sebastiana* llegó a Valparaiso dos dias despues, sin mas novedad, i el ex gobernador de Juan Fernandez se trasladó al punto a Santiago llevando consigo a Jenoveva.

CAPITULO XVI

UN PESCADOR FELIZ

El viaje del lanchon a Quinteros se hizo con toda felicidad.

Viajeros i tripulantes tenian motivos para no estar satisfechos de la espedicion: pero particularmente tio Muni, el pescador, era el mas desazonado a causa de la conducta de su hija.

Era ella la sola culpable del mal éxito de la empresa, i aunque Ricardo no formulaba queja alguna despues de haber hecho la narracion de lo acontecido, el viejo comprendia que aquello era una delicadeza de parte del jóven, i solo interrumpia sus sombrias reflexiones para lanzar de tiempo en tiempo alguna imprecacion contra su hija, o vituperarse su condescendencia para consentir en que les hiciera compañia.

Entónces Ricardo le contestaba:

—¿A qué pensar en eso? Lo hecho no tiene remedio. ¿Quién habria podido presumir lo que iba a suceder?

Otras veces decia:

—Bien castigada está; pero nosotros hemos salido libres, al paso que ella no tiene cuando verirse de la isla.

—Ojalá viniera! murmuraba el viejo con aire amenazador i rechinando los dientes de rabia.

Teresa, por su parte, tenia tambien graves motivos para estar desazonada: apenas podia apartar de su mente la idea de lo horrores a que quedaban sometidos su padre i sus hermanos. Pero guardaba para sí sus sentimientos, i cuando Ricardo, que siempre estaba a su lado, le preguntaba:

—¿En qué piensas?

Ella se sonreía, i hablaba de otra cosa.

—Tú estás triste! solia decirle el jóven, en son de queja. ¿Desconfías de que puedan realizarse mis esperanzas? ¿Te fastidias en mi compañía?

Tocábale entónces a Teresa manifestarse resentida, i mediaba un mutuo cambio de esplicaciones que siempre debia terminar en una dulce reconciliacion significada mas elocuentemente con algun apreton de manos que con palabras.

El último dia de navegacion fué preciso ponerse de acuerdo sobre la manera de esplicar a la mujer de pescador la ausencia de Jenoveva i la presencia de Teresa.

En cuanto a la primera, se convino en decir que se habia quedado en Valparaiso con la familia del patron, i que se volveria a Quinteros en otro viaje que éste debia hacer pronto.

Teresa debia pasar por hermana de Ricardo, i tomaria el nombre de Cristina.

El plan del jóven era permanecer en Quinteros algun tiempo esperando la vuelta de Freire, hasta perder la esperanza de que volviera.

Ninguno de ellos tenia que Jenoveva denunciara la residencia de su familia.

El viejo decia:

—Mui mala puede ser ella, pero no llegará su perversidad hasta comprometer a su padre.

El mismo Ricardo encontraba razones para creerlo así, fundándose en que Jenoveva habia cuidado de que su padre se pusiera en salvo ántes de hacer su denuncio.

Con todas las prevenciones o inducciones enunciadas, desembarcaron tranquilos en Quinteros, despues de una ausencia de mes i medio.

La guarnicion estaba aun allí: pero no causó estrañeza alguna la arribada de jentes conocidas, residentes allí en su mayor parte, i quienes habian visto embarcarse con tan pacíficos fines.

Lo que sí admiraba era que no hubieran caído en poder de los insurjentes.

No faltó quien observara que el lanchon traia las mismas mercaderias que habia llevado refiriéndose al acopio de víveres.

Pero la salida fué fácil. Valparaiso estaba atestado de víveres a causa de hallarse allí detenidos un gran número de buques que comerciaban en su trasporte.

El viaje habia sido, pues, mal calculado i debia esperarse mejor oportunidad o cambiar esas mercaderias por aguardiente, que era un artículo de mucha demanda.

Ricardo i Teresa fueron hospedados en la cabaña del tio Muni; pero como ésta era estrecha i Ricardo queria que la jóven pasara lo menos incómoda posible su permanencia allí, se ocupó en construir desde el dia siguiente de su llegada una nueva habitacion contígua a aquella.

La obra era bastante sencilla, i con el auxilio del pescador i su hijo, estuvo terminado en dos dias.

Teresa se instaló en ella.

Ricardo quiso conservar su alojamiento anterior, aquel cobertizo que habia compartido con Andrés antes del viaje a Juan Fernandez; eso si que consintió en que se le hicieran algunas modificaciones para el reparo del viento i del frio de la noche.

Por lo demas, tambien se encapricho el jóven en hacer la vida de pescador, no obstante la resistencia de tio Muni, que guardaba las mayores consideraciones por sus huéspedes, culpándose a sí mismo de la

miserable vida que se veian obligados a llevar, pues él estaba al corriente de todos los planes de Ricardo i sabia que si hubieran salido bien en su empresa, habrian desembarcado durante la noche en alguna caleta desierta entre Quintero i Valparaiso, i se habrian internado hasta las inmediaciones de Quillota, para permanecer ocultos en la hacienda de un patriota conocido. La mayor parte de los prisioneros era jente de fortuna i con facilidad se habrian proporcionado los recursos necesarios para pasar, unos a Mendoza i otros a diferentes puntos de Chile, como asimismo para gratificar debidamente a los tripulantes del lanchon.

Teresa quiso participar de las tareas de Ricardo, tanto porque era preciso darse los aires de jente que vive de su trabajo, como porque no le era desagradable aquella vida sencilla en cuyas labores livianas encontraba el encanto de la novedad.

Aprendió pues a remendar redes, como Jenoveva, i a beneficiar el pescado.

Eso sí que necesitaba la compañía de Ricardo para no fastidiarse en su tarea.

Así, los pescadores vecinos se acostumbraron a verla siempre acompañar a *su hermano* en la pesca de corvinas, i aun a tender i recojer las redes.

Para todos era la joven mas trabajadora de la aldea, i elojiaban su amor fraternal.

Andres solia acompañarlos a la Punta, i se admiraba de que Ricardo no gustara ya

de aquellas conversaciones acerca de la prisionera de Juan Fernandez, que tanto lo encantaban en otro tiempo.

Los dias pasaban, pero Ricardo i Teresa no los sentian.

Vivian del amor i de la esperanza.

Nunca Ricardo habia sido mas respetuoso con su amada: apenas si se atrevia a besar la punta de sus sonrosados dedos cuando ella le permitia demostraciones de amor.

Esto encantaba a Teresa, i sus miradas de agradecimiento i de complacencia pagaban al amante las privaciones que se imponia.

La pesca de corvinas tenia sus delicias particulares: Teresa carecia de la fuerza necesaria para lanzar el anzuelo a gran distancia, i tambien sus delicadas manos apenas podian sostener la cuerda cuando algun pez grande tiraba de ella.

Ricardo se veia, pues, obligado a auxiliarla constantemente, pero no sin que sus manos tocasen las de ella al cojer la cuerda o sin que sus hombros se juntaran al tirarla.

Asi, pues, Ricardo gustaba mas de ir solo con Teresa a la pesca de corvinas; pero ella tenia casi siempre la crueldad de invitar a Andres.

Aquella vida de dulces emociones no hacian olvidarse de su proyecto a Ricardo.

El invierno habia entrado i sus esperanzas se debilitaban de dia en dia.

Cada embarcacion que se aventuraba a venir de Valparaiso, traia noticias de la presencia de la escuadrilla de insurjentes en el Pacífico. Pero Freire no venia.

¿Seria por la dificultad de un desembarco?

Mas aquello estaba previsto: el buque debia estacionarse lejos del puerto i enviar un bote durante la noche para hacer desembarcar un hombre que debia aparecer como náufrago, del mismo modo que lo habia hecho Ricardo.

Otra debia ser la causa de aquella falta de cumplimiento.

Un dia se supo que la corbeta *Sebastiana* habia sido perseguida hasta cerca de Valparaiso por la fragata *Consecuencia*, tripulada por insurjentes.

Ya esto fué una noticia de esperanzas para Ricardo: decíase que esa fragata habia pasado para el sur, i era probable que los demas buques de la escuadra la siguieran.

Sin embargo; transcurrieron otros quince dias i no hubo nada de nuevo.

Entonces pensó Ricardo que le era preciso injeniarse de algun modo para realizar sus deseos.

Mil proyectos cruzaban su mente.

Ora meditaba ir a Santiago i ponerse en relacion con algunos patriotas, ora esperar la buena estacion i hacer un viaje a Mendoza para volver con recursos, ora irse a

Valparaiso i decidir a algunas jentes a tomar parte en sus proyectos.

Pero siempre estos tenian por fin la libertad de los presos de Juan Fernandez.

El se decia:

—Con cincuenta hombres bien armados i distribuidos en dos lanchones, se puede hacer un desembarco en la isla a una hora avanzada de la noche; sorprender una a una las baterias, i atacar en seguida el cuartel, ausiliados por muchos de los reos políticos i por todos los presidiarios. Los lanchones i los hombres podrian ser contratados para pagarlos despues; pero falta lo principal: víveres i armas. Ah! si estuviera Manuel Rodriguez aquí!

I volviéndose a Teresa, que lo escuchaba hacer estas reflexiones:

—¿Te acuerdas de Manuel Rodriguez? le preguntaba. ¿No crees que él podria sacarnos de apuros?

La jóven se sonreia con aire de incredulidad.

—Mucho injenio tiene, decia; es tan valiente i atrevido para sus empresas como tú; pero en estas circunstancias, ¿qué podria hacer?

—Ah! no lo conoces bien entonces! esclamaba calurosamente Ricardo. Mira: Rodriguez se proveeria de armas i víveres sin moverse de aquí: a esta misma guarnicion le arcamoteaba sus fusiles; comprometeria a todos los habitantes de esta aldea

en la empresa, i obtendria de ellos cuanto necesitase; capaz seria de arrastrar hasta a los mismos soldados a trabajar con él. Créemelo! Rodriguez es un hombre a quien estimo mucho; pero mas lo admiro que lo estimo. Reune el valor a la astucia: pero un valor que raya en imprudencia i una astucia que desconcierta a cuantos pretenden luchar con él.

I en seguida agregaba con desaliento:

—¿Pero a qué pensar en esto? Me veo solo, i es preciso tomar algun partido. Me acompañarías a Santiago, Teresa mia?

—A donde tú quieras.

—Pues no hai mas que decir. Mañana nos vamos.

Llegaba el dia siguiente, i nuevas ideas modificaban aquella resolucion.

De esta manera corrian los dias, hasta que al fin, una mañana, se vió aparecer un buque a la entrada de la bahía.

—¡El bergantin *Alcon*! fué lo primero que pensó Ricardo.

Pero a medida que el buque se fué acercando, conoció que su arboladura no era la de un bergantin: tenia tres palos i vela cuadrada.

Era una corbeta.

CAPITULO XVII

EL CLÉRIGO

A eso de las doce del día, la corbeta fondeó i echó un bote al agua.

Toda la jente de la aldea habia acudido a la playa, pues era una novedad despues de tanto tiempo que solo entraban lanchones al puerto, el ver un buque de arboladura completa.

El viejo pescador le dijo a Ricardo en cuanto vió la embarcacion:

—Me corto una oreja si esa no es la *Sebastiana*, que viaja entre Juan Fernandez i Valparaiso.

—¿Qué vendrá a hacer aquí?

—No puedo adivinarlo; pero tal vez venga a relevar la guarnicion.

Entretanto, el bote se acercaba a tierra movido por seis remeros, i se distinguian a la popa un clérigo, que ocupaba el sitio principal, i cuatro oficiales.

La jente se agolpó al desembarcadero, movida por la curiosidad.

La llegada de un clérigo a aquellas costas era un suceso estraordinario, inaudito i había razon para que se despertara grandemente la curiosidad de los ribereños.

Hombres, mujeres i niños acudian a ver al *curita*, como lo llamaban en su lenguaje sencillo.

Ricardo i Teresa ocurrieron tambien al desembarcadero, solo por hacer lo que todos hacian; pero tuvieron buen cuidado de permanecer confundidos entre la muchedumbre, por temor de ser conocidos de los que desembarcaban.

El bote atracó, i los oficiales cedieron la preferencia al clérigo para saltar a tierra.

Era el clérigo un joven de veintiocho a veintinueve años de fisonomía risueña, de ojos grandes, vivos i de malicioso mirar; sin un pelo en la cara, pero sí dos gordos lunares, uno bajo el ojo derecho i el otro cerca de la estremidad izquierda de la boca. I parecia que a estos debia particularmente la espresion festiva de su semblante i el aire picaresco de sus miradas.

En cuanto al traje, sombrero redondo, bajo i alon, i sotana.

Un breviario lleno de rejistros bajo el brazo.

En cuanto saltó a tierra, contempló sonriéndose a la multitud que cuchicheaba con

visibles demostraciones de júbilo i admiracion.

I como si no encontrara otra cosa con qué corresponder a aquella sencilla manifestacion de simpatía, estendió el brazo i bendijo a la jente.

Todos o casi todos doblaron una rodilla santiguándose con fervoroso respeto, para participar de los beneficios espirituales de aquella santa bendicion.

El clérigo pasó siempre sonriéndose i acompañado de los oficiales, por el medio de la calle que formaron los concurrentes hácia las tiendas de campaña habitadas por la guarnicion.

Esta se hallaba formada a poca distancia para hacer los honores de ordenanza a los jefes militares que venian con el clérigo.

El capitan salió al encuentro de ellos, i cumplidas las formalidades de estilo, entraron a la tienda principal.

La guardia se disolvió, i la multitud comenzó a dispersarse, con escepcion de los mas curiosos, que persistieron en permanecer a poca distancia, tratando de distinguir al clérigo en el interior de la tienda.

Ricardo i Teresa se habian retirado entre los primeros.

—¿Qué significará esto? se preguntaba aquel con muestras de sobresalto.

El viejo pescador le decia:

—Lo que sea tronará.

—Yo he conocido esa cara, agregaba Ricardo.

No es la primera vez que veo al tal clérigo. A veces se me figura que he tenido alguna intimidad con él... Pero nó esos dos lunares son mui notables para que dejara de reconocerlos. Es el aire de algun amigo; un parecido de familia i nada mas.

Entretanto lo que se hablaba en el interior de la tienda era lo siguiente:

—¿Hai aquí un pescador que se llama Bonifacio Contreras? preguntó el clérigo en cuanto se hubieron hecho los saludos de etiqueta i se instaló cada uno en su asiento.

—Bonifacio Contreras... repitió el capitan en actitud de rejistrar prolijamente su memoria. Puede ser, señor presbítero; mas en este momento... no recuerdo. Si usted quiere, haremos averiguar al instante.

E hizo ademan de pararse.

—Nó, nó, nó; nada de eso, repuso el clérigo. Lo echaria usted a perder todo.

I haciendo un guiño particular, agregó sonriéndose:

—Es un negocio delicado: es preciso irse con tiento.

—Es que puede averiguarse de modo que nadie lo aperciba: los soldados conocen aquí a todos los habitantes.

—Pero ellos podrian esparcir la voz de que buscamos al que he nombrado, ¡i medrados saliamos!

El clérigo se rió con tal espansion, que

hizo reirse a todos los circunstantes como si se tratara de un asunto mui chistoso.

—Hai un sarjento, repuso el capitan, que podria informarse mañosamente.

Uno de los oficiales que habia venido con el clérigo i que tambien tenia las insignias de capitan, hizo la siguiente observacion:

—Casi no es necesario el nombre para averiguar: bastaria saber quiénes se han ausentado de aquí por algunos dias en el mes de Enero... Aguarde usted... es un hombre que tiene una hija que se llama Jenoveva.

—Ah! una joven que anda en Valparaiso.

—Ahora está en Santiago.

—Pero en fin, está ausente de aquí hace como cinco meses Es la hija del tio Muni.

—Ja ja ja ja! hizo el clérigo; desternillándose de risa. Mire usted como en hablando de niñas se le despierta la memoria al señor capitan. ¡Ja ja ja ja! De ella sí que se acuerda, pero del viejo nó! En fin, vamos a ver: ya tenemos noticias de uno; ese tio Muni debe ser el que buscamos, desde que es padre de Jenoveva. ¿Sabe usted si reside aquí o ha residido un jóven llamado Ricardo Monterreal que anda vestido de marinero?

—No hai ningun marinero en la aldea; todos son pescadores.

—Toquemos entonces la cuerda sensible:

Ja ja ja ja. ¿A que nos da noticias de una jovencita mui linda que se llama Teresa?

—No hai ninguna Teresa.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

—¡Ya se ve, como podia usted olvidar una cosa tan importante!

I el clérigo se entregó con mas fuerza que nunca a su rudosa hilaridad; pero de una manera tan franca i tan natural, que nadie podia resistir a la tentacion de imitarlo. No solo su propia risa, sino tambien la espresion jocosa que adquiria su fisonomía, incitaba a reir.

Ademas, cada frase, por séria que fuese, adquiria en sus labios cierto chiste indescriptible que encantaba a los interlocutores.

Cuando el clérigo se hubo reido a sus anchas, dijo uno de los oficiales:

—Es mui probable que la joven que buscamos haya cambiado de nombre.

—Osbal, repuso el clérigo; pero como es bonita, fácil es encontrarla, principalmente con un guia como el señor capitan... Veamos: ¿hai alguna muchacha de buen palmito en la aldea?

—Hai varias; pero una sobre todas: la perla de la hermosura, dijo el capitan de la guarnicion, arrastrado por la jovialidad de su huésped. Pero es mui melindrosa, agregó: nunca viene por acá ni se separa del hermano... Es algo huraña: huye de la jente.

—¡Qué diantre! malo para usted! eso no se puede tolerar! dijo el clérigo con aire jocoserio.

Despues de nuevas celebraciones, el capitan prosiguió:

—I precisamente esa joven vive en la cabaña de tio Muni.

—¿Con el hermano?

—Así creo, puesto que siempre andan juntos.

—Pues ellos deben ser los que buscamos, dijo un oficial. Hagámoslos venir a todos al mismo tiempo para que no se escape ninguno.

—Me parece mejor aguardar hasta la noche, contestó el clérigo: habrá mas seguridad para tomarlos sin que se aperciba de ello la demas jente.

—Es que, de aquí a la noche, pueden fugarse.

—Si eso temen ustedes, observó el capitan, voi a dar órdenes para que no se deje salir a nadie de la aldea. Es mui fácil: solo hai dos caminos que guardar.

—En tal caso, mas fácil es mandar traer desde luego a esas jentes, observó el clérigo.

Hágase como ustedes quieran.

En consecuencia, un sarjento i seis soldados fueron enviados por el capitan, en busca del tio Muni i del joven i la niña alojados en su cabaña.

No tardaron en estar de vuelta con todos ellos.

Ricardo i Teresa venían pálidos, principalmente la última.

No hicieron mas que entrar, i uno de los oficiales de la corbeta dijo:

—Ellos son.

Habia visto a Teresa en la cárcel en otro tiempo.

El clérigo fijó una profunda mirada en Ricardo, i luego dijo:

—En efecto no tiene trazas de pescador.

El joven se estremeció al oir esa voz.

—Ni la pescadorcita puede negar su disfraz, agregó.

Teresa no alzaba los ojos del suelo.

El único que se mantenia con el rostro sereno era el pescador.

El clérigo lo miró tambien, i dijo:

—Con que el tio Muni, eh? Buena maula es el tal tio Muni!

I luego agregó:

—Nos iremos a bordo con ellos.

Todos asintieron i se encaminaron al embarcadero con un gran acompañamiento de jentes de la aldea, que no hallaban qué pensar de lo que veian.

Despidiéronse todos del capitan, i saltaron a la chalupa.

Cuando les tocó el turno a Ricardo i Teresa, el clérigo dijo:

—Es mejor que estos picarillos se sienten entre nosotros: así irán mejor cuidados.

Vengan acà: uno a mi derecha i otro a mi izquierda.

Los cuatro oficiales se sentaron a continuacion de los jóvenes, dos a un costado i dos al otro, i tio Muni en seguida, inmediato a los remeros.

Desde que el bote se puso en movimiento, el clérigo principió a charlar i hacer reir a los circunstantes, ya interrogando a los prisioneros, ya con ocurrencias por demas orijinales.

Ricardo era el único que se mantenia serio.

De repente el clérigo dijo:

—¿Qué es aquello que se ve allá?

—Son las Ventanas, contestó un oficial. [illegible] los grandes marcos formados por las rocas hácia el norte de la bahía.

En ese mismo instante Ricardo sintió en su mano un papel que el clérigo le deslizó con la mayor lijereza i disimulo.

El jóven lo ocultó, i solo cuando estuvo a bordo del buque, pudo aprovechar una oportunidad para leerlo.

Decia:

«Ten confianza en Manuel Rodriguez.»

Ricardo se dió una palmada en la frente i esclamó:

—¡¡Es él!!

La continuacion de esta novela lleva por título:

MANUEL RODRIGUEZ